16

LOBSANG RAMPA

TAL COMO FUE



Editorial Troquel / Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DEL TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO
- LA DECIMOTERCERA CANDELA
- UNA LUZ EN LA OSCURIDAD
- CREPUSCULO
- TAL COMO FUE
- YO CREO
- DESPUES DEL TIEMPO

TAL COMO FUE

Dedico este libro a la Ciudad de Calgary, donde he hallado paz y sosiego y me he sentido libre de toda injerencia en mis asuntos personales. ¡Gracias, Ciudad de Calgary!

PROLOGO

Puesto que los "mejores" libros llevan prólogo, resulta por cierto imprescindible que éste *también lo tenga. Porque, al fin y al cabo, todo escritor tiene el pleno derecho de considerar a sus libros como los mejores. Así pues, permítaseme comenzar* el mejor *con una aclaración referente al por qué de la elección del título.*

¡Tal como fue! "*¿Por qué le habrá puesto ese título tan tonto, si en otros libros afirma que él* siempre *dice la verdad. . . ?*" *Pues sí, por supuesto; pero ya lo voy a explicar. De manera que a no impacientarse (debería ponerlo con letras bien grandes) y a seguir leyendo.*

Todos mis libros son fidedignos, y eso lo he sostenido frente a implacables persecuciones y calumnias. En todas las épocas, empero, la gente sensata e inteligente ha sufrido persecuciones e inclusive ha sido torturada y ejecutada por decir las cosas tal cual eran. Hubo un hombre muy sabio a quien poco faltó para que lo quemaran en la hoguera por atreverse a afirmar que la Tierra giraba alrededor del Sol, en vez de decir —como enseñaban los clérigos— que era el centro de la Creación y todos los astros se movían en torno de ella. El pobre pasó momentos espantosos —como que lo sometieron al tormento del potro y demás— y se salvó de que lo cocinaran porque se retractó.

También, hubo gente, que, por descuido, se puso a levitar en el momento menos favorable, delante de individuos de los menos favorables y con los resultados menos favorables. En consecuencia, la despacharon de diversas e impresionantes maneras por dejar que se supiera que se diferenciaban de la chusma. Algunos, además de pertenecer a "la chusma" son vulgares, especialmente si se trata de periodistas. . .

A los humanos de la peor ralea —ustedes saben a quiénes me refiero— simplemente les encanta arrastrar a los demás a su mismo nivel, pues no pueden soportar la idea de que haya alguien distinto de ellos; de manera que, como maníacos, se ponen a gritar "¡Muera, muera! " Y, en vez de tratar de probar que a tal individuo le asiste razón, pues. . . siempre tienen que demostrar que está equivocado. A la prensa, en particular, le gusta lanzarse a la caza del brujo y perseguir a las personas con el fin de causar sensación. Esos disminuidos mentales que son los periodistas carecen de talento para pensar que, "después de todo, algo puede haber en esas cosas".

Edward Davis, el "polizonte norteamericano de más agallas", escribió en el True Magazine de enero de 1975: "En general, los medios de comunicación están formados por un hatajo de frustrados autores de obras de imaginación. Dicho de otra manera, el periodismo está colmado de 'picassianos' que sacan su caja de pinturas y hacen un retrato que pretende ser el mío, pero que nadie reconoce, excepto el tipo malintencionado". El señor Davis, bien se ve, no le tiene afecto a la prensa. Ni yo tampoco y ambos tenemos buenas razones para ello. Cierto periodista me dijo: "¿La verdad? La verdad jamás ha hecho que se vendiese un diario. Lo sensacional, sí. A nosotros no nos preocupa la verdad: vendemos lo que causa sensación".

Después de la publicación de El tercer ojo —¡libro veraz! —, "extrañas criaturas salieron reptando del maderamen" y, con sus plumas impregnadas de veneno, se pusieron a escribir libros y artículos con el fin de atacarme. Quienes blasonaban de "peritos" declararon que

aquello *era falso, en tanto que sus demás congéneres decían que* esto *era verdad, pero que* aquello *era falso. No hubo dos "entendidos" que coincidieran.*

Los "investigadores" viajeros se echaron a andar entrevistando a personas que jamás me habían visto y dándose a la tarea de pergeñar historias enteramente imaginarias. Tampoco ellos, los "investigadores", me habían visto nunca: los periodistas, ávidos de sensacionalismo, urdieron "entrevistas" que jamás se habían llevado a cabo y hasta fraguaron una con la señora Rampa y citaron —falsamente, claro está— palabras suyas, según las cuales declaraba que el libro era pura ficción. Ella no dijo tal cosa; jamás lo hizo. Lo que afirmamos, tanto uno como otro, es que todos mis libros son veraces.

Con todo, jamás la prensa, ni la radio, ni los publicistas me han concedido la oportunidad de expresar mi punto de vista sobre el particular. ¡Jamás! Ni se me ha invitado a concurrir a la televisión ni a la radio para decir la verdad. Como muchos de los que me precedieron, he sido perseguido por ser "distinto" de la mayoría. De este modo el hombre aniquila a quienes podrían prestar un servicio a la Humanidad con sus especiales conocimientos o experiencias particulares. Porque nosotros, los Excepcionales, podríamos, si nos dejaran, hacer retroceder las fronteras del conocimiento y permitir que avanzara el saber humano acerca del hombre.

La prensa me presenta enclenque y peludo, robusto y calvo, alto o bajo, delgado o grueso. Además, según las "fidedignas" informaciones periodísticas, ora soy inglés, ora ruso, un alemán a quien Hitler envió al Tíbet, hindú, etc. ¡Vaya con las "fidedignas" informaciones periodísticas! Nada, *nada en absoluto, excepto la Verdad. . . Y esa verdad está en mis libros.*

Muchos embustes se han dicho acerca de mí. Muchas son las fantasías absurdas que se han urdido, mucho el sufrimiento ocasionado, mucho el dolor. . . Mas, aquí, en este libro, se halla la Verdad. Y la relato

Tal como fue.

TAL COMO FUE

LIBRO PRIMERO

Tal como fue en el principio

CAPITULO I

El venerable anciano se recostó fatigado contra el pilar. Tenía la espalda entumecida y le dolía por haber permanecido sentado largas horas en mala posición. Un derrame senil le nublaba la vista. Pausadamente se frotó los ojos con el dorso de la mano y echó una mirada en torno. Papeles, papeles, infinidad de papeles se hallaban diseminados sobre la mesa ante la cual estaba, papeles colmados de extraños símbolos y de múltiples figuras enmarañadas. Aunque confusamente, podía ver que alrededor de él la gente se movía esperando órdenes.

Poco a poco el anciano se puso de pie rechazando de mal talante las manos que se extendían para ayudarlo y, tembloroso por el peso de los años, se dirigió a la ventana próxima. Ya en el vano tuvo un leve escalofrío y recogió un viejo manto estrechándolo en torno de su esmirriada figura. Luego, afirmando los codos en la mampostería, echó un vistazo. Tenía la malhadada capacidad de ver de lejos cuando lo que le exigían sus tareas era que pudiese ver de cerca, de suerte que en ese momento alcanzaba a distinguir hasta los más lejanos confines de la planicie de Lhasa.

Para Lhasa, el día era caluroso. Los sauces estaban en toda su magnificencia, con las hojas de un diáfano verdor. Los pequeños amentos, o candelillas, ponían una grata miríada de listas amarillas sobre un fondo castaño y verde. Abajo, a ciento veinte metros del anciano, los colores se combinaban en una suma de armonías con el espejear de las aguas cristalinas que se veían entre las ramas inferiores.

El anciano Primer Astrólogo pensaba en la tierra que se extendía ante él y contemplaba el soberbio Potala en el cual vivía y al cual muy raras veces abandonaba, y eso siempre que se tratase de algún asunto de suma urgencia. "¡No, no! " —pensó—: "Dejad que no piense en *eso* todavía; dejad que mis ojos descansen y disfruten del paisaje."

En la abigarrada ciudad de Shö, al pie del Potala, había mucha actividad: acababan de capturar a varios bandoleros mientras asaltaban a unos mercaderes en los pasos de altura de la montaña y los habían conducido al Palacio de Justicia. Respecto de otros delincuentes, ya se había administrado justicia, pues del Palacio salían varios individuos sentenciados por haber cometido algún tipo de delito grave, y las cadenas resonaban al compás de sus pasos, de modo que ahora tendrían que deambular de un lado a otro pidiendo algo de comer porque, encadenados, no les resultaría sencillo trabajar.

El viejo astrólogo echó una mirada pensativa a la Gran Catedral de Lhasa. Desde tiempo atrás tenía la intención de hacerle una visita para refrescar los recuerdos de la adolescencia, pero sus deberes oficiales le habían impedido durante largos años toda distracción que significase un mero placer. Suspirando comenzó a volverse para dejar la ventana, pero se detuvo y miró fijamente a la distancia al par que, llamando con un ademán a uno de los asistentes, dijo:

— Allí, por el Dodpal Linga, cerca de Kesar, se acerca un muchacho que me parece conocido. ¿No es el niño Rampa?

El asistente asintió con un movimiento de cabeza.

— Sí, reverendo padre, es el niño Rampa con su criado Tzu. El chico cuyo futuro estáis trazando en ese horóscopo.

El viejo astrólogo sonrió de soslayo contemplando las figuras del niño diminuto y el enorme criado de la provincia de Kham, de más de dos metros de estatura, y se quedó observándolos hasta que ambas figuras mal concertadas —una montada en un pequeño *pony* y la

otra en una gran cabalgadura— llegaron a una saliente rocosa de la montaña y desaparecieron tras ella. Luego, haciendo para sí un gesto con la cabeza, volvió a su desordenado escritorio.

—De modo que *esto* —musitó— debe estar de acuerdo con *eso*. Hum... O sea que durante más de sesenta años habrá de soportar muchos padecimientos a causa de la influencia adversa de... —Su voz se diluyó en un hilo monocorde mientras repasaba innumerables papeles, asentando anotaciones aquí y quitándolas allá.

Este anciano era el astrólogo más famoso del Tíbet, muy versado en los misterios de ese arte venerable. La astrología del Tíbet es muy distinta de la de Occidente. En Lhasa se relacionaba la fecha de concepción con la del alumbramiento; además, había que hacer un horóscopo adelantado para la fecha en que debía entregarse el "trabajo" completo. El Primer Astrólogo debía predecir el Camino de la Vida de los personajes ilustres y de los miembros principales de sus respectivas familias, e inclusive el gobierno era asesorado por los astrólogos, lo mismo que el Dalai Lama. Esa astrología, empero, no era como la de Occidente, al parecer prostituida por la prensa sensacionalista. Los sacerdotes astrólogos se sentaban con las piernas cruzadas ante unas mesas bajas y largas, y allí se ponían a la tarea de verificar cifras y correlacionarlas. De este modo componían los cuadros de la configuración de los cielos en el momento de la concepción, en el del nacimiento, en el de la entrega de la interpretación astrológica —que se conocía con la suficiente antelación—, y así se preparaba un cuadro completo y una descripción por cada año de "vida del individuo". Luego se combinaba todo el material en un informe extensísimo.

El papel tibetano se hace enteramente a mano. Son hojas muy gruesas de más o menos veinte centímetros de largo y de sesenta a setenta y cinco de ancho, mientras que el papel de Occidente es más largo que ancho. O sea que el del Tíbet es todo lo contrario. Las hojas de los libros no están sujetas, sino que se las conserva apiladas entre dos planchas de madera. Estos libros, pues, no

durarían mucho en Occidente, ya que las hojas se perderían o se estropearían. En el Tíbet el papel es sagrado y se lo trata con extremo cuidado: dilapidarlo es una falta grave y, como romper una hoja es malgastar papel, de ahí ese gran celo. Cuando un lama se dispone a leer, debe tener a su lado a un joven acólito. La plancha de madera que sirve de tapa al libro ha de ser retirada con sumo cuidado y depositada, con el anverso hacia abajo, a la izquierda del lector. Después, una vez leída la primera página, el acólito vuelve respetuosamente la hoja y la coloca sobre la cubierta. Por último, concluida la lectura, se emparejan las hojas con esmero y se ata el libro con cintas.

Los horóscopos se preparaban escribiendo y dibujando hoja por hoja y poniendo a secar aparte cada una de ellas, puesto que constituia un agravio despilfarrar el papel. De este modo, al cabo de seis meses más o menos —pues el tiempo no contaba— el horóscopo quedaba por fin terminado.

El acólito —en este caso un monje joven, aunque ya con algunos años de experiencia— levantó pausada y reverentemente la hoja y la colocó vuelta hacia abajo, sobre otra, encima de la mesa.

— ¡Chist, chist! —rezongó el anciano Astrólogo levantando la nueva hoja que ahora tenía ante su vista—. Esta tinta está perdiendo el color y todavía no ha sido siquiera expuesta a la luz. Habrá que volver a escribir la página —dijo, y tomando una de sus "barras de escribir", hizo unas rápidas anotaciones.

La invención de estas barras de escribir se remonta a algunos miles de años atrás, pero todavía se hacían exactamente de la misma manera que dos o tres mil años antes. A propósito de todo esto, existía la leyenda de que el Tíbet antaño se encontraba a orillas de un espléndido mar, idea a la cual daban pábulo los frecuentes hallazgos de conchas marinas, peces fósiles y muchas otras cosas más que sólo podían proceder de un país cálido de costas marítimas. Por lo demás, también se descubrieron diversos artefactos pertenecientes a una raza

extinguida, como utensilios varios, esculturas, artículos de pedrería, etc. Pero no sólo eso sino que, además, se había hallado oro, elemento que con gran profusión existía a orillas de los ríos que surcan el país.

Las barras de escribir se hacían, pues, de la misma manera que antes. Los monjes, luego de aprovisionarse de una buena cantidad de arcilla, salían en procura de ramitas adecuadas de sauce, de un grosor aproximado a la mitad del dedo meñique y de cerca de treinta centímetros de longitud, que llevaban cuidadosamente acondicionadas a un lugar especial del Potala. Una vez allí las examinaban y clasificaban con suma atención, a las más perfectas les daban un tratamiento particular, descortezándolas y revistiéndolas con arcilla, cuidando que no se doblaran. No obstante, también revestían de arcilla las ramitas levemente combadas y torcidas, puesto que los monjes jóvenes y los acólitos las utilizaban.

A los envoltorios de arcilla, todos los cuales llevaban un sello que permitía diferenciar a los de mejor calidad (destinados a los lamas superiores e inclusive al propio Recóndito) de los de primera clase (para los altos lamas) y segunda clase (para uso corriente), se les hacía un orificio muy chico para facilitar la salida de los gases producidos en el curso de la combustión y, de esa manera, evitar que estallaran.

La arcilla se colocaba en bastidores, en una gran cámara, donde se la dejaba durante un mes, más o menos, para que se fuera secando, en una atmósfera de baja humedad. Cuatro o seis meses más tarde se tomaban los envoltorios de arcilla y se los exponía al fuego (que también podía usarse para cocinar, hervir agua y otros menesteres), cuidando de que estuvieran bien colocados sobre la parte más roja de éste; durante un día, la temperatura se mantenía constante. Luego se dejaba que el fuego se extinguiera y, una vez apagado, se abrían los envoltorios, se tiraban los residuos de arcilla, y las varitas carbonizadas (carbones) de sauce quedaban listas ya para los elevados propósitos de servir a la difusión del verdadero saber.

Las ramitas que no alcanzaban a trasformarse en carbones se utilizaban para alimentar el fuego durante la operación de desecar la arcilla de las mejores. Para el fuego se empleaba excremento de yac bien seco y los trozos de madera que se tenían a mano; pero jamás se recurría a quemar madera si ésta podía utilizarse para otros fines "más nobles", puesto que en el Tíbet era sumamente escasa.

Las barritas de escribir, pues, eran ese elemento que en Occidente se denomina carbón de canutillo y emplean los artistas para dibujar en blanco y negro.

Empero, también se usaba tinta en el Tíbet, y para ello se empleaba otra clase de madera, revestida asimismo de arcilla, que se exponía al calor durante mucho más tiempo y a temperatura mucho más elevada. De este modo, después de algunos días, cuando el fuego ya estaba apagado, se retiraban de las cenizas las bolas de arcilla y se las partía; en su interior se encontraba un residuo muy negro que era el carbón casi puro que se examinaba con sumo cuidado para que no contuviese otras sustancias. Después lo ponían en un trozo de tejido ordinario de malla y lo presionaban contra una piedra que tenía una concavidad, en realidad una cubeta de más o menos cuarenta y cinco por treinta centímetros y cinco de profundidad. La tarea de apretar ese tejido contra el fondo de la cubeta para que poco a poco se fuera depositando un finísimo polvo de carbón, la cumplían monjes de la clase de los domésticos. Mezclaban luego este polvillo con goma caliente extraída de ciertos árboles de la región y revolvían continuamente hasta formar una masa negra viscosa que dejaban secar en panes. Después, cuando hacía falta tinta, sólo había que raspar uno de esos bollos en un recipiente especial de piedra y agregarle un poco de agua. De este modo se obtenía una tinta de un color pardo rojizo.

Los documentos oficiales y las cartas astrológicas de suma importancia nunca se preparaban con tinta de ese material común. Para fabricarla tomaban, en cambio, un trozo de mármol muy pulido, lo suspendían en ángulo de

alrededor de cuarenta y cinco grados y debajo colocaban unas doce lámparas de sebo que, con sus pabilos muy largos —muy altos—, chisporroteaban y despedían un humo negro y denso que daba contra el mármol pulido e inmediatamente se condensaba en una capa oscura. Después, cuando la capa alcanzaba un espesor conveniente, un monje joven inclinaba al bloque de mármol y quitaba el "negro de humo" acumulado, para luego devolverlo a su posición de cuarenta y cinco grados y poder recoger más. Entre tanto, tomaban cierta goma resinosa de los árboles y la ponían a calentar lentamente en un recipiente hasta que adquiriese la consistencia del agua y un aspecto muy claro. Sin impedir que hirviese y bullera lentamente, debían quitar de la superficie el espeso residuo espumoso para dejar la goma totalmente clara, líquida y con un ligero tinte amarillento. Luego había que agregar una buena cantidad de "negro de humo" y revolver hasta que resultara una pasta perfectamente densa. Esta mezcla se retiraba después con una cuchara y se extendía sobre una piedra para que se enfriara y se solidificara. Para los lamas y funcionarios superiores era preciso cortar los trozos en rectángulos y darles una buena presentación, pero los monjes de menor jerarquía se daban por satisfechos con un pan de tinta de cualquier forma. Para usar estas planchas se procedía como en el primer caso, o sea que se tomaba un trozo de piedra especial con una concavidad o depresión en la cual se echaban algunas raspaduras del bloquecito de tinta y luego se las mezclaba con agua hasta obtener la densidad necesaria.

Como es de suponer, en el Tíbet no existían plumas de acero ni estilográficas ni bolígrafos, sino que se empleaban ramitas de sauce descortezadas y pulidas, con la punta ligeramente esponjada, de suerte que en realidad semejaban pinceles de pequeñísimas barbas. Las desecaban con cuidado —con sumo cuidado, por cierto, para evitar que se resquebrajaran o se arquearan— y, cuando estaban lo bastante secas, para que no se partieran las colocaban sobre una piedra caliente que producía el

efecto de endurecerlas por el fuego, de modo que se pudieran manipular con tranquilidad y durasen muchísimo tiempo. La escritura tibetana, pues, es más bien pictográfica, toda vez que los caracteres —los ideogramas— se trazan con una especie de pincel, más o menos de la misma manera que lo hacen los chinos y japoneses.

El anciano Astrólogo —que mascullaba a propósito de la mala calidad de la tinta de esa página, decíamos— prosiguió leyendo y, al hacerlo, se dio cuenta de que el documento se refería a la muerte del sujeto del horóscopo. (La astrología tibetana abarca todos los aspectos: la vida, la forma de vivir y la muerte.) Con todo cuidado, pues, repasó sus predicciones, cotejando y volviendo a cotejar, porque se trataba de un pronóstico para un individuo de una familia muy importante, para una persona valiosa no sólo por las relaciones de su familia, sino también por sus méritos propios a causa de la tarea que le había sido asignada.

El anciano se echó hacia atrás en la silla y sus huesos crujieron por el cansancio. Entonces, con un estremecimiento de aprensión, recordó que su propia muerte estaba también amenazadoramente cerca. Esa era su última gran tarea: la preparación del horóscopo más minucioso que jamás hubiese hecho en su vida.

La conclusión de tal trabajo y la triunfal exposición de su estudio significaría desprenderse de las ataduras de la carne y el fin inminente de su propia existencia. No era que temiese a la muerte, pues ésta —como él bien sabía— no es más que un período de transición; empero, transición o no, es de todos modos un período de cambio, y ese cambio le causaba disgusto y le infundía temor. Tendría que dejar su amado Potala, tendría que abandonar el envidiable empleo de Primer Astrólogo del Tíbet, tendría que separarse de todas las cosas que sabía, de todas esas cosas que le eran tan caras y, como un novicio en un lamasterio, debería comenzar otra vez. Pero ¿cuándo? Él lo sabía. ¿Dónde? Eso también lo sabía. Mas era duro apartarse de los viejos amigos, duro cambiar de vida,

porque la muerte no es tal, y lo que llamamos muerte es una mera transición de una vida a otra.

Pensó en todas esas circunstancias. Se vio a sí mismo como tan a menudo había visto a otros: muerto, el cuerpo inerte, criatura ya no más consciente, sólo una masa de carne muerta adherida a una masa de huesos muertos. Y en su imaginación vio que le estaban sacando la ropa, que lo doblaban hasta tocar las rodillas con la cabeza, y que le ponían las piernas hacia atrás. Con los ojos de la mente vio que lo echaban sobre el lomo de un *pony*, envuelto en un lienzo, y lo llevaban a las afueras de la ciudad de Lhasa, donde lo dejarían en manos de los Encargados de los Muertos. Estos tomarían su cuerpo y lo depositarían sobre un gran peñasco plano especialmente preparado para esos fines. Luego lo abrirían y le quitarían todas las vísceras, y entonces el Jefe de los Encargados lanzaría su llamado a los vientos y aparecería toda una bandada de buitres perfectamente habituados a tales menesteres.

El jefe de los Encargados tomaría su corazón y lo arrojaría al buitre principal, que sin gran dificultad lo devoraría; luego cortaría los riñones, los pulmones y demás órganos para echárselos a los otros buitres.

Con las manos tintas en sangre, los Encargados desprenderían de sus blancos huesos jirones de carne, los cortarían en lonjas y los echarían también a los buitres apiñados en torno como una solemne concentración de viejos que asisten a un espectáculo.

Una vez despojado de la carne y de la totalidad de las vísceras, partirían los huesos en pequeños fragmentos y los pondrían en los agujeros de la roca para machacarlos con piedras hasta convertirlos en polvo. Este polvo, mezclado con la sangre y otras secreciones del cuerpo, permanecería en la roca para servir de alimento a los pájaros. Es decir, que a poco, en cuestión de horas, no quedaría ningún rastro de aquello que alguna vez había sido un hombre. Ni rastro alguno de los buitres tampoco, que se habrían ido — ¡quién sabe a dónde! — hasta que

los llamasen otra vez para volver a cumplir su terrible servicio.

El anciano pensaba en todo esto y en las cosas que había visto en la India, donde a la gente pobre se le daba como tratamiento arrojar sus despojos a los ríos o sepultarlos en la tierra, mientras que los más ricos, que podían disponer de madera, hacían incinerar sus cuerpos hasta que sólo quedaban cenizas blanquecinas que después eran arrojadas en algún río sagrado para que éstas, y quizá también el espíritu de la persona, volvieran al seno de la "Madre Tierra".

Sintió un estremecimiento total y murmuró: "No es éste el momento de pensar en mi tránsito: debo terminar mi labor y preparar las notas acerca de ese pequeñuelo". Pero no habría de poder hacerlo, pues sobrevino una interrupción. Estaba el anciano Astrólogo impartiendo entre dientes sus instrucciones para que se volviese a escribir la página entera con mejor tinta, cuando se oyó el resonar de unos pasos precipitados y el golpe de una puerta al cerrarse. Molesto, el anciano levantó la vista pues no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran de esa manera, ni a que hubiese ruido en el Departamento de Astrología, sector apacible, de quietud, de contemplación, donde a lo sumo se podía oír el ruido del roce de las varitas sobre la superficie rugosa del papel.

— ¡Debo verlo! ¡Debo verlo ahora mismo! ¡Lo ordena el Recóndito! —se oyó que decía una voz potente, y en seguida el ruido de pasos y el roce de ropa rústica. Entonces apareció un lama, del servicio del Dalai, trayendo en su mano derecha una vara en una de cuyas ranuras de los extremos se veía una hoja de papel con un mensaje del Recóndito. El lama se adelantó, hizo al anciano Astrólogo la media reverencia habitual y extendió la vara hacia él para que tomase la misiva. Así lo hizo y frunció el ceño con desaliento.

— Pero, pero. . . —musitó—, ¿cómo voy a ir ahora? Estoy en la mitad de todos estos cálculos, en medio de todas estas cuentas. Si en este instante dejo de. . .

Pero entonces se dio cuenta de que nada podía hacer

que no fuese ir "en ese instante". Con un suspiro de resignación cambió el raído manto de trabajo por uno más presentable, tomó algunos gráficos y unas barras de escribir y, volviéndose a un monje que estaba detrás de él, le dijo:

— ¡Vamos, muchacho! Toma estas cosas y acompáñame —luego de lo cual salió lentamente de la habitación tras el lama del manto dorado.

Éste aminoró el paso para que el anciano que lo seguía no se esforzase por demás, y así, durante un largo rato, atravesaron interminables corredores donde los monjes y lamas, que iban y venían presurosos cumpliendo sus tareas, se apartaban con una respetuosa inclinación de cabeza cuando el Primer Astrólogo pasaba junto a ellos.

Después de una larga caminata y de subir piso tras piso, el lama del manto dorado y el Primer Astrólogo llegaron al piso más alto donde se hallaban los aposentos del Dalai Lama, del Decimotercer Dalai Lama, del Recóndito, de aquel que había hecho por el Tíbet más que ningún otro. Allí, al doblar una esquina, se encontraron con tres jóvenes monjes que por cierto se comportaban de manera descomedida, pues estaban patinando de un lado a otro con los pies envueltos en un paño. No obstante, cuando los dos hombres pasaron, cesaron en sus travesuras y se hicieron respetuosamente a un lado. Esos muchachitos tenían asignada una función: como eran muchos los pisos que debían mantener inmaculadamente limpios, los tres pasaban toda la jornada de labor con los pies envueltos en gruesos paños, andando, corriendo y resbalando por los amplios embaldosados y, de resultas de eso, los pisos tenían un brillo asombroso a la vez que una pátina de antigüedad. Mas. . . como el piso estaba resbaladizo. . . Con todo respeto, el lama del manto dorado se detuvo y tomó del brazo al anciano Astrólogo, sabedor de que, a esa edad, quebrarse un brazo o una pierna constituia virtualmente una sentencia de muerte.

Después de un corto trecho llegaron a un amplio y soleado salón donde el Gran Décimotercero en persona,

sentado en la posición del loto, se hallaba contemplando por una ventana el panorama de los montes Himalaya que se extendían frente a él y, como es natural, a todo lo largo del Valle de Lhasa.

El anciano Astrólogo se prosternó repetidas veces ante el Rey-Dios del Tíbet y éste hizo un ademán a los asistentes para que se retirasen. Una vez a solas, ambos se sentaron frente a frente en sendos cojines que, en lugar de sillas, se usan en el país.

Como viejos amigos que eran, estaban muy al corriente de sus respectivas actividades. El Primer Astrólogo conocía todos los asuntos de Estado, todas las predicciones acerca del Tíbet, puesto que él, por supuesto, había hecho la mayoría. En ese momento el Gran Décimotercero estaba sumamente consternado, como que aquéllos eran días trascendentales, días de tensión, de angustia. La empresa británica East India Company pretendía extraer oro y otras cosas en el país, y algunos agentes y adalides del poderío militar inglés acariciaban la idea de invadir el Tíbet y adueñarse de él, aunque el peligro de la proximidad de Rusia impedía que se tomase esa drástica resolución. Baste decir, pues, que en aquel entonces mucha era la agitación y mucha la zozobra que los británicos suscitaban en el Tíbet, como mucho más tarde sucedería con los comunistas chinos. Para los tibetanos, poca era la diferencia entre chinos y británicos, puesto que todo cuanto querían era que los dejasen en paz.

Por desdicha, otro de los problemas de suma gravedad que había en el Tíbet por aquellos tiempos era que existían dos sectas de sacerdotes, una de ellas conocida por el nombre de Gorros Amarillos y la otra por el de Gorros Rojos. A veces se suscitaban violentas disputas entre ambas, de modo que los dirigentes —el Dalai Lama, que era el superior de los Gorros Amarillos, y el Panchen Lama, que lo era de los Gorros Rojos— no se profesaban afecto alguno.

Poca era, claro está, la simpatía que se tenían las dos sectas. En aquella época el predominio correspondía a los adictos al Dalai Lama; con todo, no siempre había sido

así, pues en otras la preeminencia le había correspondido al Panchen Lama —que a poco se vio obligado a abandonar el Tíbet— y el país se había hundido en el caos hasta que el Dalai Lama logró consolidar sus títulos con la ayuda de los tártaros y porque, en el aspecto religioso, los Gorros Amarillos tenían lo que podríamos llamar "santidad superior".

El Recóndito —o sea el Dalai Lama, a quien se le daba ese título, además del de Gran Décimotercero— formuló diversas preguntas respecto del probable futuro del Tíbet, y entonces el anciano Astrólogo rebuscó en la cartera que había llevado consigo y extrajo algunos escritos y gráficos que ambos hombres se pusieron a mirar.

—Dentro de menos de sesenta años —dijo el Astrólogo—, el Tíbet no existirá más como ente libre. El enemigo consuetudinario, los chinos, adoptarán una nueva forma de gobierno político, invadirán el país y virtualmente eliminarán la clase sacerdotal.

Después, a la muerte del Gran Décimotercero, prosiguió informándole el Astrólogo, se elegirá a otro a manera de paliativo por la agresión. Para ello escogerán a un niño como si éste fuese la reencarnación del Gran Décimotercero; pero, prescindiendo de la exactitud de la elección, ésta será ante todo de carácter político, puesto que quien luego será conocido como Décimocuarto Dalai Lama provendrá del territorio ocupado por los chinos.

El Recóndito, que se sentía sumamente triste por tales perspectivas, procuraba trazar planes para salvar a su amado país; mas —como con tanta precisión lo había hecho notar el Primer Astrólogo—, si bien era mucho lo que se podía hacer para contrarrestar el horóscopo adverso de un individuo, no se conocía modo alguno de alterar sustancialmente el destino de toda una nación. Porque una nación es un conjunto de muchísimos seres distintos, de muchísimos individuos a los que no se los puede moldear, ni dominar ni persuadir para que piensen de la misma manera, al mismo tiempo y con el mismo propósito. De suerte que el destino del Tíbet era conocido. Sin embargo, aún no se sabía el de los Sabios Refra-

nes, el de los Libros Sagrados ni el de la Sagrada Ciencia, si bien se estimaba que, por medios adecuados, se podía preparar a un joven, suministrarle conocimientos especiales, trasmitirle aptitudes específicas y luego lanzarlo al mundo, allende los confines del Tíbet, de modo que pudiese escribir acerca de su ciencia y de la ciencia del país.

Prosiguieron los dos hombres conversando hasta que al cabo dijo el Dalai Lama:

— Y en cuanto a este muchacho, Rampa, ¿ya ha preparado usted su horóscopo? Quisiera que lo leyese en una reunión especial, dentro de dos semanas, en la casa de Rampa.

El Primer Astrólogo se estremeció. ¿Dos semanas? No habría estado dispuesto a hacerlo en dos meses ni en dos años, de no habérsele señalado una fecha fija.

— Sí, su Santidad —repuso con voz trémula—; estará concluido dentro de dos semanas. Pero este muchacho va a pasar por las circunstancias más desafortunadas a lo largo de su vida: sinsabores y torturas, repudio de sus propios compatriotas, enfermedades... Todos los obstáculos imaginables se interponen en su camino por obra de las fuerzas del mal y, en particular, a causa de una que yo, hasta el momento, no entiendo enteramente, pero que al parecer se relaciona de algún modo con los periodistas.

— Bien; dejemos eso a un lado por el momento —dijo el Dalai Lama suspirando ruidosamente—, ya que lo inevitable no se puede modificar. Tendrá que repasar otra vez sus gráficos durante las próximas dos semanas para estar bien seguro de lo que va a decir. Entretanto, juguemos una partida de ajedrez... Estoy cansado de los asuntos de Estado.

Dicho esto hizo sonar una campanilla de plata y de inmediato entró en el salón un lama de manto dorado que recibió la orden de traer las piezas y el tablero para jugar. En Lhasa, el ajedrez goza de gran aceptación entre los espíritus elevados, pero es distinto del que se juega en Occidente. Aquí, cuando en una partida se mueve un

peón por primera vez, éste puede avanzar dos casillas; en el Tíbet, en cambio, lo normal es que avance una. Por otra parte, en el Tíbet no hay nada que se parezca a la coronación —según la cual, cuando un jugador llega con un peón a la última línea, puede cambiarlo por otra pieza—, así como tampoco existe el estado de tablas. Se considera, en cambio, que se ha llegado a un estado de equilibrio o de estancamiento cuando el rey ha quedado solo y no hay peones ni piezas de ninguna clase en el tablero.

Sentados, los dos hombres comenzaron a jugar con infinita paciencia, animados por el cálido afecto y el respeto que se había desarrollado entre ambos, mientras allá arriba, en la azotea que daba sobre los aposentos del Dalai Lama, las banderas de la oración ondeaban con la brisa de las altas montañas. Más lejos, debajo del corredor, los cilindros de las plegarias resonaban con estrépito, revolviendo sus eternas oraciones imaginarias. En las azoteas se veían los enceguecedores destellos dorados de las tumbas de las anteriores encarnaciones del Dalai Lama pues, según la religión tibetana, cada vez que uno de ellos muere sólo pasa a un estado de transición hasta que vuelve a la Tierra en el cuerpo de algún niño. Porque, en el Tíbet, la trasmigración era un hecho tan aceptado en religión, que ni siquiera se lo discutía. Así pues, en aquel tejado yacían doce cuerpos en doce tumbas de oro, cada una de las cuales tenía una cubierta de intrincada hechura, con muchas espirales, vueltas y circunvoluciones destinadas a engañar y ahuyentar a los "malos espíritus".

Desde las tumbas de oro podía verse el refulgente edificio del Colegio de Ciencias Médicas, Chakpori, Montaña de Hierro, centro de la medicina del Tíbet; más allá estaba la ciudad de Lhasa, que ese día brillaba intensamente bajo el alto sol del mediodía. El cielo tenía una profunda tonalidad purpúrea y, en las montañas que rodeaban el Valle, había espuma de nieve de un blanco puro que se extendía desde las cumbres.

Las horas trascurrían y las sombras iban descendiendo cada vez más desde la cadena montañosa occidental.

Ambos hombres, reunidos en los aposentos gubernamentales, suspiraron y de mala gana apartaron las piezas de ajedrez. Había llegado el momento de la oración, la hora en que el Dalai Lama atendía a sus rezos, y en que el Primer Astrólogo debía retomar a sus cálculos para no pasarse del plazo de dos semanas que aquél le había fijado.

Volvió a sonar la campanilla de plata, nuevamente apareció el lama del manto dorado, y unas pocas palabras apenas musitadas bastaron para indicarle que debía acompañar al Primer Astrólogo de regreso a sus aposentos, tres pisos más abajo.

El anciano, cuyas articulaciones sonaron al ponerse de pie, hizo las reverencias del ritual de práctica y así concluyó la entrevista con su Jefe Espiritual.

CAPITULO II

— ¡Oéee! ¡Oée! ¡Ayaaa! ¡Ayaaa! —exclamó una voz en la penumbra de aquel apacible día—. ¿Te has enterado de lo de esa *lady* Rampa? ¡Ha vuelto otra vez a lo mismo!

Un arrastrar de pies por el camino, el ruido de piedrecillas que ruedan bajo las pisadas, y luego un suspiro:

—¿*Lady* Rampa? ¿Qué ha hecho ahora?

Como al parecer hay cierta clase de mujeres que, cualquiera que sea su condición social o su nacionalidad, consideran que no han perdido el día si les es posible dar alguna noticia —sobre todo mala—, la primera de las voces repuso con mal disimulada satisfacción:

— La tía de mi hijastro —que como sabes se está por casar con ese aduanero que trabaja en Western Gate— se ha enterado de algo extraño. Le ha dicho su compañero que, durante estos meses, *Lady* Rampa ha estado encargando toda clase de cosas de la India y que, ahora, los mercaderes comienzan a traerlas en sus caravanas. ¿No sabías nada?

— Pues. . . lo que sé es que dentro de poco va a haber algo especial en sus jardines, pero debes tener en cuenta que el Gran *Lord* Rampa ha sido nuestro Regente cuando el Recóndito marchó a la India durante la invasión británica que tanto daño nos causó. Me parece muy natural que una de las damas principales de nuestro país quiera encargar cosas. No veo que haya nada de malo en eso. . . ¿Tú, sí?

La chismosa resopló con fuerza y, luego de aspirar profundamente, dijo:

— ¡Ah! ¡Pero tú no lo sabes todo; no sabes ni siquiera la mitad! He oído decir a un amigo que es criado de uno de los monjes domésticos de Kesar —viene del Potala, ¿sabes? —, que le están preparando un horóscopo y una interpretación de la vida muy, pero muy completos, a ese chiquillo. . . ya sabes, al pequeño ése que siempre se está metiendo en líos y que, al parecer, es un tremendo quebradero de cabeza para el padre. Digo yo, ¿sabías algo de esto?

— Sí —replicó la otra mujer después de pensar un momento—, pero no te olvides de que Paljör falleció hace poco. . . Con mis propios ojos vi cuando se llevaban su cuerpo. Los Trozadores de Cadáveres lo sacaron muy reverentemente de la casa y los dos sacerdotes lo acompañaron hasta la puerta; pero con este mismísimo par de ojos míos vi que, tan pronto como los dos sacerdotes volvieron la espalda, descargaron el pobre cuerpecillo, boca abajo y sin ceremonia alguna, sobre el lomo de un *pony* y lo llevaron al Ragyab para que los Encargados de los Muertos lo despedazaran y lo echaran a los buitres. Había que librarse de él.

— ¡No, no y no! —prorrumpió exasperada la chismosa—. ¡No entiendes nada! No tienes demasiada experiencia en estos asuntos sociales: con la muerte del mayor de los niños, ese chiquillo, Lobsang, es ahora el heredero de las fincas y caudales de la familia Lhalu, que son millonarios, como sabes. Han hecho dinero aquí, han hecho dinero en la India y han hecho dinero en la China. Pienso que ha de ser la familia más acaudalada del país. Y esta criatura, ¿por qué debe heredarlo todo? ¿Por qué debe tener por delante una vida tan desahogada cuando nosotros nos vemos obligados a trabajar. . .? Mi marido dice que no importa, que un día de éstos va a haber un cambio; tomaremos las residencias de las clases altas y entonces viviremos con lujo y ellos trabajarán para nosotros. Cosas veremos, ¡alabado sea el día! , si vivimos lo suficiente.

Desde las sombras llegó el rumor de unos pasos lentos y, al cabo de unos instantes, apareció la borrosa figura de

un rostro y la renegrida cabellera de una tibetana.

—No pude evitar oír lo que decían —comentó la recién llegada—, pero debemos recordar que a esa criaturita, Lobsang Rampa, le espera una vida dura, porque todos los que tienen dinero llevan por cierto una penosa existencia.

—¡Ah, sí; vaya! —replicó la chismosa—. Entonces todos nosotros tendríamos que estar pasando unos días lindísimos, por supuesto. No tenemos dinero, ¿no es cierto? —agregó, y se echó a reír con una risa de bruja—.

—He oído decir —prosiguió la recién llegada— que se está preparando un asunto de campanillas para que el Gran *Lord* Rampa pueda proclamar a su hijo Lobsang único heredero. Me han dicho, además, que al chico lo van a enviar a estudiar a la India y que será un problema evitar que caiga en manos de los británicos, porque éstos quieren apoderarse de nuestro país, ya se sabe, y fíjense el daño que han ocasionado. Pero no; ese chiquillo, rico o pobre, tiene una vida dura por delante. Acuérdense de mis palabras; acuérdense.

Las voces se iban apagando a medida que las tres mujeres se alejaban cautelosas por el camino de Lingkor y pasaban de largo frente al Templo de la Serpiente y por el Kaling Chu para cruzar el Puente Chara Sanpa.

Apenas a unos pocos metros de distancia —o tal vez a una distancia un tanto mayor. . .—, el sujeto de aquella discusión, un pequeño que aún no había llegado a la edad de siete años, se revolvía desvelado en el durísimo piso de su cuarto. A medio dormir como estaba, tenía sueños caprichosos, espantosas pesadillas: pensaba en las cometas y en lo terrible que sería si alguna vez se descubriese que era él quien estaba remontando aquella que había caído sobre unos viajeros y espantado a sus *ponies* de tal manera que uno de los jinetes cayó de su cabalgadura y, rodando, fue a dar en el río. . . Y aquél era un hombre importante, además, asistente del abad de uno de los lamasterios. El pobre chiquillo se revolvía durmiendo como si en el sueño pensara en los horrendos

castigos corporales que le habrían infligido si hubiese confesado ser el culpable.

La vida era sumamente difícil para los niños de las familias distinguidas de Lhasa, quienes debían dar el ejemplo a los demás, soportar penurias con el fin de endurecerse para la lucha por la vida, pasar mayores estrecheces que los de humilde cuna, servir de modelo y demostrar que hasta los hijos de los ricos, los hijos de los que regían el país, podían tolerar el dolor, el sufrimiento y las privaciones. Y esa disciplina, para un niño que todavía no había cumplido siquiera los siete años, era algo que jamás habrían podido sobrellevar las criaturas de Occidente, cualquiera que fuese su edad.

Las tres mujeres se habían detenido a conversar un instante más, antes de retirarse cada cual a su casa, y desde el otro lado del puente llegaba un rumor de voces femeninas. El soplo de la brisa dejó oír las palabras "Rampa" y "Yasodhara"; luego otra vez el rumor de voces, hasta que por último las mujeres se despidieron y tomaron sus respectivos rumbos haciendo crujir la grava bajo sus pies.

En la gran residencia Lhalu —cuya maciza puerta de entrada había resistido tan bien los embates de la infantería británica, que ésta sólo pudo entrar practicando un boquete en el muro de piedra— la familia dormía, todos excepto los "Guardianes de la Noche", que permanecían atentos y pregonaban las horas y el estado del tiempo para que quienquiera que por casualidad estuviese despierto tuviera noción de cómo trascurría la noche.

Adyacentes a la capilla de la residencia Lhalu se hallaban las habitaciones de los administradores. La clase superior de los funcionarios tibetanos tenía en sus residencias capillas propias, atendidas por uno o dos sacerdotes; pero la de Rampa era de tanta importancia que se consideraba de absoluta necesidad que tuviera dos. Los sacerdotes —monjes del Potala— debían ser remplazados por otros, cada tres años, para que quienes prestaban servicios domésticos no se desgastasen demasiado en domicilios particulares. Uno de esos lamas —pues en reali-

dad aquellos monjes eran lamas— hacía muy poco tiempo que había entrado al servicio de la familia. El otro, que pronto debía irse para retornar a la severa disciplina del lamasterio, se revolvía inquieto pensando en alguna manera de prolongar su estancia, porque aquélla era por cierto la oportunidad de su vida para asistir a la proclamación en público del horóscopo del heredero de una familia notable, y todos pudiesen saber por anticipado qué clase de hombre llegaría a ser.

Era éste un joven lama que había llegado a la finca de Lhalu con óptimas recomendaciones de su superior, pero había resultado ser un lamentable desengaño. Sus pasatiempos no eran por entero los de un eclesiástico, los de un sacerdote, pues era de aquéllos que tienen "el ojo en todo", como suele decirse, y sus miradas se desviaban de continuo hacia las jóvenes y bien parecidas domésticas. El administrador que vivía a la izquierda de la capilla había notado tal cosa y presentado la pertinente queja, de suerte que el desdichado y joven lama estaba en vísperas de caer en desgracia con su destitución. Con todo, como su sucesor no había sido nombrado todavía, el joven reflexionaba acerca de cómo dilatar las cosas de modo de alcanzar la fama de haber sido uno de los participantes en las celebraciones y oficios religiosos que se preparaban.

Por su parte, el pobrecito administrador también estaba pasando no pocas zozobras. *Lady* Rampa era, sin lugar a dudas, una mujer muy rigurosa, muy dura a veces en sus juicios y capaz de condenarlo sin darle la oportunidad de explicar que no era él quien provocaba algunas de aquellas dificultades. A la sazón le había encargado provisiones para tres meses más o menos, pero. . . ¡vaya si todo el mundo sabía lo lerdos que eran los mercaderes indios! *Lady* Rampa, empero, armaba un tremendo alboroto y decía que el administrador ponía en peligro el éxito de todos los planes con su incapacidad para conseguir los suministros. "¿Qué puedo hacer yo? ", musitaba aquél para sí, dando vueltas y más vueltas en su manta tendida en el suelo; "¿Qué puedo hacer para que los

mercaderes traigan a tiempo las provisiones? " Y así, murmurando, giró hasta ponerse de espaldas, con la boca abierta, y comenzó a emitir unos ronquidos tan espantosos que uno de los serenos miró hacia adentro porque le pareció que estaba agonizando.

También *Lady* Rampa se revolvía inquieta. Escrupulosa como era en asuntos de sociabilidad, se preguntaba si acaso el administrador estaría absolutamente seguro del orden de las prioridades y si se habrían escrito todos los mensajes, todas las invitaciones, en ese papel especial hecho a mano que se ataba con una cinta y luego se colocaba en la ranura de una vara que raudos jinetes trasportaban montados en sus *ponies*. Y esa tarea debía hacerse, pensaba, con sumo cuidado pues el subalterno no debía recibir la invitación antes que su superior. Porque esas cosas trascienden y siempre hay gente ansiosa por humillar a la anfitriona que trabaja con denuedo y hace lo mejor en pro del prestigio de su familia. Rampa se volvía de uno a otro lado, pensando en las provisiones y en la posibilidad de que no llegasen a tiempo.

Cerca, en un pequeño cuarto, Yasodhara —hermana del pequeño— estaba algo disgustada: su madre había ya decretado qué ropa debía usar en la reunión y ésa no era en absoluto la que ella quería ponerse, pues sus ideas sobre el particular eran totalmente diferentes. Después de todo, se decía, ésta es la única oportunidad del año para observar realmente a los mozos y fijarse en cuál de ellos podría resultar un buen marido dentro de unos años. Observar a los mozos, pues, significaba que también ella debía tener algo que los atrajera. . . el vestido; y el vestido debía ser hermoso, el cabello bien cepillado con grasa de yac y sus prendas espolvoreadas con el más fino jazmín. Debía hacer todo lo posible por atraer al que le pareciese que más adelante podía ser un buen esposo, pero su madre. . . Las madres no comprenden, pertenecen a una época pasada, no entienden en absoluto cómo deben vestir en la actualidad las jovencitas, han olvidado todas esas cosas. Y, echada de espaldas, Yasodhara pen-

saba y pensaba, forjando planes. ¿Podría agregar una cinta aquí o una flor allá? ¿Cómo hacer para realzar su aspecto?

Cuando la noche tocaba ya a su fin y una nueva aurora —la aurora de un nuevo día— comenzaba a despuntar, el fragor de las caracolas y el clangor de las trompetas despertaron a todos de aquel agitado sueño. El más pequeño de los Rampa abrió un ojo nublado por el sueño, gruñó y volvió a dormir en seguida, antes de terminar de darse vuelta.

Cerca del despacho del administrador, los serenos dejaban sus tareas y los relevos ocupaban sus puestos. El más humilde de los criados se despertó sobresaltado por los trompetazos de los templos vecinos y se puso de pie de un salto, rebulléndose dentro de sus ropas semicongeladas. Suya era la tarea de remover y alimentar los rescoldos para que el fuego cobrase nueva vida; suya, la de limpiar las habitaciones, higienizar el lugar, antes de que "la familia" bajase y lo viese en el estado de desaliño en que quedaba al cabo de la noche.

Tanto en los establos —donde se ponía a buen resguardo la gran cantidad de caballos de la finca— como en las instalaciones de la granja situada en los fondos —donde se encerraba a los yaques—, los criados removían todo y, con las palas, recogían los excrementos allí depositados por los animales durante la noche, desechos éstos que, una vez secos y mezclados con algunas astillas, constituían el combustible de uso corriente en el Tíbet.

Los cocineros se levantaban de mala gana para afrontar un nuevo día, cansados como estaban toda vez que desde hacía varias semanas, se hallaban preparando enormes cantidades de comida, a lo cual se sumaba la tarea de protegerla del pillaje de los niños (y niñas) listos de manos. Así pues, cansados, hartos de todo aquello, se decían a menudo: " ¡Cuándo acabará este asunto para que podamos tener otra vez un poco de paz! El ama anda cada vez peor de la cabeza con todos estos preparativos".

El ama —*Lady* Rampa— estaba sin duda atareada. Hacía días que iba al despacho de su esposo y allí importunaba

a los secretarios de éste para que le proporcionaran nóminas completas de las personas más importantes residentes en Lhasa e, inclusive de algunas personalidades escogidas de otros lugares vecinos. Además, imponía la inflexible exigencia de que se invitara a los extranjeros que ‹conviniera,, puesto que más adelante su influencia podía ser beneficiosa. En este caso, empero también había una cuestión de protocolo y de orden de prioridad, porque ¿quién debía estar antes de quién? , ¿quién se sentiría agraviado por ocupar tal lugar cuando a su juicio debía ocupar tal otro? Todo esto constituía una ímproba tarea, un enorme esfuerzo, una gran tribulación, y los servidores se hastiaban de hacer hoy una lista y encontrarse con que al día siguiente una nueva remplazaba a la anterior.

Desde días atrás todo estaba bruñido para lo cual, con arena fina, se había pulido la mampostería, pastosa por los años, en tanto que algunos hombres fornidos, con los pies envueltos en paños y pesados bloques de piedra forrados igualmente con trozos de lienzo, andaban por la casa frotando su pesada carga contra los pisos, que ya brillaban como espejos.

Los jardineros, agotados, iban y venían por la tierra, apoyados en manos y rodillas, quitando las malezas e inclusive las piedrecillas que no tenían el color apropiado. La dueña de casa era, sin lugar a dudas, un ama agobiadora.

Aquél, era el punto culminante de su vida, pues el hijo y heredero de la casa Lhalu —que tal vez fuese príncipe o. . . ¡vaya uno a saberlo! — iba a ser presentado y serían los astrólogos quienes dirían cómo sería su vida, aun cuando no insinuasen ni advirtiesen nada respecto de lo que pudieran revelar sus interpretaciones.

La señora de la casa, esposa de uno de los hombres más poderosos de la vida secular del Tíbet, ardía en deseos de que su hijo dejara el país y se educase en algún otro lugar, de modo que tenía la esperanza de lograr persuadir a su marido de que ella visitaría con frecuencia al hijo mientras éste estudiara en el exterior. Como

esperaba recorrer diferentes países, durante mucho tiempo había hojeado subrepticiamente algunas de las revistas que llevaban a Lhasa los vendedores ambulantes. Tenía, pues, sus planes, sus sueños y sus ambiciones; no obstante, todo dependía del veredicto del Primer Astrólogo. . . y todo el mundo sabe lo poco que a los astrólogos les importa nuestra condición social.

El momento en que se celebraría aquella gran reunión se aproximaba rápidamente. Los mercaderes entraban por la Western Gate y se dirigían a buen paso a la residencia Lhalu, pero los más perspicaces —o los de mayor viveza comercial— sabían que *Lady* Rampa caería en seguida en sus redes si le mostraban alguna cosa novedosa, algo que jamás se hubiese visto en Lhasa hasta entonces, algo que hiciera que sus vecinas y competidoras de la sociedad lanzasen una exclamación de falso elogio, detrás del cual, en realidad, se esconderían la frustración y los celos por no haber sido *ellas* quienes lo tuvieran primero.

Muchos mercaderes, pues, emprendían desde la Western Gate su lenta marcha por el camino de Lingkor y pasaban por la parte de atrás del Potala, más allá del Templo de la Serpiente, hasta llegar a la residencia de Lhalu, para allí tratar de engatusar a la dueña de casa con artículos exóticos y singulares con los cuales pudiera obsequiar y maravillar a sus invitados. Algunos iban con sus recuas de yaques llevando a la residencia un surtido completo de modo que la señora pudiera ver personalmente las mercancías que tenían en venta. Claro está que, tratándose de una ocasión tan importante, los precios habían sido aumentados, porque ninguna dama que se preciase de tal se atrevería siquiera a regatear ni a parar mientes en ellos por temor a que los mercaderes pudieran decir a los vecinos que —en este caso *Lady* Rampa— no podía pagar el precio debido y pretendía descuentos, concesiones o muestras.

Día tras día pasaban recuas de yaques y día tras día los estableros levantaban con las palas las deyecciones de éstos para echarlas en la pila de combustible que, de tal manera, aumentaba con rapidez. Por cierto iba a hacer

falta mucho combustible extra para cocinar, para la calefacción y para las fogatas, porque ¿quién puede, por ventura, celebrar una buena fiesta sin una buena fogata?

Los jardineros, una vez eliminadas a conciencia todas las malezas del suelo, se dedicaban a los árboles para asegurarse de que no hubiera ramas rotas ni secas que los afeasen y dieran pábulo a que se comentara que el jardín estaba mal cuidado. Pero más desastroso aún sería que una ramita cayera sobre alguna dama de abolengo y le descompusiera un tocado que quizá le habría llevado horas acomodar en su armazon especial de madera laqueada. De manera que los jardineros ya estaban hartos de reuniones y cansados de trabajar, no obstante lo cual no osaban aflojar porque los ojos de *Lady* Rampa parecían estar en todas partes, como que no bien alguien se sentaba un momento para aliviar el dolor de espaldas, aparecía furiosa y gritaba que estaba demorando el trabajo.

Por último, el orden de prioridades quedó establecido y aprobado por el propio Gran *Lord* Rampa, quien en persona se dedicaba a poner su sello en cada una de las invitaciones a medida que los monjes escribas las preparaban con todo cuidado. El papel, hecho especialmente para esa ocasión, era grueso y de bordes rústicos —una especie de papel de barbas, digamos—, y cada hoja medía alrededor de treinta centímetros de ancho por sesenta de largo. Estas invitaciones no se ajustaban a las medidas ni a la disposición del papel que de ordinario se utilizaba en los lamasterios, donde es más ancho que largo. Sin embargo, cuando eran de mucha importancia, se escribían en un papel más angosto —alrededor del doble de largo que de ancho— porque una vez aceptadas se ajustaban a dos varillas de bambú, ricamente adornadas en las puntas, con el fin de poder colgarlas de una cuerda, como elemento decorativo, para que se advirtiese la importancia del destinatario.

La de *Lord* Rampa era una de las diez familias más encumbradas de Lhasa. La del propio *Lord* figuraba entre

las cinco más distinguidas, en tanto que la de *Lady* Rampa estaba entre las primeras diez. De otro modo no hubieran podido casarse. De modo que, considerada la elevada posición social de ambos, era menester colocar dos sellos en las invitaciones, uno por cada una de sus señorías; pero, además, como estaban unidos en matrimonio y poseían bienes tan enormes, tenían un tercer sello —denominado Sello de Nobleza— que también debía ir en el documento. Como todos estos sellos, cada uno de un color distinto, eran frágiles, quebradizos, *Lady* Rampa y el administrador se hallaban en un estado lindante con el delirio, temiendo que los mensajeros fuesen tan torpes que pudieran hacer algo que los quebrara.

Se habían preparado, asimismo, varas especiales para llevar los mensajes que debían ser exactamente de la misma longitud y de un grosor muy similar con una ranura en uno de los extremos que servía para colocar la misiva y entregarla. Además, exactamente por debajo de esa ranura, llevaban adherido el escudo de armas de la familia y, más abajo, finas tiras de un papel muy resistente en las que estaban inscritas plegarias impetratorias de la protección del mensajero y la feliz entrega de los mensajes, así como rogativas para que el destinatario se dignase aceptar la invitación.

Durante un tiempo se ejercitó a los mensajeros en la manera más gallarda de cabalgar y entregar los mensajes. Para ello, montaban en sus cabalgaduras, las varas al viento como si fueran lanzas y, a una señal, se lanzaban a la carga, uno por uno, en dirección del capitán de la guardia que los instruía. Este, simulando ser el dueño de casa o el administrador, aceptaba cortésmente el mensaje que se le extendía en la vara y efectuaba una reverencia. Debía tomar el mensaje con gran respeto e inclinarse ante el mensajero porque éste, en resumidas cuentas, era el representante de "la familia". quien, a su vez, debía retroceder inclinándose, hacer girar el caballo y lanzarse al galope hacia el lugar del cual había partido.

Cuando todos los mensajes, o invitaciones, estuvieron preparados, se los colocó por orden de prelación; el

mensajero más imponente tomó el de mayor importancia —y así sucesivamente— y en seguida partieron al galope para entregarlos. Los demás mensajeros se adelantaban, cada cual tomaba un mensaje, lo ponía en la ranura de la vara y partía al galope. Pronto deberían regresar y toda la operación volvería a repetirse hasta que al cabo se hubiese entregado la totalidad de las invitaciones. Entonces comenzarían los momentos de zozobra, cuando el administrador y todos los demás se sentaran a esperar y esperar y a preguntarse cuántos aceptarían las invitaciones, si habría demasiadas viandas o si no alcanzarían. Y eso era algo que crispaba los nervios.

Algunos invitados deberían conformarse con permanecer en los jardines, en particular los que no tenían la suficiente categoría social como para ser admitidos dentro de la casa en sí: pero otros, pues... eran más importantes y tendrían acceso a la mansión y, además, los representantes del clero querrían visitar la capilla. De manera que se resolvió eliminar la laca de los altares y de las barandillas, para lo cual algunos hombres se pusieron a la tarea de raspar y raspar con muñecas de arena humedecida hasta que la madera que cubría la laca quedó lustrosa y como nueva. Hecho esto se les dio a los altares y a las barandillas una primera mano especial y, cuando esa capa estuvo seca, se aplicaron con sumo cuidado otras varias de laca hasta que, por último, todo quedó reluciente como el manso cristal de las aguas en un día de sol radiante.

Los pobres criados fueron llamados a presencia de la dueña de casa y del administrador, con el fin de someterlos a una minuciosa inspección para verificar que sus prendas fuesen las adecuadas y que todo estuviese limpio. Si la indumentaria no pasaba la revista debían lavarla, para lo cual se preparaban grandes calderos de agua hirviente.

Por último, cuando la tensión tocaba su punto más elevado, todas las respuestas llegaron, todos los criados habían sido ya inspeccionados y toda la ropa especial permanecía apartada para que no se usara hasta el Gran

Día. Y así, al caer la tarde, todo el mundo se sentó exhausto a esperar el alba del nuevo día en que el Destino quedaría revelado.

El sol se ocultaba lentamente detrás de las montañas occidentales y arrancaba una miríada de puntos de luz rutilantes de la eterna espuma que desciende de los altísimos picos, mientras la nieve reverberaba con un tono rojo sanguinolento que luego se tornaba azul y, después, purpúreo. Al fin sólo quedó la tenue e indefinida oscuridad del cielo y el relumbrar de los puntitos de luz: las estrellas.

En la residencia Lhalu también aparecieron, entonces, misteriosos puntos de luz entre los bien cuidados árboles. Un viandante que acertó a pasar por el camino de Lingkor aminoró la marcha, dudó un instante, hizo ademán de continuar andando, pero volvió sobre sus pasos para ver qué sucedía.

Como desde los jardines llegaban voces destempladas, el caminante no pudo resistir la tentación de seguir indagando para averiguar qué era lo que causaba semejante griterío que, por lo oído debía de ser un altercado. Con el mayor sigilo posible se encaramó en el muro de piedra, apoyó el pecho en el borde sosteniéndose con los brazos, y entonces pudo observar un espectáculo por cierto novedoso: allí estaban la dueña de casa, *Lady* Rampa, baja, regordeta y casi cuadrada, y a sus flancos dos criados de gran talla, con sendas lámparas de sebo encendidas, que trataban de impedir que la ondulante llama se apagase y con ello se desataran las iras de su señoría.

Entre los árboles, los jardineros iban y venían, desolados y de pésimo humor, poniendo en algunas de las ramas más bajas lamparillas de sebo para luego encender una de las mechas con eslabón y pedernal. Después, soplando con fuerza, avivaban la llama y, con una vara impregnada en aceite, tomaban fuego de ésta para prender las demás. La dama, empero, estaba muy indecisa acerca de dónde colocar las lámparas, de modo que todo era un continuo deambular a tientas en la oscuridad, con

las vacilantes lucecitas que todo cuanto hacían era intensificar la tonalidad morada de la noche.

Entonces sobrevino una conmoción al aparecer una voluminosa figura, de andar arrogante, que comenzó a vociferar en un arranque de cólera:

— ¡Están arruinando mis árboles, mis árboles, mis árboles. . .! ¡Los están arruinando! ¡Acaben con esos disparates! ¡Apaguen esas lámparas inmediatamente!

Lord Rampa se sentía sumamente orgulloso de sus hermosos árboles —de sus árboles y de sus jardines, famosos en toda Lhasa—, y tocaba por cierto el paroxismo de la desesperación temiendo que se hubiesen dañado los pimpollos que los árboles acababan de dar.

Su mujer, su señoría, se volvió hacia él con altivez y le espetó:

—Por cierto que estáis dando un espectáculo ante vuestros servidores, señor. ¿Pensáis, acaso, que no me basto para manejar estos asuntos? Esta casa es tan mía como vuestra. ¡No me importunéis!

El pobre *Lord* resoplaba como un toro y daba la impresión de estar a punto de echar fuego por las narices. Así pues, hecho una furia, giró sobre sus talones y retornó como una tromba a la casa; a poco se oyó un portazo, un ruido tan fuerte y seco que, de haber sido la puerta menos resistente, sin duda se habría hecho pedazos con el golpe.

—El incensario, Timón, el incensario. ¿Eres tonto, muchacho? Ponlo aquí. No te ocupes de encenderlo ahora. Ponlo aquí.

El pobre Timón, uno de los criados, luchaba con el pesado brasero; pero no era uno tan sólo, sino varios. La noche iba cerrándose cada vez más y todavía la dueña de casa no se sentía satisfecha. Al fin comenzó a soplar un viento helado y la luna apareció para derramar su gélida luz sobre la escena.

El hombre que espiaba desde lo alto del muro rió para sus adentros y se descolgó para proseguir su camino. " ¡Vaya vaya! ", musitó para sí; "Si de esto vale el ser noble, bien contento puedo estar por cierto, de ser tan

sólo un humilde comerciante" y sus pasos se perdieron en la oscuridad Entre tanto, en el jardín iban apagándose una a una las lámparas de sebo hasta que por último el personal de servicio y el ama se retiraron. Un ave nocturna percibió el raro e inusitado olor de las lámparas de sebo, cuyos pabilos aún humeaban y súbitamente levantó vuelo con un sobrecogedor grito de protesta.

Entonces, de repente, estalló en la casa una conmoción: el niño, el heredero de aquellas posesiones, el pequeño principito había desaparecido. ¿Dónde estaría, puesto que no se hallaba en su cama? Y cundió el pánico. La madre suponía que quizá se habría marchado temeroso de la severidad del padre; pero éste a su vez consideraba que lo más probable era que se hubiera escapado por miedo a las iras de la madre porque nada de lo que la pobre criatura había hecho aquel día había parecido bien. Toda la jornada había trascurrido para él con tropiezos: primero, por ensuciarse; después por destrozar la ropa; más tarde, por no estar donde debía en determinado momento; al rato, por no presentarse puntualmente a comer. Todo había estado mal.

La servidumbre, convulsionada, encendía lámparas y buscaba por todas partes, y una multitud de criados iba y venía por los jardines llamando al amito. Pero todo era inútil: no podían encontrarlo. Inclusive hubo que despertar a su hermana Yasodhara para preguntarle si podía dar alguna razón de dónde pudiese estar el niño, pero fue en vano: ésta se restregó los ojos legañosos con el dorso de la mano y se durmió sentada.

Algunos servidores se internaron a la carrera en la oscuridad del camino por si el niño se hubiese marchado, mientras otros revisaban la casa palmo a palmo. Al fin, Lobsang apareció en un depósito, durmiendo sobre un costal de granos y con un gato a cada lado. Los tres roncaban a pierna suelta, pero esa tranquilidad no les iba a durar mucho. El padre, que presa de un rapto de furia parecía estar casi a punto de echar abajo las paredes, se precipitó levantando una nube de polvo de los sacos de

granos e hizo parpadear la llama de las lámparas que sostenían los criados, una o dos de las cuales se apagaron. Asió luego fuertemente por el cuello a la pobre criatura y con mano firme la levantó en vilo. Entonces se adelantó la madre con rapidez, gritando:

—¡Alto, alto! ¡No vayáis a dejarle alguna marca, que mañana será el blanco de todas las miradas de Lhasa! ¡Enviadlo sólo a la cama!

El padre le propinó entonces una soberana bofetada y un empellón tan violento que el pobre chico fue a dar de bruces en el suelo. Un criado se aproximó para levantarlo y en seguida se lo llevó consigo. De los gatos no había señales.

Entre tanto, en el gran Potala, en el piso asignado a los astrólogos, la actividad todavía continuaba. El Primer Astrólogo seguía examinando cuidadosamente las cifras, verificando con suma atención los gráficos, repasando lo que iba a decir y practicando la entonación que estimaba necesaria. A su lado, dos lamas astrólogos tomaban hoja por hoja cotejándolas con otros dos en el orden debido para que no hubiese posibilidad alguna de error ni de que se alterase la lectura a causa de una trasposición de páginas con lo cual perdería reputación el Colegio de Astrólogos. A medida que cada libro quedaba concluido, le colocaban su cubierta de madera y luego lo ataban con el doble de cintas que habitualmente se utilizaban, con el fin de que también tuviese doble protección.

El monje designado como asistente personal del Primer Astrólogo estaba cepillando con esmero su mejor manto y verificando que los signos zodiacales que lo adornaban apareciesen relucientes y bien firmes. Además, como se trataba de un anciano, debían someter a un minucioso examen los dos báculos que solía utilizar con el fin de que no tuviesen alguna rajadura inadvertida que pudiese hacer que se partieran, después de lo cual debían ser entregados a un monje lustrador que los dejaría brillantes como cobre bruñido.

En las zonas de los templos, los gongos y trompetas resonaban y se oía el restregar de pasos presurosos a

medida que los monjes religiosos se encaminaban al primer servicio de la noche. Los monjes astrólogos, en cambio, habían sido excusados de concurrir a causa de la importancia de la misión que tenían asignada, puesto que no podían correr el riesgo de abandonarlo todo para asistir al servicio y al día siguiente encontrarse con que se hubiese deslizado algún error.

Y así, al fin, comenzaron a apagarse una tras otra las lámparas de sebo hasta que al cabo no quedó luz alguna, excepto las de los cielos, luz de luna y luz de estrellas aumentadas por los brillantes reflejos de los lagos y de los ríos que corren y se entrecruzan en la llanura de Lhasa. A ratos, alguna deslumbrante franja de agua rompía en cascada de argentados brillos, como de plata fundida cuando algún enorme pez saltaba sobre la superficie en busca de un poco de aire.

El silencio, sólo quebrado por el croar de las ranas y los chillidos de las aves nocturnas a la distancia, era absoluto. La luna navegaba en su solitario esplendor por un cielo purpúreo, y la luz de las estrellas se desvanecía a medida que las nubes procedentes de la India ocultaban su fulgor.

Las sombras habían descendido ya sobre la Tierra y todos dormían, salvo las criaturas de la noche.

CAPITULO III

Sobre el escarpado horizonte oriental aparecían las primeras luces mortecinas. Los grandes cordones montañosos se erguían en la más absoluta oscuridad y, detrás de ellos, el cielo comenzaba a clarear.

En el piso más alto de los lamasterios —es decir, en el tejado— que sin excepción tenía una plataforma o parapeto especial con grandes caracolas y trompetas de cuatro a seis metros de largo, apoyadas en soportes, los monjes y lamas se disponían a saludar el nuevo día.

El valle de Lhasa era una hoya de un negro retinto. La luna hacía ya tiempo que se había puesto y las estrellas languidecían en la palidez del firmamento, allende las montañas del este. No obstante, el valle de Lhasa aún dormía, aún vivía en la más profunda oscuridad de la noche; y mientras el sol no se elevase bien por encima de las cumbres, ni las casas ni los lamasterios, adormecidos darían la bienvenida a la luz del día.

Aquí y allá, diseminados al azar por todo el valle, aparecían algunos puntos aislados de luz a medida que algún lama, algún cocinero o algún pastor se iban preparando para dirigirse muy temprano a sus ocupaciones. Y esos débiles, muy débiles fulgores sólo servían para acentuar la aterciopelada oscuridad, tan cerrada que ni siquiera el tronco de un árbol podía distinguirse.

Detrás de las montañas del este, la claridad iba en aumento. Primero hubo un vívido desdello de luz y luego un fulgor rojizo, seguido de inmediato por lo que parecía ser una franja luminosa sumamente verde, característica de los crepúsculos matutino y vespertino. Después apare-

cieron franjas de luz más anchas y, al cabo de unos minutos hubo un extraordinario resplandor dorado que hizo que los altos picos se recortaran; dejó ver las nieves perpetuas, se reflejó en los glaciares de las cumbres y proyectó sobre el valle las primeras señales de que el día había ya despuntado. Entonces, no bien el sol asomó sobre las crestas de los macizos, unos lamas comenzaron a soplar las trompetas y otros las caracolas, de tal manera que el aire mismo parecía estremecerse con la resonancia. El fragor, sin embargo, no suscitó reacción inmediata alguna puesto que los habitantes del valle estaban demasiado acostumbrados al sonar de las trompetas y caracolas y les era posible ignorarlas, del mismo modo que la gente de las ciudades puede desentenderse del rugir de los aviones, del estrépito de los recolectores de residuos y de todos los demás ruidos de la "civilización".

Con todo, aquí y allá, algún ave nocturna adormecida lanzaba un chillido de alarma para luego volver a poner la cabeza debajo del ala y sumirse en el sueño. Ya había llegado la hora de los habitantes del día y poco a poco los pájaros diurnos se iban despertando, piaban todavía soñolientos y luego batían las alas para sacudirse la modorra de la noche. Aquí y allá se veía caer alguna pluma mecida por el soplo errabundo de la brisa.

En las aguas del Kyi Chu y en el Templo de la Serpiente los peces comenzaban a bullir con pesadez, pasada ya la noche, y a acercarse a la superficie; porque allí, en el Tíbet, podían hacerlo, dado que, como los budistas respetan la vida, no hay pescadores.

El anciano se revolvió al sonar de los cuernos y el bramar de las caracolas, y se sentó semidormido. Miró el cielo desde su rincón y de pronto lo asaltó un pensamiento que lo obligó a ponerse de pie en medio del crujir de sus articulaciones. Se levantó, pues con parsimonia, arrastrando los achacosos huesos y los fatigados músculos, y se encaminó hacia la ventana para echar un vistazo al exterior, hacia la ciudad de Lhasa que comenzaba a despertar. Allá abajo, en la aldea de Shö, empezaban a aparecer pequeñas luces, unas tras otras, a

medida que se encendían las lámparas de sebo de modo que los funcionarios que ese día iban a tener a su cargo las tareas dispondrían holgadamente de tiempo para hacer sus preparativos.

En el gélido amanecer, el anciano Astrólogo, tiritando, se arrebujó aún más en su manto. Sus pensamientos se volvían inevitablemente hacia la finca de Lhalu, invisible desde el lugar de privilegio que él ocupaba, pues éste daba a la aldea de Shö y la ciudad de Lhasa, mientras que la residencia se hallaba del otro lado del Potala, frente al muro de figuras talladas que tanta atracción ejercían sobre los ociosos peregrinos.

Echándose otra vez, lentamente, sobre las mantas el anciano se puso a pensar en los sucesos de la jornada. Ese día, meditaba, sería uno de los más importantes de su carrera, quizás el punto culminante. Podía ya sentir la proximidad de la mano de la muerte sobre sí, la declinación de sus funciones orgánicas, el adelgazamiento de su cordón de plata. Pero estaba contento de que aún hubiese alguna función más que él pudiera desempeñar para dar prestigio al cargo de Primer Astrólogo del Tíbet. Y así, meditando, se sumió en un ligero sopor hasta que despertó con cierto sobresalto cuando un lama irrumpió en la habitación para decirle: "Venerable señor: ha llegado ya el día y no tenemos tiempo que perder; debemos cotejar una vez más el horóscopo y el orden en que serán presentados sus puntos. Os ayudaré a levantaros, venerable señor". Y así diciendo se inclinó para colocar un brazo en torno de los hombros del anciano y ponerlo de pie con toda suavidad.

A la sazón, la claridad aumentaba con rapidez. El sol se elevaba sobre la cadena montañosa del este y su luz se reflejaba en la parte occidental del valle, en tanto que las casas y lamasterios que se hallaban debajo de los cordones orientales permanecían todavía en la penumbra, contrastando con la casi plena luz diurna que ya bañaba el lugar opuesto.

También el Potala despertaba. Ya se percibía ese singular alboroto que siempre hacen los seres humanos

cuando empiezan a desarrollar sus actividades al comenzar el día, y todo en él daba la sensación de que allí había personas dispuestas a continuar con la a veces tediosa tarea de vivir. Las pequeñas campanillas de plata tintineaban y, de tanto en tanto, se oía el mugido de alguna caracola o el metálico fragor de una trompeta. Empero, ni el anciano Astrólogo ni quienes lo rodeaban se daban cuenta de los chirridos y el rotar de los Cilindros de las Plegarias, pues hasta tal punto formaban parte de su rutina diaria que hacía tiempo no los percibían, así como tampoco las Banderas de los Rezos que flameaban con la brisa matinal en los altos del Potala. Sólo la cesación de tales ruidos habría sido advertida por esa gente.

A lo largo de los corredores se oían pasos apresurados y el abrir y cerrar de pesadas puertas; desde alguna parte llegaban voces que entonaban salmos y cantos de salutación al nuevo día. Pero el anciano Astrólogo no tenía tiempo para reparar en semejantes cosas, ocupado como estaba en despabilarse por completo y en atender a los menesteres que tan necesarios son después de dormir toda una noche. Un instante más y ya tendría servido su desayuno de *tsampa* y té, luego debería atender el ritual de prepararse para la lectura que debía realizar.

En la casa solariega de Lhalu la servidumbre estaba ya despierta. También *Lady* Rampa se había levantado y *Lord* Rampa, después de un rápido desayuno, montó contento en su caballo para dirigirse con sus asistentes a sus tareas oficiales en la aldea de Shö. Se sentía feliz de huir de su esposa, de escapar de su oficioso trajinar y de su desmedido celo por los acontecimientos que se avecinaban En cuanto a él, debía comenzar temprano sus tareas puesto que después sería absolutamente necesario que regresara para desempeñar su papel de amable anfitrión.

Entre tanto, ya habían despertado al heredero de la hacienda de Lhalu quien, de mala gana volvía a la realidad. Ese era "su" día; pero —reflexionaba un tanto confuso— ¿cómo podía ser su día cuando su madre pensaba aprovecharse de él en el aspecto social? Si fuera por él daría todo por olvidado y se iría a la orilla del río

para ver al botero trasportar gente de una margen a la otra y así, cuando ya no quedara mucha por trasladar, ingeniarse para convencerlo de que le permitiera ir y venir sin pagar pasaje, valiéndose siempre de la excusa, claro está, de que lo ayudaría a bogar en la balsa.

La pobre criatura se sentía muy desolada, pues un criado empedernido se había puesto a embadurnarle el pelo con grasa de yac y a hacerle después unos rizos tiesos como colas de cerdo, con una curiosa vuelta. Para ello le frotaba la grasa en la cola de cerdo hasta que ésta se ponía casi tan dura como una vara de sauce.

Alrededor de las diez de la mañana se oyó un retumbar de cascos de caballos y una partida de jinetes entró en el corral: *Lord* Rampa y sus acompañantes regresaban de las oficinas del gobierno porque era preciso que la familia fuera a la Catedral de Lhasa para dar las gracias por todos los misterios que iban a revelarse ese día y, por supuesto, para demostrarles a los sacerdotes —siempre dispuestos a pensar que los "cabezas negras" eran irreligiosos— que a ellos especialmente no los alcanzaba tal condición. Porque en el Tíbet los monjes se rasuran la cabeza mientras que la gente común —los laicos— lleva cabellos largos, la mayoría de las veces negros, razón por la cual se la solía llamar "cabeza negra".

La gente aguardaba en el corral, *Lady* Rampa ya en su *pony*, lo mismo que su hija Yasodhara. A último momento, empero, hubo que asir al heredero de la familia y ponerlo sin ninguna ceremonia sobre el suyo, que también parecía mal predispuesto. Luego se volvieron a abrir los portales y el grupo se puso en marcha con *lord* Rampa a la cabeza. Durante treinta minutos aproximadamente cabalgaron en absoluto silencio, hasta que al fin llegaron a las casitas y tiendas que rodeaban la Catedral de Lhasa, esa catedral que hacía tantos centenares de años se levantaba allí para servir de lugar de adoración a los devotos y cuyos pisos originales de piedra se hallaban profundamente surcados y desgastados por los pasos de los peregrinos y visitantes. A todo lo largo de la entrada había hileras de Cilindros de Plegarias —enormes arte-

factos, por cierto— y como era costumbre, a medida que las personas penetraban los hacían girar, con lo cual se producía un curioso estrépito como de cencerros, de efecto casi hipnótico.

El interior de la Catedral estaba pesado —con una pesadez sobrecogedora— por el aroma a incienso y el recuerdo de todo el que se había quemado durante los trece o catorce siglos trascurridos. Inclusive de las pesadas vigas negras del techo parecían desprenderse nubes de incienso, un humo azulado, un humo gris y, a veces un humo de tintes parduscos.

Representados por imágenes de oro, de madera y de porcelana, podían apreciarse diversos dioses y diosas ante los cuales los peregrinos colocaban sus ofrendas que cada tanto era necesario poner detrás de una verja de hierro para protegerlas de los fieles cuya piedad cedía al deseo de participar de las riquezas de aquéllos.

Ardían pesadas candelas que proyectaban vacilantes sombras en la oscuridad del recinto; pero, para un niño que todavía no contaba siete años, era difícil pensar que se habían mantenido encendidas porque durante mil trescientos o mil cuatrocientos años habían sido alimentadas con aceite. El pobre chiquillo, que miraba en torno con los ojos desmesuradamente abiertos, pensaba: "Cuando acabe este día quizá pueda irme a algún otro país, lejos de toda esta religiosidad". ¡No sabía lo que le estaba reservado!

Un enorme gato se adelantó, lánguido, para restregarse contra las piernas del heredero de la familia Rampa. El niño, entonces, se inclinó y se apoyó en las rodillas para acariciarlo, y el gato comenzó a ronronear encantado. Era uno de los animales guardianes del templo, sagaces estudiosos de la naturaleza humana que, con una sola mirada podían decir quiénes intentaban robar y quiénes eran dignos de confianza. Normalmente, esos gatos no se aproximaban nunca a nadie que no fuese su cuidador particular. Así pués, por un momento hubo un silencio de asombro entre los circunstantes y algunos monjes vacilaron en sus cánticos cuando sus ojos se maravillaron

ante el espectáculo de ese niño arrodillado junto al gran gato. El cuadro, empero, pronto se echó a perder porque *Lord* Rampa, con el rostro demudado por la ira, se inclinó y levantó al chico por el cuello, lo sacudió como sacuden las mujeres un plumero, le dio una bofetada en el oído que al niño le hizo pensar que se había desatado una tronada, y lo puso otra vez de pie sin contemplación alguna. El gato se volvió entonces hacia su señoría, le espetó un larguísimo y vigoroso siseo y luego se dio vuelta con dignidad y se marchó.

Mas, como ya había llegado el momento de retornar a la residencia de Lhalu —pues pronto comenzarían a arribar los invitados, muchos de los cuales acostumbraban presentarse temprano para disfrutar de lo mejor que hubiese, incluido un lugar de privilegio en los jardines—, el grupo abandonó el recinto de la Catedral y salió nuevamente a la calle. El niño levantó la vista y, al ver las banderas que flameaban sobre el camino que conduce a la India, pensó: "¿Podré irme dentro de poco a otro país por este camino? Pronto lo sabré, creo. Pero, ¡alabados sean los cielos, quisiera comer algo! "

El grupo retomó el camino de regreso y, al cabo de veinticinco o treinta minutos, se encontraba ya de nuevo en el corral de la casa donde fue recibido con ansiedad por el administrador, quien pensaba que tal vez se hubiese producido alguna postergación y debería anunciar a los furiosos invitados que los dueños de casa habían sido demorados inexplicablemente en la Catedral.

Como aún quedaba tiempo, tomaron un rápido refrigerio. Entonces se oyeron ruidos inesperados que llegaban desde el camino y el heredero se lanzó a la ventana: por la carretera, montados en sus *ponies* se aproximaban los monjes músicos tañendo sus instrumentos. Cada tanto, alguno de aquéllos hacía sonar su trompeta o su clarinete para cerciorarse de que estuviesen afinados, o algún otro batía con fuerza el tambor a fin de verificar que el parche tuviera la tensión adecuada. Por último, entraron en el corral y se dirigieron por un sendero lateral a los jardines, donde con sumo cuidado deposi-

taron los instrumentos en el suelo para luego dedicarse alegremente a beber la cerveza tibetana que con cierta abundancia se había puesto a su disposición para entonarlos. . ., para que adquirieran el humor apropiado y tocaran música animada en lugar de esas tristes cosas clásicas.

Pero no había tiempo para dedicarse a los músicos porque ya comenzaban a llegar los primeros invitados. Tantos eran los que arribaban que parecía como si toda Lhasa se hubiera puesto en camino hacia la residencia de Lhalu. Era un pequeño ejército de hombres a caballo, todos tan fuertemente armados que, en cierto modo, parecían tropas invasoras enviadas por los británicos. Ese ejército, empero, había sido armado sólo porque así lo exigían el ceremonial y el protocolo. Venían formados de tal manera que los hombres marchaban a los lados y las mujeres entre las filas para estar debidamente protegidas contra algún ataque imaginario. Las lanzas y picas de los efectivos aparecían vistosamente adornadas con banderas y gallardetes; y, aquí y allá las Banderas de las Oraciones que ondeaban en los báculos señalaban la presencia de algún monje en la partida.

En el corral en sí había dos filas de servidores, una de ellas encabezada por el administrador y la otra por el sacerdote principal de la casa; todo era reverencias y más reverencias a medida que los invitados pasaban al interior. A todos ellos se les prestaba ayuda para que se apearan de sus cabalgaduras, como si fueran —ésa era la opinión del heredero de la casa— un hatajo de idiotas paralíticos, y luego se llevaban los caballos para darles de comer en abundancia. Entonces —según la categoría de los invitados— se los conducía al jardín, donde debían valerse por sí mismos, o los acompañaban al interior de la casa donde comenzaban las exclamaciones acerca de tal o cual cosa de las que habían sido colocadas especialmente para impresionarlos. En el Tíbet, por supuesto, se suelen intercambiar cintas, de modo que se producía una gran confusión a medida que los invitados que arribaban presentaban las suyas y recibían otras como retri-

bución. Inclusive, a veces se suscitaba un incidente muy embarazoso cuando algún criado atolondrado devolvía impensadamente al invitado o invitada la cinta que acababa de entregar, en cuyo caso, luego de algunas sonrisas de turbación y de musitar las consabidas disculpas, al instante se subsanaba el inconveniente.

Lady Rampa tenía el rostro encendido y traspiraba profusamente temiendo que el viejo astrólogo —el Primer Astrólogo del Tíbet— hubiese fallecido, se hubiera caído al río, lo hubiera herido un caballo o le hubiese pasado cualquier otro percance, puesto que no había señales de él y el único propósito de la reunión era el de escuchar la lectura acerca del futuro del heredero de la casa. Sin el Primer Astrólogo, eso no se podía hacer.

Así pues, mandaron a un criado a todo correr a que subiera al punto más elevado de la casa y mirara hacia el Potala para ver si aparecía indicio de cabalgaduras en marcha que pudiesen anunciar la inminente llegada del astrólogo. El criado partió y de inmediato apareció en la parte más alta del tejado haciendo ademanes con los brazos y bailando, en su excitación, una giga.

Lady Rampa estaba furiosa, totalmente frustrada porque no tenía idea de qué era lo que el criado trataba de comunicar puesto que, con sus gestos más que nada parecía ebrio. De manera que con toda premura envió a otro a averiguar qué estaba sucediendo y así, al cabo de un momento, ambos regresaron juntos e informaron que la caravana del Astrólogo estaba atravesando el llano de Kyi Chu. Eso bastó para que la agitación aumentara: *Lady* Rampa hizo conducir al jardín a todos cuantos se hallaban en la casa y les rogó que ocupasen sus respectivos lugares pues el gran Primer Astrólogo estaba a punto de llegar. Por su parte, los monjes músicos se levantaron y comenzaron a tocar haciendo vibrar el aire por la vehemencia con que ejecutaban.

Los jardines de la finca de Lhalu eran espaciosos y estaban muy bien cuidados; había en ellos árboles de todas partes del Tíbet e, inclusive, algunos de la India, de Bután y de Sikkim, además de gran profusión de arbus-

tos de exóticas flores que extasiaban la vista. En esos momentos, sin embargo, esa maravillosa exposición que era el jardín estaba atestada de espectadores ávidos, de gente sin interés alguno por la jardinería, de personas pendientes sólo de *lo sensacional*. El gran *Lord* Rampa se paseaba desconsoladamente de un lado a otro, mordiéndose los nudillos en el paroxismo de su angustia y frustración, tratando a la vez de sonreír con amabilidad a las personas a las cuales pensaba que podía deslumbrar.

Lady Rampa, con las corridas que emprendía hacia todas partes, parecía empequeñecerse cada vez más. Andaba sin parar, cuidando de que *Lord* Rampa no estuviese demasiado serio, indagando qué hacía el heredero, qué hacían los criados. . . y atisbando con ojo avizor el próximo arribo del Primer Astrólogo.

No mucho después se oyó un resonar de cascos y el administrador se precipitó hacia la puerta principal —que inmediatamente se cerró tras él— a fin de permanecer listo allí para impartir la orden de abrirla en el momento exacto y lograr de tal modo el máximo efecto.

Los invitados, que ya habían oído también el andar de los caballos, se dirigieron en tropel desde el jardín hacia una cámara amplísima que, para la ocasión, había sido convertida en recepción, donde se encontraron con que les esperaba el té con mantequilla y, claro está, manjares de la India, esos dulcísimos y pegajosos pasteles que podían embadurnarlos y que harían que no hablasen tanto. . .

En ese instante se oyó el tañido de un gong de tono profundo, un gong enorme, de una altura aproximada de un metro y medio, que sólo se utilizaba en las más solemnes ocasiones, cuyos ecos se expandieron y se reflejaron en toda la casa. El criado encargado de tocarlo se hallaba en un lugar elevado, descargando los golpes especiales que días antes había practicado con un batintín más pequeño.

Al sonar el gong se abrió la puerta y una caravana de monjes novicios y de lamas entró en el corral junto con el Primer Astrólogo, hombre anciano, por cierto, de unos

ochenta años, desmirriado y pequeño. Muy cerca de él, casi rozándole las piernas, cabalgaban dos lamas cuya única misión era impedir que el anciano se cayese y fuera pisoteado por los animales.

Los caballos, que sabían bien que la travesía había tocado a su fin y que ahora recibirían su buena ración, se dutuvieron. Entonces, mientras los dos lamas auxiliares echaban pie a tierra y con grandes miramientos alzaban al anciano Astrólogo, *Lord* Rampa se adelantó para efectuar el acostumbrado intercambio de cintas y las habituales reverencias. Luego, ambos entraron en el salón de recepción donde los circunstantes saludaron con una inclinación

Por un momento hubo cierto desorden y revuelo luego de lo cual, después de probar cortésmente el té con mantequilla, el Primer Astrólogo hizo un ademán a los dos lamas que trasportaban las notas y los gráficos.

El gong volvió a sonar con su acento grave y la puerta del extremo opuesto del salón de recepción se abrió de pronto para dejar paso al Primer Astrólogo y a sus dos lamas auxiliares, quienes se dirigieron al jardín donde se había erigido un cobertizo especialmente importado de la India. Uno de los lados de éste estaba abierto con el fin de permitir que la mayor cantidad de personas pudiese ver y oír cuanto sucedía dentro, en tanto que en su interior se había levantado un estrado con barandillas por tres de sus costados, y cerca del frente estaban dispuestos cuatro asientos.

El primer Astrólogo y los dos lamas asistentes se aproximaron al estrado; entonces aparecieron cuatro servidores que llevaban verticalmente unas pértigas o antorchas, puesto que del extremo superior se desprendían grandes llamas como señal de que aquellos hombres reconocían que allí, en el cobertizo, estaban las llamas del saber.

Luego apareció una charanga de cuatro trompetistas para llamar la atención hacia *Lord* y *Lady* Rampa porque el hijo de ambos, el heredero de la fortuna de Lhalu, era el causante de toda esa "conmoción", como dijo uno de

los espectadores. Entonces, los señores dueños de casa ascendieron lentamente al estrado y se colocaron de pie detrás de las cuatro sillas.

Desde otra dirección, y acompañados de su propio séquito, llegaron después dos hombres sumamente ancianos del lamasterio del Oráculo Estatal, el lamasterio de Nechung que, después del Primer Astrólogo eran los más experimentados del país y colaboraban con aquél, de manera que aportaban cifras, gráficos y cómputos; cada una de las hojas del horóscopo llevaba sus sellos de aprobación.

El Primer Astrólogo se puso de pie —los demás permanecían sentados— tras lo cual se produjo un silencio absoluto entre la concurrencia. Luego miró a la multitud y como permaneciera totalmente callado, hubo unos momentos de tensión hasta que a un gesto suyo los dos lamas se adelantaron y se situaron uno a cada lado. El de la derecha sostenía el libro compuesto con el horóscopo, mientras, el de la izquierda levantaba cuidadosamente la cubierta de madera y el Primer Astrólogo comenzaba a leer las notas.

La gente debía esforzarse para oír pues, a causa de su edad, el Astrólogo tenía una voz atiplada y fuerte que, para quiénes estaban en el fondo, se mezclaba con el canto de los pájaros de las ramás más altas.

Sus primeras palabras fueron las del ritual para tales ocasiones:

—Los dioses, los demonios y los hombres todos se comportan de la misma manera —dijo—, de modo que el futuro es predecible, aun cuando ese futuro no sea inmutable. El futuro, dentro de ciertos límites, puede ser alterado. En consecuencia, sólo podemos anticipar probabilidades y, previsto lo bueno y lo malo, naturalmente debemos dejar el resto a aquéllos cuyos horóscopos leemos —Se detuvo y miró en torno, en tanto el lama de la izquierda volvía la primera hoja. Entonces respiró profundamente y continuó—: He aquí el horóscopo más notable que jamás hayamos calculado nosotros tres. —Se volvió e hizo una leve inclinación a sus dos colabo-

radores. Luego se aclaró la garganta y prosiguió—: Se trata del horóscopo de un niño de sólo seis años, del horóscopo más difícil y la vida más dura con que hayamos tropezado.

Lord y *Lady* Rampa se movieron intranquilos. Las cosas, evidentemente, no tomaban el cariz que ellos esperaban, de modo que no se sentían felices en absoluto. No obstante, con la educación propia de los de su clase, mantenían una expresión inescrutable. Detrás de ellos, el causante de toda esa zozobra, el heredero de la casa, Lobsang Rampa, se sentía verdaderamente triste. ¡Qué pérdida de tiempo! ¿Cuánta gente estaría cruzando el río? ¿Qué estaría haciendo el botero? ¿Estarían bien los gatos? Tenía la sensación de hallarse allí, de pie, como un tonto rematado, mientras tres ancianos poco menos que fósiles resolvían qué tendría que hacer él con su vida. Por cierto que estaba por verse, pensaba, qué diría él a ese respecto. La gente le hablaba siempre de lo hermoso que era ser el heredero de una fortuna tan inmensa, del orgullo que él representaba para sus padres. Pues bien, pensaba, quería ser barquero, quería ocuparse de los gatos en alguna parte: pero, por cierto, no quería trabajar.

El Astrólogo, entre tanto, seguía con su sonsonete en medio del más absoluto silencio del auditorio que, a no dudar, se sentía hechizado.

—Este niño debe ingresar en el Lamasterio de Medicina de Chakpori, debe hacer penitencia y rendir culto para que se le permita entrar y, una vez que haya ingresado, comenzará por el peldaño más bajo para abrirse camino. Debe aprender todas las artes de curar del Tíbet y realizar durante cierto tiempo tareas poco menos que innombrables: deberá trabajar con los Encargados de los Muertos para poder conocer, por medio de la disección de cadáveres, la estructura del cuerpo humano. Hecho esto volverá a Chakpori para continuar estudiando y se le mostrarán los misterios más profundos de nuestra tierra, de nuestra fe y de nuestra ciencia.

El anciano extendió la mano y de inmediato uno de

los asistentes le alcanzó una pequeña copa de plata con un líquido que aquél bebió luego de mirarlo. El asistente tomó otra vez la copa y la volvió a llenar para que estuviese preparada cuando le fuese nuevamente solicitada.

—Llegará luego el momento en que ya no pueda permanecer más en ésta, nuestra tierra —prosiguió el Astrólogo— y deba emprender el viaje hacia la China a fin de estudiar medicina según los conceptos de Occidente puesto que en Chungking existe una Escuela de Medicina Occidental. Allí cambiará de nombre para evitar que se sepa que el heredero de los Lhalu se ocupa del organismo humano. Posteriormente aprenderá algo que por ahora nos resulta totalmente incomprensible, algo que todavía no se conoce, que todavía no ha sido en rigor inventado. Según nuestro experimentado entendimiento parece que hará algo que se relaciona con volar aunque no se trata de levitación, cosa que para algunos de nosotros es factible, aquí, en Lhasa. De manera que sobre este punto particular, no puedo ser más explícito puesto que para nosotros tres es realmente muy oscuro. El niño, que a la sazón será ya un mocito, tendrá que dilucidarlo por sí mismo: habrá de volar por algún medio. En nuestros pronósticos se ven ciertas cosas como esas cometas que nos son tan conocidas pero esta cometa especial no se halla conectada al suelo con una cuerda sino que más bien parece estar dirigida por quienes van en ella.

De la concurrencia se elevó entonces un gran murmullo y cuchicheos apresurados. Eso era acumular incógnita tras incógnita, pues jamás se había oído hablar antes de tales cosas. Durante un instante se oyeron pasos lerdos y pesados y el Astrólogo bebió otro sorbo. Luego, volvió otra vez a sus papeles, cuya cantidad iba disminuyendo.

—Pasará por enormes sufrimientos, grandes injusticias, intervendrá en una guerra contra fuerzas del mal, será confinado durante algunos años y sobrellevará padecimientos como pocos han sobrellevado, todo lo cual tiene el propósito de purificar y de eliminar la escoria de toda sensualidad y hacer que se fortifique el poder de la

mente para soportar los padecimientos. Se escapará luego de sus captores, después de una enorme explosión que sumirá a todo un país, quizás a todo un mundo en la confusión. Viajará por medios que no podemos determinar a través de un vasto continente y, al final de esa travesía, será encarcelado otra vez injustamente y deberá soportar sufrimientos de la misma magnitud cuando menos, que los de su anterior confinamiento. Al fin, merced a la intervención de personas desconocidas, recobrará la libertad y se verá forzado a salir de ese gran continente. Deambulará por muchos países, conocerá a mucha gente, verá muchas culturas y aprenderá muchas cosas. Al cabo irá a un país donde una vez más no será bien recibido por ser diferente. El sufrimiento lo habrá hecho cambiar muchísimo, de modo que ya no parecerá de nuestra propia clase. Y sabido es que cuando los seres humanos se encuentran con algo distinto temen a ese algo y que cuando eso sucede lo odian y tratan de destruirlo.

Como el anciano parecía agotado, el mayor de sus ayudantes avanzó hacia él, le susurró unas palabras y luego dijo:

—Tomaremos unos pocos minutos de descanso para que nuestro Primer Astrólogo se recupere a fin de proseguir con la segunda parte de esta exposición Concentrémonos un momento, pues, en lo que acaba de decir de modo que podamos comprender mejor lo que vendrá.

El Primer Astrólogo se sentó tomó la refección que le ofrecieron y observó a todo aquel gentío. Y mientras lo hacía pensaba en su niñez, en las veces que había trepado a las altas montañas, en lo más profundo de la noche para contemplar las estrellas que, ordenadas, tachonaban los cielos allá en las alturas. Mucho había cavilado acerca de la importancia de aquellas estrellas, en la influencia que podían ejercer sobre las personas. Y decidió averiguarlo. Por distintos medios y tal vez porque estaba destinado a hacerlo así, entró en el lamasterio del Oráculo Estatal donde advirtieron que poseía aptitudes por completo inusuales para la astrología —una astrología— por supuesto, muy superior a la del mundo occi-

dental, mucho más completa y muchísimo más exacta, una astrología que abarca más variables y que puede calar a mayor profundidad. Aquel joven destinado a ser el Primer Astrólogo del Tíbet, progresaba con rapidez estudiando, estudiando y estudiando. Así, una vez en posesión de los antiguos textos de la India y de la China volvió a escribir poco más o menos la ciencia astrológica del Tíbet. A medida, pues, que aumentaba su saber, también crecía su fama, de tal manera que comenzaron a reclamarlo todos los señores de las familias principales de Lhasa y, después, de otras ciudades tibetanas. Muy pronto lo llamaron para formular predicciones para el gobierno y para el Gran Décimotercero mismo. Y siempre fue absolutamente honrado: cuando no sabía, decía que no sabía. Vaticinó la invasión británica y la partida del Gran Décimotercero a otro país y su seguro retorno, así como también que, después de que este último hubiese pasado al estado de transición, no habría ningún auténtico Dalai Lama; habría otro, pero elegido por conveniencia política en un intento por atemperar las ambiciones territoriales de los chinos. Asimismo, predijo que, al cabo de sesenta años, aproximadamente, se produciría la caída del Tíbet tal como entonces era conocido, y se impondría por la fuerza un orden enteramente nuevo que causaría extremados sufrimientos y penurias, pero que siempre que se lo manejara de manera adecuada, podría acabar de raíz con el antiguo sistema y reportar beneficios al país así que hubiesen trascurrido cien años, más o menos.

El Primer Astrólogo sorbió su té con mantequilla y miró a la concurrencia; pudo ver entonces de qué manera algunos jóvenes observaban a las muchachas y la forma en que éstas, esquivas y provocativas, volvían la vista hacia atrás. Y pensó en sus largos años de celibato como monje —alrededor de ochenta, más o menos— y en que casi no sabía en qué se diferenciaba una mujer de un hombre. Porque su especialidad eran los astros, su influencia y la forma en que los hombres y las mujeres se ven afectados por ellos. Observó a esas graciosas muchachas y se preguntó si acaso sería realmente bueno el

celibato para los monjes. Evidentemente, pensó, la humanidad está constituida por dos partes —el principio masculino y el femenino— y, a menos que ambas se unan, no puede haber un hombre completo. Pensando en todas las historias que había oído acerca de que las mujeres se volvían cada vez más arrogantes y contrarias a lo establecido, echó una ojeada en torno hacia algunas de las de mayor edad, de ásperas facciones, y percibió su aspecto dominador. Y entonces pensó: "¡Vaya! Tal vez sea que todavía no ha llegado el momento de que el hombre y la mujer se unan para formar un todo, para constituir una entidad completa. Pero ya sucederá, aun cuando no sea hasta que concluya este Ciclo del vivir". Pensando en esto le entregó la taza a su asistente e hizo una señal para advertir que se aprestaba a continuar.

Otra vez la concurrencia guardó silencio y dirigió la vista hacia el estrado, pues ya ayudaban al anciano a ponerse de pie en tanto colocaban el libro frente a él.

—Algunas de las referencias que entran en el tema de esta exposición —prosiguió, luego de echar una nueva mirada en torno— están tan lejos de nuestra propia experiencia que no es posible predecirlas de un modo lo suficientemente preciso como para que valga la pena mencionarlas. Lo que sí se sabe con absoluta certeza es que esta persona tiene una gran tarea, muy grande, que realizar; una tarea de importancia capital para la humanidad, no sólo para el Tíbet. Se observa que existen fuerzas del mal, fuerzas muy malignas por cierto, firmemente empeñadas en anular lo que debe hacer. Se encontrará con odios y con toda clase de penurias y sufrimientos, sabrá qué es estar al borde de la muerte y tendrá que soportar la prueba de la trasmigración a otro cuerpo para que su misión pueda continuar. Mas, allí, en ese otro cuerpo, surgirán nuevos problemas y será repudiado por su propio pueblo a causa de las circunstancias políticas que ya he mencionado. Porque se considerará beneficioso para el pueblo, en general, el hecho de que se lo repudie, de que no lo respalden quienes debieran respaldarlo, quienes podrían hacerlo. . . Pero vuelvo a señalar que

éstas son sólo probabilidades, puesto que es absolutamente posible que nuestro pueblo lo apoye y le dé la oportunidad de hablar ante las naciones del mundo para, primero, salvar al Tíbet y, segundo, para que esa gran tarea —cuyo verdadero carácter no se puede revelar— se lleve a cabo cuanto antes. Con todo, como el pueblo estará debilitado y transitoriamente privado de autoridad, no tendrá el poder suficiente para secundarlo, de suerte que deberá luchar solo contra las fuerzas del mal y contra el pueblo indolente al cual querrá ayudar.

El anciano miró alrededor de él e hizo un ademán al asistente de la izquierda para que volviese la página. Este se ruborizó un poco porque habían tenido que recordárselo y, con toda premura, hizo lo que se le ordenaba.

—Allende nuestras fronteras —prosiguió el astrólogo— existe una organización que proporciona datos a los pueblos del mundo, y cuya dimensión espiritual es insuficiente para entender la tarea que es necesario realizar. Además, su odio extraordinario tornará la labor inmensamente más difícil. Así como éste, hay también otro núcleo reducido de personas colmadas de un odio feroz que harán todo lo posible por destruir al individuo objeto de este horóscopo y causarle las mayores zozobras.

El anciano hizo una pausa y puso una mano sobre la página para indicar que había llegado al término del libro. Luego se volvió y se dirigió a la concurrencia.

—Con mis años de experiencia os digo: por muy ardua que sea la lucha, por muy rigurosos que sean los padecimientos, la tarea bien lo vale. La única batalla que importa es la batalla final. No interesa quién gane o quién pierda: las guerras continúan hasta la batalla final, y a la postre esa batalla habrán de ganarla las fuerzas del bien. Aquello que es menester hacer, será hecho.

Dicho esto se inclinó tres veces ante el público, se volvió para hacer otras tantas reverencias a *Lord* y *Lady* Rampa, y luego se sentó para descansar sus piernas, temblorosas por el peso de los años.

El auditorio se dispersó en seguida en medio de murmullos y se encaminó hacia los jardines en procura de

entretenimientos que, por cierto, no iban a escasear: música, acróbatas, malabaristas y, naturalmente, comida y bebida. Una vez que el astrólogo y sus dos colaboradores hubieron descansado un momento, se levantaron y se dirigieron a la casa, donde debían comunicar algo más a los padres de Lobsang Rampa. Además, tenían algo más que decirle a Lobsang, esta vez en privado.

Poco después, el Primer Astrólogo emprendía el camino de regreso hacia el Potala, en tanto que sus dos colaboradores marchaban rumbo al lamasterio del Oráculo Estatal.

El día declinaba. Al cabo llegó la hora del crepúsculo y, con su advenimiento, la concurrencia tomó el camino del gran portal para dirigirse a sus casas por las carreteras antes de que llegara la noche y fuera peligroso el retorno.

Las sombras descendían y afuera, en el camino, del otro lado del gran portal, un niño solitario contemplaba el camino por donde se iban, haciendo bulla, los últimos invitados. Se hallaba con las manos juntas, cavilando en la vida de sufrimientos que le habían vaticinado, pensando en los horrores de la guerra —que él no alcanzaba a comprender—, meditando en la insensata persecución de que sería objeto. Y allí estaba, de pie, solo, solo en el mundo, en un mundo en que nadie tenía semejante problema. Y estaba allí mientras la noche iba cerrándose cada vez más, sin nadie que fuese a buscarlo. Al fin, cuando la luna ya estaba bien alta, se echó a un costado del camino —la puerta ya estaba cerrada, de todos modos— y, al cabo de unos minutos, oyó junto a su cabeza el ronroneo de un enorme gato que se echó a su lado. El niño rodeó con su brazo al animal y éste se puso a ronronear con más fuerza. Poco después, el pequeño se sumía en un sueño intranquilo, pero el gato estaba alerta, vigilando, velando.

Y así concluye el Libro Primero,

el libro **Tal como fue en el principio**

LIBRO SEGUNDO

La primera época

CAPITULO IV

—¡Ay, Lobsang, Lobsang! —dijo mi madre, pálida de ira—. ¡Qué desdichados nos haces! ¡Estoy avergonzada de ti, y tu padre también! Tan irritado está contigo que se ha ido a la oficina y no volverá en todo el día. Y, con eso, todos mis compromisos se han desbaratado. ¡Y nada más que por tu culpa, Lobsang! —concluyó; y volviéndose bruscamente se marchó aprisa como si no pudiera soportar el verme por más tiempo.

¿Avergonzada de mí? ¿Por qué tenía que estarlo? Yo no quería ser monje, no quería todas aquellas cosas terribles que me habían vaticinado. Quienquiera que tuviese un poco de sentido común podía darse cuenta de eso. Las predicciones del día anterior me habían llenado de espanto como si unos demonios helados me pasasen los dedos por la espina dorsal. ¿Y ella estaba avergonzada de mí? ¡Vaya!

El bueno de Tzu apareció entonces como una montaña movediza, tan corpulento como era, y me dijo:

—De modo, muchacho, que tu vida será difícil, ¿eh? Sin embargo, pienso que vas a salir adelante. Si no pudieras soportar todos los esfuerzos y tentaciones no habrías sido elegido para semejante tarea. El artesano elige sus herramientas según el trabajo que tiene que hacer. Tal vez —¿quién sabe?— el artesano que te eligió a ti como instrumento haya escogido mejor de lo que él supone.

Miré a Tzu un poco más contento, aunque sólo un poco, y repuse:

—Pero ¿cómo es posible que haya causado la desdicha de mamá, que lo haya hecho infeliz a papá? Yo no he

hecho nada. Lo que no quiero es ser monje. No sé por qué se empeñan. Parecería que todos me odiaran ya: mi hermana no me habla, mi madre me insulta y mi padre ni siquiera quiere quedarse en casa conmigo. Y no sé por qué.

Tzu se agachó trabajosamente —pues le molestaban mucho las heridas que le habían inferido los británicos— y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Tenía resentidos los huesos de la cadera y ahora, claro está, sentía continuos dolores. Con todo, se sentó y me habló.

—Tu madre —me dijo— es una mujer de grandes ambiciones sociales. Pensaba que tú, como hijo de uno de los nobles del Tíbet, y puesto que con el tiempo también has de llegar por derecho propio a ser noble, tendrías que ir a una gran ciudad de la India para estudiar muchas de las cosas que conciernen a este mundo. Pensaba que serías un buen respaldo social, que si ibas a la India —y quizás a otros países— ella también podría efectuar algunas visitas a esos lugares. Esto venía madurándolo desde hace años, aún antes de nacer tú, y constituia su ambición más preciada. Ahora has sido elegido para realizar una tarea especial, pero no es eso lo que ella quería ni tampoco lo que deseaba tu padre. Ambicionaban una figura descollante en el terreno de la política, un personaje social, no un monje que tuviera que luchar toda su vida ni un hombre que deambulara por toda la tierra como un paria, rechazado por sus semejantes por el hecho de predicar la verdad y condenado al ostracismo por querer llevar a cabo una tarea en la que otros han fracasado.

El bueno de Tzu resopló con fuerza. Todo esto resultaba absolutamente difícil de creer. ¿Por qué se me tenía que castigar y perseguir por algo que no había hecho y que no quería hacer? Todo lo que yo deseaba era andar por la ribera del río y contemplar a los boteros que remaban en sus embarcaciones de cuero; todo cuanto quería era andar con mis zancos y remontar mis cometas. Pero ahora. . . ¡vaya! , no sabía ya qué hacer. ¿Por qué tenía que tocarme eso *a mí*?

Los días trascurrieron rápidamente y, al cabo, como estaba previsto, tuve que dejar mi casa para dirigirme a la montaña, al lamasterio de Chakpori. Una vez allí debí pasar por la prueba de esperar, de esperar afuera, expuesto a todas las miradas. Los niños se agolpaban alrededor de mí mientras yo permanecía sentado en la tierra, con las piernas cruzadas, junto a los grandes portales. Los días se tornaban insoportablemente largos, pero soporté. Las noches eran intolerablemente tediosas, pero las toleré. Entonces, al fin, la prueba concluyó y fui admitido en el lamasterio como el más insignificante de los subalternos, como un pequeño novicio que venía de perillas para recibir pullas, como si lo hubieran puesto allí para que lo molestasen y para servir de blanco de toda clase de bromas. El más insignificante de los subalternos, por cierto.

El tiempo pasaba y yo sentía nostalgias de mi hogar. No tenía casa, no tenía a Tzu, no tenía a mi hermana Yasodhara; y, en cuanto a mi madre —que ya no me profesaba afecto alguno—, pues. . . experimentaba extrañas sensaciones respecto de ella. Para ser franco, la había perdido; pero, para ser más franco aún, me sentía culpable. ¿En qué había fallado? ¿Por qué estaban todos tan disgustados conmigo? ¿Qué podía hacer si un astrólogo afirmó que yo iba a padecer esto y a soportar aquello? Yo no había elegido tal cosa: nadie que estuviese en sus cabales —pensaba— podía elegir cargar con un peso como el que me había sido asignado.

Pensé en mi padre, en la última vez que lo había visto antes de partir de casa, mirándome con una expresión de frialdad y hablándome ásperamente como si fuera un extraño que ya no tuviese hogar, que ya no tuviese padres. Me trató entonces con más severidad que a uno de esos condenados que llaman a la puerta para pedir un trozo de pan, y me dijo que había llevado el oprobio a la familia por tener el karma que me obligaba a ser monje, lama, paria, un individuo vilipendiado, escarnecido y desacreditado.

En cuanto a Yasodhara, yo ni siquiera sabía a qué

podía deberse su actitud. Había cambiado. Antes solíamos jugar juntos, como cualquier par de hermanos normales, y llevarnos pasablemente bien como es habitual entre éstos; pero en aquellos momentos me echaba unas miradas raras, como si yo fuera un perro abandonado que se hubiese metido dentro de la casa dejando un "regalito" en algún rincón.

La servidumbre, por su parte, tampoco me demostraba ya ningún respeto, ese respeto que se debía al heredero de los blasones de Lhalu. Para ellos, yo no era más que alguien que se hospedaba allí por unos pocos días hasta que hubiese cumplido los siete años. Llegado ese momento habría de irme solo, sin nadie que me dijera una palabra de despedida, por el largo y solitario camino que conducía a un destino que yo no habría podido desear ni al peor de mis enemigos.

En Chakpori había continuamente un vaho a hierbas secas, un permanente hálito a té. Mucho más tiempo se dedicaba allí a la recolección de hierbas que a las disciplinas religiosas, pero teníamos muy buenos instructores, todos ellos de edad madura, algunos de los cuales, inclusive, habían estado en lejanos lugares, como la India.

Me acuerdo de un anciano monje, mejor dicho un lama, que nos daba clase y de pronto tocó el tema de la trasmigración.

—En la antigüedad —decía—, por cierto muchísimo antes de que comenzaran los registros históricos, en la Tierra había gigantes. Estos, que eran los Jardineros de la Tierra, habían venido aquí a supervisar el desarrollo de la vida en el planeta. . . Porque nosotros, como ustedes han de saber, no estamos aquí en el primer Ciclo de Existencias, sino que —como sucede con los jardineros cuando limpian una parcela— se había suprimido toda la vida para luego dejarnos a nosotros, al género humano, para que nos valiésemos por nosotros mismos, para que siguiéramos nuestra propia evolución. —Se detuvo y miró en torno para observar si los alumnos se mostraban en realidad interesados por el tema y, para su asombro y satisfacción, advirtió que todos se hallaban profunda-

mente atraídos por lo que decía—. Como esa raza de gigantes —continuó— no era muy apropiada para vivir en la Tierra, por medios mágicos comenzó a achicarse hasta alcanzar el mismo tamaño de los seres humanos y de esa manera aquellos individuos pudieron mezclarse entre los hombres sin que nadie reconociera en ellos a los Jardineros. Pero como a menudo era necesario contar con otro Jardinero experimentado para llevar a cabo tareas especiales, y dado que llevaba demasiado tiempo esperar a que una mujer diese a luz un hijo y que éste pasase su infancia, su niñez y su adolescencia, la ciencia de los Jardineros de la Tierra seguía un método distinto: dejaban que naciesen ciertos cuerpos y hacían que éstos fueran compatibles con el espíritu que luego iría a alojarse en cada uno de ellos.

—¿Cómo es posible que un espíritu se aloje en otra persona? —inquirió de pronto un niño que se sentaba adelante.

—De eso iba a hablar, precisamente —repuso con una sonrisa el lama maestro—. Los Jardineros de la Tierra hacían que se uniesen ciertos hombres y mujeres de modo que de ambos naciera un niño cuyo crecimiento se supervisaba cuidadosamente durante, digamos, quince, veinte o treinta años. Así, llegado el momento en que se necesitaba que un Jardinero de elevada jerarquía viniese a la Tierra en cuestión de horas, los ayudantes podían hacer que ese cuerpo ya preparado se pusiera en trance, en éxtasis o, si ustedes prefieren, en estado de letargo. Entonces, los ayudantes del mundo astral se aproximaban al cuerpo viviente junto con la entidad que deseaba venir a la Tierra, con su especial sabiduría separaban el Cordón de Plata y en su lugar conectaban el del ente que, como Jardinero de la Tierra, debía venir a este mundo. El huésped se trasformaba así en vehículo del Jardinero de la Tierra, en tanto que el cuerpo astral de aquél partía al mundo astral, de la misma manera que habría sucedido en el caso de una persona que hubiese muerto. Esto es lo que se denomina trasmigración, o sea la migración de una entidad hacia el cuerpo de otra. Al cuerpo ocupado se lo

llama huésped; hecho, como la historia lo indica, muy corriente en Egipto, lo cual ha dado origen a lo que se conoce como embalsamamiento, porque en aquellos tiempos había allí una gran cantidad de cuerpos conservados en estado de animación suspendida, o sea vivos pero inmóviles, listos para ser ocupados por entidades superiores, del mismo modo que nosotros reservamos *ponies* a la espera de que algún monje o algún lama monte sobre el animal para trasladarse a alguna parte.

—¡Ay, cielos! —exclamó un chico—. Ya me imagino qué gran sorpresa recibirían los amigos del huésped cuando el cuerpo despertaba y el que consideraban su amigo aparecía convertido en un gran sabio ¡Dios! Yo no quisiera ser un huésped. Debe ser una sensación terrible que alguien se apodere del cuerpo de uno.

—Por cierto que ha de ser una experiencia extraordinaria —dijo el maestro sonriendo—. Todavía la gente lo hace; todavía se preparan cuerpos y se los educa especialmente de manera que, llegada la oportunidad, una entidad distinta pueda ocupar un cuerpo nuevo, cuando es preciso, para el bien del mundo en general.

Durante los días que siguieron los chicos continuaron hablando de esto y, a su manera, algunos hacían como si estuviesen por apoderarse de otros cuerpos. Pero para mí, que recordaba aquellas espantosas predicciones, no era cosa de broma ni nada divertido sino que constituía una verdadera tortura, pensar en eso, un constante *shock* para mi sistema nervioso, y tan grande, que a veces pensaba que iba a volverme loco.

Uno de los tutores, en particular, estaba intrigado por mi afición a los gatos y por la evidente devoción de éstos hacia mí, el sabía perfectamente bien que conversábamos en forma telepática. Un día en que, concluidas ya las horas de clase y hallándose él de muy buen talante, me vio echado en el suelo con cuatro o cinco gatos del templo sentados sobre mí, se sintió tentado de reír por el espectáculo y me invitó a que lo acompañase a su cuarto, cosa que hice no sin cierta aprensión porque, en aquella época, el que lo llamaran a uno a los aposentos

de un lama solía significar uan reprimenda por algo que se había hecho o se había omitido hacer, o tareas extras que habría que efectuar. Así pues, lo seguí a respetable distancia y, una vez en sus habitaciones, me dijo que me sentara mientras me hablaba de gatos.

—Los gatos —comenzó diciéndome— son ahora pequeños seres que no saben hablar la lengua de los hombres si no es por telepatía. Hace muchos, muchísimos años, antes de este particular Ciclo de Existencia, los gatos pululaban sobre la Tierra. Eran de mayor tamaño —casi como nuestros *ponies*—, hablaban entre sí y eran capaces de realizar tareas con sus garras delanteras, a las que por entonces llamaban manos. Se dedicaban a la horticultura y eran principalmente vegetarianos, vivían entre los árboles y en los más corpulentos construian sus habitáculos. En aquella época había árboles muy distintos de los que ahora se ven en la Tierra, algunos con grandes huecos como cuevas, donde aquéllos solían hacer sus moradas, cálidas y protegidas por la entidad totémica del árbol; la colonia de animales formaba una comunidad muy bien avenida. Pero en ninguna especie es posible encontrar perfección, porque siempre existe cierta puja, cierta insatisfacción que nos aguijonea, y entonces la criatura que padece esa euforia, degenera. Sonrió a los gatos, que me habían seguido y estaban sentados alrededor de mí, y prosiguió—. Eso fue lo que sucedió con nuestros hermanos los gatos: eran demasiado felices, estaban harto contentos y nada había que sirviese de acicate a su ambición, nada que los elevase a mayores alturas; no tenían nada en qué pensar, salvo en que eran felices. Eran como esa pobre gente que vimos hace poco, privada de la salud y que se contentaba con sólo echarse debajo de los árboles y dejar que las cosas siguieran su curso. Eran estáticos y, como tales, estaban de más. De modo que los Jardineros de ls Tierra los arrancaron de raíz como si fueran hierbajos y abandonaron la Tierra durante un lapso. Después, andando el tiempo, ésta alcanzó un estado de madurez que permitió que se la poblase con una clase de entes distintos. El caso es que los gatos. . . es

decir; la culpa de los gatos, consistía en que no habían hecho nada, ni bueno ni malo: sólo habían existido. De manera que los enviaron de retorno como pequeñas criaturas, tal como son ahora, para que aprendiesen la lección; y entonces vinieron sabiendo en lo profundo que alguna vez habían sido *ellos* la especie dominante, y se los destinó a ser cuidados por aquél a quien prodigasen su amistad. Con todo, se les encomendó una tarea: la de observar a los humanos e informar acerca de la evolución de sus defectos, de modo que que cuando comenzase el siguiente Ciclo se contase ya con la información pertinente. Los gatos pueden ir a todas partes, pueden verlo todo, oírlo todo; y, como no saben mentir, registran la realidad tal como es.

Recuerdo que, en aquel momento, sentí un miedo atroz pensando en qué estarían informando los gatos acerca de mí, pero, entonces, uno de ellos, héroe en más de una pendencia, prorrumpió en un "rrrr", saltó sobre mis hombros y me dio un topetazo en la cabeza, por lo cual supe que todo marchaba bien y que no darían de mí un informe demasiado malo.

Algún tiempo después, de resultas de haber recibido graves quemaduras en la parte superior del muslo de la pierna izquierda —cuyas cicatrices aún conservo y que me produjeron una disfunción que todavía padezco—, me hallaba en la enfermería, echado boca abajo, en el suelo, sobre mi manta. Hallándome allí, pues, en esa posición, dado que no podía estar acostado de espaldas, entró un lama muy querido que me dijo:

—Después, Lobsang, cuando te hayas curado y puedas moverte, te llevaré a cierto pico, allá en las montañas, donde hay algo que quiero mostrarte. Porque, como has de saber, la Tierra ha experimentado muchos cambios: los mares se han alterado y las montañas han alcanzado mayor desarrollo. Te mostraré cosas que, en todo el Tíbet, no han visto más de diez personas en el trascurso de los últimos cien años. De modo que apresúrate y ponte bueno; cúrate pronto, que te espera algo interesante.

Unos meses más tarde, mi Guía —el lama Mingyar

Dondup, que tanto significó en mi vida y fue más que una madre, un padre y un hermano para mí— me condujo a lo largo de un sendero, montado él en un brioso corcel a pocos pasos delante de mí, mientras yo cabalgaba un *pony* que me tenía tanta desconfianza como yo a él. El animal se había dado cuenta de que yo era un mal jinete, y yo me había dado cuenta de que él era un caballo que sabía reconocer a un mal jinete. Habíamos convenido lo que, años después, yo habría podido llamar una paz armada, o sea una especie de, digamos. . . "si tú no haces nada yo tampoco hago nada", cosa que nos permitía una cierta convivencia.

Seguimos cabalgando hasta que, después de mucho andar, mi Guía se detuvo. Entonces desmonté; las riendas de ambos animales quedaron sueltas porque, como estaban muy bien adiestrados, no había peligro de que se alejaran.

Mi Guía encendió fuego y nos sentamos a tomar nuestra muy frugal comida. Durante un rato la conversación giró en torno a las maravillas del cielo que se extendían sobre nosotros. Nos hallábamos a la sombra de las montañas y densas manchas de penumbra purpúrea cubrían el valle de Lhasa a medida que el sol se iba ocultando detrás de los cordones montañosos occidentales. Al cabo no hubo más que oscuridad, interrumpida sólo por el débil fulgor de las lámparas de aceite de un sinfín de casas y lamasterios, y por la diafanidad de los cielos que enviaban el tenue rutilar de sus motas de luz.

—Ahora debemos ir a dormir, Lobsang —dijo por último mi Guía—. Esta noche no hay servicios en el templo que te incomoden, así como tampoco los habrá por la mañana, de modo que no tendrás que levantarte para asistir a ellos. Duerme bien, porque mañana veremos cosas que jamás te has imaginado que pudieran existir. Dicho esto se enrolló en su manta, se volvió de costado y se durmió.

Permanecí un rato sintiendo como si hiciera un agujero en la roca —tenía la impresión de que el hueso de mi cadera asomaba bastante—, hasta que finalmente me eché

boca abajo, pues todavía me dolían las cicatrices, y al cabo yo también me quedé dormido.

El día amaneció luminoso. Desde la altura en que nos encontrábamos resultaba fascinante contemplar cómo los primeros rayos del sol matinal parecían atravesar horizontalmente el valle e iluminar las cumbres del macizo occidental con sus dorados dedos de fuego. Por un rato pareció como si, en verdad, todo el cordón montañoso estuviera en llamas. Entonces, aún de pie y contemplando el espectáculo, ambos nos volvimos simultáneamente y nos sonreímos el uno al otro.

Después de tomar un ligero desayuno (el desayuno siempre me parecía demasiado liviano) abrevamos a los caballos en una pequeña vertiente de la montaña, y luego de darles abundante forraje —que, por supuesto, habíamos llevado con nosotros—, los atamos juntos dejando entre ambos una distancia de diez metros más o menos, a fin de que tuvieran bastante espacio para moverse y pastar. Hecho esto, el lama Mingyar Dondup inició la marcha por la abrupta ladera y, al llegar junto a un inmenso peñasco que parecía estar firmemente metido en la roca viva, se volvió y me dijo:

—En el curso de tus viajes muchas cosas has de ver que te parecerán mágicas, Lobsang. Aquí tienes el primer ejemplo. Entonces se volvió, y ¡cuál no sería mi horrorizado asombro al ver que ya no estaba más allí! ¡Había desaparecido ante mis propios ojos! Entonces oí su voz que, *desde alguna parte*, me invitaba a que avanzara. A medida que lo hacía me daba cuenta de que lo que parecía ser una capa de musgo adherida a la superficie rocosa eran en realidad unas lianas sueltas. Me acerqué y el lama apartó las frondas para que yo pudiera pasar. Luego se dio vuelta y lo seguí, al par que escudriñaba con temor en torno de mí. Aquello parecía ser un túnel amplísimo y, desde alguna fuente que yo no podía distinguir, se proyectaba luz en el interior. Me apresuré a seguir sus pasos, que se iban alejando, regañándome a mí mismo por mi lentitud puesto que, como yo bien sabía, si me demoraba tanto podía perderme en aquel túnel.

Anduvimos durante un rato, a veces en medio de la oscuridad más cerrada, por lo cual debía guiarme dejando correr mi mano suavemente contra el muro lateral. No me procupaban los declives ni las salientes rocosas, porque si había espacio para mi Guía —que era mucho más corpulento que yo— tenía que haberlo para mí.

Después de caminar alrededor de treinta minutos —por momentos en una atmósfera sumamente sofocante y a ratos con una tonificante brisa de montaña— llegamos a lo que resultó ser un espacio iluminado. Mi Guía se detuvo. Cuando estuve junto a él hice lo propio y miré en derredor; el asombro me cortó el aliento. Al parecer, se trataba de una gran cámara, de unos quince o veinte metros de diámetro, en cuyos muros había extrañas esculturas que yo no acertaba a comprender. Parecían personas muy raras, ataviadas con prendas inusuales que las cubrían de pies a cabeza o, por mejor decir, desde el cuello hasta los pies, porque en la cabeza tenían una representación de lo que aparentaba ser un globo trasparente. Al mirar hacia arriba advertí que sobre nosotros había una especie de inmenso cubo, a uno de cuyos lados pude distinguir que flotaba una nube aborregada.

Mi Guía cortó el hilo de mis pensamientos.

—Este es un lugar muy extraño, Lobsang —me dijo—. Hace miles y miles de años hubo en esta Tierra una pujante civilización, en la época denominada de la Atlántida. En el mundo occidental, a donde irás así que pasen unos años, algunos creen que la Atlántida es una leyenda, un lugar imaginario inventado por algún gran narrador. Pues bien —prosiguió reflexivamente—, a mi pesar debo decirte que mucha gente pensará que tú también has soñado tus experiencias reales. Con todo, por mucho que duden de ti, por mucho que no te crean, tú sabes que es verdad, tú vivirás la verdad. Y aquí, en esta cámara, tienes la prueba de que la Atlántida existió.

Se volvió y emprendió la marcha internándose aún más en aquel extraño túnel. Durante un rato avanzamos rodeados por la más absoluta oscuridad, sintiendo que nuestra respiración se tornaba fatigosa a causa del aire

viciado, enrarecido. Poco después percibimos otra vez cierto frescor: desde alguna parte soplaba una brisa agradable. La sensación de pesadez se desvaneció y a poco vimos un destello de luz delante de nosotros. Advertí que el Guía cobraba volumen dentro del túnel, iluminado por la claridad que había frente a mí, y entonces, ya con aire fresco en mis pulmones, corrí hasta alcanzarlo. Unos pasos más y volvió a detenerse en una gran cámara.

Había allí más cosas extrañas. Alguien, por lo visto, había tallado grandes estantes en la roca en los cuales aparecían curiosos artefactos carentes en absoluto de sentido para mí. Los miré y, con toda suavidad, toqué algunas de aquellas cosas, que me parecían máquinas, pero que en realidad eran enormes discos con unas singulares muescas. Algunos de ellos parecían de piedra y de unos dos metros de diámetro, surcados por un corte ondulado y un agujero en el centro. Para mí no significaban nada. Así pues, me aparté de toda reflexión inútil y me puse a contemplar las pinturas y esculturas que adornaban los muros. Se trataba de extrañas escenas: grandes gatos que caminaban en dos patas, cuevas en los árboles donde aparecían los mismos animales enroscados; cosas que parecían flotar en el aire y debajo, en lo que evidentemente era el suelo, seres humanos que señalaban hacia ellas. Todo se hallaba tan por encima de mí que me produjo dolor de cabeza.

—Estos son pasadizos que llegan hasta el fondo de la Tierra —explicó mi Guía—. La Tierra tiene una espina dorsal, lo mismo que nosotros, Lobsang, pero esa espina es de roca. En la nuestra tenemos un túnel lleno de líquido por donde corre la médula; ésta que se halla aquí es la espina dorsal de la Tierra, y este túnel fue hecho por el hombre en tiempos de la Atlántida, cuando se sabía cómo fluidificar la roca como si fuera agua, sin generar calor. Fíjate en esta roca —dijo golpeando el muro—; ha sido fundida hasta alcanzar casi una dureza absoluta. Si tomamos una gran piedra y la arrojamos contra el muro, veremos que éste no sufre mella alguna, en tanto que la piedra puede hacerse añicos. Yo he

recorrido muchísimo y sé que esta espina rocosa se extiente desde el polo norte hasta el polo sur. —Sugirió que nos sentáramos y así lo hicimos, con las piernas cruzadas, exactamente debajo de una cavidad que daba al exterior y a través de la cual podíamos ver la oscuridad del cielo. Hay muchas cosas en esta Tierra —prosiguió diciendo mi Guía— que la gente no comprende, así como también las hay en su interior. Porque, contrariamente a lo que por lo general se supone, la Tierra es hueca y dentro de ella habita otra raza de seres, individuos más evolucionados que nosotros, algunos de los cuales salen a veces en vehículos especiales. —Se detuvo para señalar una de esas cosas extrañas que se veían en las pinturas, y en seguida continuó—: Estos vehículos parten del interior de la Tierra y vuelan por la parte exterior para observar qué hace la gente y determinar si existe algún peligro para su propia seguridad, provocado por los desatinos de los que ellos denominan "los de afuera".

—*¡Vaya sitio para vivir, el interior de la Tierra!* —*pensé*—. *¡Ha de estar espantosamente oscuro allá abajo! ¡No quiero ni pensar en vivir en la oscuridad, con lo bueno que es tener una lámpara de aceite!*

—¡Oh, Lobsang! —dijo sonriendo mi Guía, que había captado mis pensamientos—. Dentro de la Tierra no hay oscuridad. También ellos tienen su sol, más o menos parecido al nuestro, salvo que mucho más pequeño y muchísimo más potente. Tienen mucho más que nosotros, son muchísimo más inteligentes. Mas espera, que en los días que tienes por delante sabrás más cosas acerca de los seres del interior de la Tierra. ¡Ven!

Se puso de pie y se internó en un túnel que yo no había visto, un túnel que salía hacia la derecha y que descendía, descendía... Después de una caminata que pareció eterna en la oscuridad, mi Guía me ordenó que me detuviese. Pude entonces oír que tanteaba y hurgaba en torno, y en seguida percibí un ruido que me sonó como si una roca se hubiese movido. Luego, al frotar él la piedra con el eslabón, observé algunas chispas y, cuando la mecha se encendió, hubo un débil resplandor.

Inmediatamente sopló, y al arder la mecha con una llama diminuta, aproximó a ella la punta de una especie de vara que comenzó a despedir una luz brillante.

Levantando la antorcha con el brazo extendido sobre la cabeza, me llamó para que me colocara a su lado. Cuando lo hice, me señaló el muro que se levantaba frente a nosotros: el túnel terminaba allí y ante nuestra vista se presentaba una superficie impenetrable, perfectamente pulida, que fulguraba a la luz vacilante de la llama.

—Esto, Lobsang —comentó mi Guía—, es durísimo. Hace unos años vinimos aquí con un diamante y quisimos raspar la superficie, pero lo estropeamos. Es un pasaje que conduce al mundo interior y ha sido clausurado, según suponemos, por los moradores de ese mundo, con el fin de salvaguardar su civilización de los ataques de nuestra Tierra. Pensamos que si se abriera —es decir, si pudiéramos abrirlo— saldría la gente en tropel y nos aplastaría por atrevernos a violar su intimidad. Nosotros, los lamas de superior jerarquía, hemos visitado a menudo este lugar para comunicarnos por telepatía con los que están abajo y, si bien han recibido nuestros mensajes, no desean tener trato alguno con nosotros. Afirman que somos belicosos, criaturas ignorantes que quieren hacer volar el globo, que tratamos de perturbar la paz; y por telepatía nos dicen que vigilan y que, en caso necesario, intervendrán. De manera que no podemos seguir avanzando. Hemos llegado al final, pues ésta es la línea divisoria entre dos mundos: el de arriba y el de abajo. Volvamos, entonces, a la cámara.

Apagó cuidosamente la llama y regresamos a tientas hasta donde la resplandeciente luz del firmamento se filtraba por la cavidad del techo.

Ya en aquella cámara, el lama señaló en otra dirección y dijo:

—Si tuviéramos la fuerza y el tiempo necesarios, podríamos ir directamente hasta el polo sur siguiendo por ese túnel. Algunos de nosotros hemos recorrido kilómetros y kilómetros provistos de gran cantidad de ali-

mentos y descansando por la noche. . . o durante lo que creíamos que era noche. Durante seis meses recorrimos interminables kilómetros; a veces salíamos por un túnel y nos encontrábamos con que estábamos en tierra extraña, pero nos cuidábamos de mostrarnos. Las salidas estaban siempre muy bien disimuladas.

Nos sentamos y nos dispusimos a tomar nuestra frugal comida. Habíamos caminado mucho tiempo y me sentía invadido por el cansancio, si bien mi Guía parecía ser inmune a él e inclusive a la fatiga común y corriente. Así pues, comenzó a hablar y a contarme gran cantidad de cosas.

—Cuando estaba aprendiendo lo mismo que tú estás aprendiendo ahora —dijo—, yo también pasé por la ceremonia de la Pequeña Muerte y me mostraron el Registro Ascásico. Vi, entonces, las cosas que habían ocurrido, y observé que nuestro Tíbet había sido anteriormente un apacible balneario a orillas de un reluciente mar. Su temperatura era cálida, tal vez hasta demasiado cálida, y había un verdor exuberante, palmeras y toda clase de extraños frutos que en aquel entonces no significaban para mí nada en absoluto. Pero por el Registro Ascásico vi una civilización por cierto maravillosa, un arte singular en el cielo, gente con extraordinaras cabezas cónicas que iban de un lado a otro y que tenían sus diversiones, que se amaban, pero que también guerreaban. Entonces, mientras observaba el Registro, el país entero se sacudió y el firmamento se volvió negro; las nubes se tornaron oscuras como la noche y sus partes ocultas se encendieron de llamas titilantes. La Tierra se estremeció y se abrió; parecía que todo era fuego. Entonces el mar se precipitó en las grietas que acababan de abrirse y hubo tremendas explosiones, una detrás de otra, y pareció que el sol quedaba fijo y que la luna no saldría más. La gente era arrasada por tremendos torrentes de agua, calcinada por llamas que surgían no sé de dónde, pero lo cierto es que esas llamas temblaban con una espantosa fulguración purpurina y, no bien alcanzaban a la gente, la carne de ésta se desprendía de los huesos haciendo que el esque-

leto cayese al suelo con estrépito. Los días se sucedían uno tras otro y la confusión aumentaba —aun cuando podría suponerse que tal cosa era ya imposible—, hasta que entonces sobrevino una desgarradora explosión y todo se puso negro, negro como el hollín que podrían despedir grandes cantidades de lámparas de aceite que ardiesen sin despabilar. Después de un lapso que no pude calcular —prosiguió el lama—, la penumbra comenzó a ceder, la oscuridad disminuyó y, cuando por fin apareció la luz del día, después de no sé cuánto tiempo, contemplé el espectáculo paralizado de terror. Me di cuenta en ese momento de que lo que contemplaba era un paisaje absolutamente diferente: el mar ya no existía, y un anillo montañoso había surgido en las tinieblas y rodeaba lo que antes había sido la metrópoli de la más esclarecida civilización. Miré en torno de mí horrorizado, pues el mar se había esfumado, el mar ya no existía, y en su lugar había montañas, anillos y anillos de montañas. En ese momento podía decir que estábamoa a cientos de metros más arriba, y si bien veía el Registro Ascásico también percibía —me daba cuenta por el enrarecimiento del aire— que aquí no había signo alguno de vida, absolutamente ninguno. Y, mientras miraba, el cuadro se desvaneció y me encontré de nuevo en el sitio del cual había partido, en los niveles más profundos de la montaña del Potala, donde me sometía a la Ceremonia de la Pequeña Muerte y donde se me daba mucha información.

Durante un rato nos quedamos sentados, meditando en lo expuesto. Entonces mi Guía dijo:

—Veo que estás meditando. . . o tratando de meditar. Hay dos manera muy buenas de hacerlo, Lobsang. Debes estar contento, tranquilo; no es posible meditar con la mente desasosegada, ni cuando hay mucha gente alrededor. Se debe estar solo o, a lo sumo, con una persona a la cual se estime. —Luego añadió—: Debes mirar siempre hacia algo negro o hacia algo blanco; si miras al suelo puedes distraerte con alguna piedrecilla o, más todavía, con algún insecto. Para poder meditar convenientemente debes mirar siempre algo que no ofrezca atractivos a la

vista, algo negro por completo o de un blanco puro. De este modo, como tus ojos acaban por aburrirse de todo eso y, por decir así, se disocian del cerebro, al no haber nada que distraiga ópticamente a la mente, ésta se halla en libertad de acción para obedecer los dictados de tu subconsciente. En consecuencia, si le has dado instrucciones en ese sentido respecto de que lo que te propones es meditar, pues. . . habrás de hacerlo. En esa tarea verás que tus sentidos se realzan, que tus percepciones se tornan más agudas y que ésa es la única meditación digna de llamarse así. Cuando tengas unos años más aprenderás que hay muchos cultos que, por cierto precio, dicen cómo hacerlo; pero ésa no es la meditación según nosotros la entendemos, ni tampoco la que deseamos. Se trata de algo con lo cual juegan esos cultistas, algo sin ningún mérito. —Dicho esto se incorporó—. Debemos volver —dijo— pues ya está muy entrado el día. Tendremos que pasar otra noche en las montañas porque ya se ha hecho demasiado tarde para regresar a Chakpori.

Se encaminó hacia el túnel y yo, al verlo, me puse de pie de un salto y corrí tras él. No tenía ningún deseo de permanecer en aquel lugar donde los moradores de adentro, o como quisiera que se llamasen, podían aparecerse y llevarme con ellos. No sabía cómo eran ni tampoco cómo podía caerles yo, de modo que por cierto no tenía ganas en absoluto de quedarme solo en medio de la oscuridad de aquel sitio. Me apresuré, pues, y por fin llegamos de nuevo a la abertura por la que habíamos entrado.

Vimos que los caballos descansaban pacíficamente y entonces nos sentamos cerca de ellos a preparar nuestra frugal comida. La luz hacía ya tiempo que había desaparecido y gran parte del valle se hallaba en penumbras. A la altura en que nos encontrábamos, el sol poniente todavía brillaba sobre nosotros, pero el disco iba hundiéndose cada vez más detrás de las montañas, en su curso para alumbrar otras regiones del orbe antes de regresar a nosotros.

Conversamos un poco y luego, envueltos ya en nuestras mantas, nos echamos a dormir.

CAPITULO V

La vida en Chakpori era febril. La cantidad de cosas que debía aprender realmente me espantaba. Las hierbas, por ejemplo: dónde se criaban, cuándo recolectarlas, tener presente que si se las recogía en tiempo indebido no servían en absoluto para nada, etc. Esto último —según me enseñaban— era uno de los grandes secretos de la herbolaria. La recolección de plantas, hojas, cortezas y raíces sólo podía efectuarse convenientemente dentro de un lapso de dos o tres días. Además, había que tener en cuenta la luna, las estrellas y, por añadidura, la época. Para recolectarlas, por otra parte, había que estar tranquilo, porque —según me han dicho— quien recoge hierbas de mal talante puede inutilizar la tarea.

Después teníamos que desecarlas, y ése sí que era un buen trabajo. Como quiera que sólo ciertas partes de las hierbas eran de utilidad, de algunas había que tomar las hojas y quitarles los cabos, en tanto que otras debían ser desprovistas de los tallos o de la corteza. Cada planta o hierba, pues, debía manipularse de una manera particular y tratada con respeto.

Tomábamos las cortezas y las restregábamos entre las manos —que para ese propósito nos habíamos lavado escrupulosamente (¡verdadero sacrificio en sí mismo!)—, y así las reducíamos a una especie de polvo granuloso. Había que poner todo en un piso inmaculadamente limpio, no en un piso bruñido, sino fregado a más no poder hasta que no quedaran trazas de polvo ni manchas ni señal alguna. Entonces todo quedaba allí y se dejaba que la naturaleza obrara la desecación de las virtudes de la hierba dentro de ese espacio.

Solíamos hacer tés de hierbas, es decir, infusiones, pero yo jamás pude comprender cómo la gente podía echarse al coleto esos nauseabundos brebajes. Era axiomático, al parecer, que cuanto peor fuese el sabor y cuanto más penetrante el olor, más benéfica era la medicina; y yo añadiría que, según mis propias observaciones, si el sabor del medicamento era lo bastante desagradable, el desventurado paciente mejoraba más por el susto que por tomarlo. Sucede como cuando se va a ver al dentista que, en ocasiones, el dolor desaparece y uno se queda indeciso en el umbral, pensando si debe entrar o no. Y esto me recuerda bastante el caso de aquel joven marido que, pálido y angustiado, llevaba al hospital a su mujer —que se hallaba en avanzado estado de gravidez— porque ya "había llegado el momento", y que ya frente a la Mesa de Entradas se volvió y le dijo: "¡Oh, querida! ¿Estás segura de que realmente quieres llevar esto adelante?"

Como estudiante especial que debía aprender más y con mayor rapidez, no estaba limitado sólo a Chakpori, sino que también debía dedicar tiempo a mis estudios en el Potala, donde estaban los lamas más capaces, cada uno de los cuales me enseñaba su propia especialidad, por lo cual aprendí distintos tipos de medicina, como acupuntura y, con el correr del tiempo y ya con el bagaje de muchos años de experiencia, llegué a la indiscutible conclusión de que la acupuntura era, sin lugar a dudas, algo maravilloso para los orientales, o sea para quienes desde antaño creían en ella. Porque —como me ocurrió en la China— cuando uno se topa con esos escépticos occidentales... Pues bien; quiero decir que, por desdicha, estaban obnubilados por su desconfianza hacia todo cuanto no proviniese de la "propia tierra de Dios".

A muchísima profundidad, debajo de la montaña del Potala, había pasadizos sagrados y, muy abajo, una inmensa caverna con lo que al parecer era un mar subterráneo. Este —según me habían dicho— constituía uno de los vestigios de aquellos remotísimos tiempos en que el Tíbet era un agradable país recostado sobre el mar. Y

por cierto que en aquella enorme caverna pude observar extraordinarios restos: esqueletos de criaturas fantásticas que muchísimo después, en el curso de mi vida, sabría que eran mastodontes, dinosaurios y otros animales extraños. Además, en muchos sitios podían verse grandes láminas de cristal natural de roca en las cuales se advertían distintos tipos de algas y, en ocasiones algún pez perfectamente conservado y muy enclavado en ellas; todos ellos considerados elementos sagrados, mensajes provenientes del pasado.

El de remontar cometas era un arte en el cual me destacaba. Una vez al año íbamos a las altas montañas a recoger hierbas raras y, en general, a tomarnos un descanso de la tan fatigosa vida del lamasterio. Como algunos de nosotros —los más temerarios— volábamos en las cometas que remontaban los hombres, al principio pensé que eso era lo que se había dicho en la profecía; no obstante, más tarde recapacité y me di cuenta de que no podía ser así porque las cometas están sujetas a la tierra por cordeles, y si éstos se rompen o se escapan de las manos de los monjes las cometas pueden caer y morir sus ocupantes.

Muchas fueron las veces que vimos al Recóndito —a nuestro Décimotercer Dalai Lama—, por quien yo sentía gran cariño y respeto. Este, que sabía que así trascurrieran unos pocos años más el Tíbet sería un Estado avasallado, decía que "los dioses lo habían previsto" y que ellos debían ser obedecidos. Por otra parte, no había ninguna real posibilidad de resistencia puesto que en el Tíbet no existían verdaderas armas, como que no se puede enfrentar a un individuo armado de un fusil cuando se cuenta sólo con un Cilindro de Plegarias o un hilo de cuentas.

Recibí mis hábitos —las sagradas órdenes— del Gran Décimotercero, de quien también obtuve orientación y consejos —junto con el amor y la comprensión que mis propios padres me habían negado enteramente—, por lo cual resolví que, sucediese lo que sucediere, pondría a su contribución mis mejores esfuerzos.

Algunas veces veía a mi padre, pero no hubo una en que no se apartara de mí con un gesto de desdén, como si yo fuese el ser más insignificante, digno sólo de su menosprecio. En cierta ocasión, casi al final de mi permanencia en el Potala, fui a casa a visitar a mis padres. Mi madre me abrumó con su excesiva formalidad, con su manera de tratarme como si yo fuera sólo un lama que estuviese de visita. Mi padre, por su parte, sin cejar en su posición, no quiso recibirme y se encerró en su despacho. En cuanto a Yasodhara, mi hermana, me miraba como si yo fuera una rareza o alguna aparición salida de una espantosa pesadilla.

Tiempo después fui llamado otra vez a los aposentos del Recóndito, quien entonces me habló de muchas cosas que no tengo el propósito de mencionar aquí, si bien diré que una de ellas fue que a la semana siguiente debía partir sin falta rumbo a China para estudiar medicina en la Universidad de Chungking. Me dijo, empero, que debería adoptar otro nombre, porque si usaba el mío propio podrían capturarme algunos elementos de la revolución china para utilizarme como instrumento de sus negociaciones. Por ese tiempo existía en China una facción empeñada en derrocar al gobierno y dispuesta a no reparar en medios para alcanzar sus objetivos. De manera, pues, que debía elegir un nombre.

Sin embargo, ¿cómo podía hacer un pobre chiquillo tibetano, un muchachito que apenas estaba entrando en la pubertad, a lo sumo, cómo podía hacer —repito— para escoger un nombre chino cuando no sabía nada en absoluto acerca de ese país?

Pensaba en ese tremendo asunto cuando de pronto, sorpresivamente, surgió en mi mente un nombre: me pondría Kuon Suo, que en uno de los dialectos chinos quiere decir sacerdote montañés. Era un nombre adecuado, sin duda; pero como a la gente le costaba pronunciarlo —a los occidentales, claro está—, a poco quedó reducido a Ku'an.

Pues bien; una vez adoptado el nombre y con mis papeles en regla, en el Potala me entregaron documentos

especiales en los cuales constaba mi condición y las calificaciones que había obtenido, porque —según me dijeron, y como yo mismo pude comprobar más adelante con absoluta certeza— los occidentales no creen en nada a menos que esté asentado "en los papeles" y, en consecuencia, podían tenerlos en cuenta o hacerlos pedazos. Prepararon, pues, mis documentos y me los entregaron con gran solemnidad.

Pronto llegó el día en que tendría que recorrer a caballo todo el camino que lleva a Chungking. La despedida con mi Guía —el lama Mingyar Dondup— fue sumamente conmovedora, como que él sabía que no volvería a verlo mientras estuviese en su estado corpóreo. Con todo, me insistió en que, a buen seguro, con frecuencia me encontraría con él en el astral.

Se dispuso, entonces, que me acompañara un grupo de personas —cuya misión consistiría en protegerme de los salteadores chinos e informar de mi feliz arribo a Chungking—, y, en seguida, iniciamos la marcha a caballo, sin pausa, por las tierras altas de la llanura de Lhasa, para luego descender por las tierras bajas, región ésta casi tropical por su exótica flora y sus hermosos rododendros. Como en nuestro trayecto pasábamos por muchos lamasterios, muy a menudo hacíamos noche en ellos cuando la hora era apropiada. Como yo era un lama, un abad, en realidad, y una encarnación reconocida, cuando nos presentábamos en algún lamasterio nos daban un tratamiento por cierto especial, que no obstante, yo no recibía con gusto pues me recordaba las penurias que aún tendría que soportar en mi vida.

Al cabo dejamos atrás las fronteras del Tíbet y entramos en China. Allí, todas las grandes ciudades parecían infestadas de comunistas rusos, de hombres blancos que, por lo común, se paraban en carros tirados por bueyes para hablarles a los trabajadores de las maravillas del comunismo y de que debían levantarse y pasar a degüello a todos los terratenientes, y de que China pertenecía al pueblo. Ahora, que por lo visto les pertenece, ¡vaya revoltijo que han hecho de ella!

Los días pasaban y nuestra al parecer inacabable travesía fue tocando a su fin. Era muy fastidioso ser abordado por ciertos campesinos chinos que se quedaban mirándome como papamoscas porque yo tenía un aspecto más o menos occidental. Como mis ojos son grises y no castaños y mi cabello negro aunque no brillante, comenzó a circular la especie de que era un ruso disfrazado. Hoy, desde que vivo en occidente, me he enterado de toda suerte de historias peregrinas acerca de mí. Una de ellas, que me divirtió enormemente, fue la de que yo era en realidad un alemán a quien Hitler había enviado a Lhasa a estudiar los secretos del ocultismo de modo que después, al regresar a Berlín, pudiera lograr, por medios mágicos, que aquél ganara la guerra. Yo, en esos tiempos no sabía siquiera que existiese un tal Hitler. Es algo en extremo notable cómo los occidentales lo creen todo, excepto aquello que es absolutamente cierto; porque cuanto más verídica es una cosa, más difícil les resulta creerla. Pero si bien es cierto que, en cuanto al tema de Hitler y los tibetanos, los nazis capturaron a un puñado de éstos durante la guerra y los llevaron a Berlín por la fuerza, es evidente que los de este país no hicieron nada por contribuir a que aquél ganara la contienda, como lo demuestra la historia.

Por fin volvimos un recodo del camino y ante nuestra vista apareció la antigua ciudad de Chungking, erigida en la cima de altas escolleras a cuyos pies, muy abajo, se desliza el río. Dos ríos, el Yangtse y el Chialing —este último especialmente conocido por mí— bañan la base de esa antigua ciudad de calles escalonadas y llenas de abundante pedregullo, y como ambos ríos se juntan para formar uno nuevo, desde lejos aquélla parece una isla.

Para llegar a la ciudad propiamente dicha tuvimos que ascender setecientos ochenta escalones. Una vez allí nos quedamos como bobos contemplando los negocios y lo que a nosotros nos parecían tiendas, profusamente iluminadas, donde había artículos que escapaban por entero a nuestra comprensión. Eran cosas que brillaban en los escaparates, de muchos locales salían ruidos y, mientras

en algunos recintos se oían voces de extranjeros que hablaban entre sí, de otros nos llegaban ráfagas de música. Aquello era todo un prodigio para nosotros; y en cuanto a mí, que sabía que tendría que pasar largo tiempo en semejante medio, poco faltó para que me pusiera a temblar de sólo pensarlo.

Mi comitiva me desconcertaba por su manera de asombrarse, pues todos los hombres se movían nerviosos, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos. A mí me daba la sensación, por la forma en que mirábamos, de que debíamos de parecer un lastimoso hatajo de patanes. Entonces me di cuenta de que no habíamos ido allí a eso, sino que debía inscribirme en la universidad, de modo que nos encaminamos hacia ella.

Una vez allí, mis acompañantes quedaron esperándome en los jardines adyacentes mientras yo entraba para presentarme y entregaba el sobre que con tanto esmero había cuidado durante el trayecto desde Lhasa.

El trabajo en la Universidad fue duro. La instrucción que yo había recibido difería por completo de la que exigía el sistema universitario, de suerte que hube de duplicar, por lo menos, mis esfuerzos. El rector me había advertido que la tarea sería ardua; además, me dijo que había estudiado los sistemas norteamericanos más modernos y que, con el concurso de un cuerpo de profesores muy capacitados, se preparaba a los estudiantes en una combinación de medicina y cirugía china y estadounidense.

El trabajo académico era difícil pues yo no sabía nada de electricidad, aunque no tardé mucho en aprender. La anatomía, en cambio, era fácil: la había estudiado con los Encargados de los Muertos, en Lhasa, de manera que me divertí en grande cuando la primera vez que nos llevaron a las salas de disección, donde había cadáveres, vi que muchos estudiantes se ponían pálidos y soportaban unas náuseas incontenibles, mientras otros caían al suelo desmayados. Para mí era sencillo entender que esos cadáveres no sentían nada aunque los tratáramos desmañadamente, sino que eran semejantes a un conjunto de

ropa vieja y en desuso que uno podía cortar como si fuera a hacer otras prendas. No; para mí el trabajo académico había sido difícil al principio, pero con el tiempo llegué a ocupar un lugar poco menos que a la cabeza de la clase.

Hacia esa época me enteré de que un monje budista sumamente anciano estaba dictando clases en la universidad y realicé algunas averiguaciones.

—¡Oh! —me respondieron—. No te molestes siquiera por él. Es un pobre diablo, un espantajo.

Eso me persuadió de que debía hacer un esfuerzo extra y concurrir a las conferencias del "pobre diablo". Y bien que valió la pena.

Lo primero que hice fue solicitar permiso para asistir y fui aceptado con placer. Unas pocas clases después, estando nosotros sentados, se presentó el profesor. Nos levantamos, como era costumbre, y permanecimos de pie hasta que nos dijo que nos sentásemos. Entonces exclamó:

—La muerte no existe. —Claro, no existe, pensé. Va a dar una clase de ocultismo. Va a decir que la muerte es una "transición", como en efecto es. Pero el anciano profesor dejó que la impaciencia nos consumiese un momento y luego prosiguió con una sonrisa—: Entiéndase esto literalmente. . . si supiéramos cómo hacer para prolongar la vida indefinidamente. Reparemos en el proceso del envejecimiento y, sin duda, entenderán qué quiero decir. El niño nace y sigue una determinada forma de crecimiento. A cierta edad —que varía según cada persona— se estima que el desarrollo real se ha detenido, o sea que ha cesado lo que se considera el crecimiento verdadero; a partir de ese momento se inicia lo que se conoce como degeneración de la ancianidad, cuando la estatura del individuo empieza a disminuir a medida que sus huesos se acortan. Nos miró para ver si lo seguíamos y, al notar mi especial interés, movió la cabeza y me sonrió con toda cordialidad. Luego continuó—: El individuo se reconstituye célula por célula; de manera que, si nos hacemos un tajo, una parte del cerebro debe recordar

cómo era la carne antes de cortarnos y suministrar células idénticas, o casi idénticas, a fin de reparar la carencia. Además, cada vez que nos movemos producimos un desgaste de células, de modo que todas ellas deben ser reconstituidas, remplazadas. Sin una exacta memoria no podríamos reproducir el cuerpo tal como era. —Volvió a mirarnos y, frunciendo los labios, prosiguió—: Si el cuerpo, o por mejor decir, si el cerebro olvida la clase exacta de células, éstas pueden desarrollarse de manera anormal, crecer de un modo que no condiga con la forma anterior, en cuyo caso tales células reciben el nombre de cancerosas, lo que significa que han escapado al control de aquella porción del cerebro que debe regular su forma precisa. Así pues, nos encontramos con personas que tienen grandes excrecencias en el cuerpo. Esto ocurre, entonces, porque las células crecen de manera desordenada y escapan al control del cerebro. —Se detuvo para beber un sorbo de agua y continuó—: Como nos pasa a la mayoría de nosotros, el centro cerebral de producción y reposición de células tiene también una memoria defectuosa. Así pues, después de reproducirlas miles de veces, olvida la forma exacta y, con cada nueva producción, aparece una diferencia. De este modo, con el correr del tiempo, se presenta lo que llamamos envejecimiento. Por eso, si pudiéramos recordarle constantemente al cerebro la forma y el tamaño exactos de cada una de las células que debe reponer, el cuerpo parecería tener siempre la misma edad, conservar siempre el mismo estado. En resumen, alcanzaríamos la inmortalidad, salvo en el caso, claro está, de destrucción total del cuerpo o de pérdida de células.

Me quedé pensando en esto y de pronto me vino a la memoria, como un chispazo, que mi Guía, el lama Mingyar Dondup, me había dicho lo mismo aunque con palabras un poco diferentes, si bien yo era entonces demasiado pequeño o muy tonto —o ambas cosas a la vez— para comprender qué quería decir en realidad.

Las clases eran interesantes y en ellas estudiábamos muchas cosas que no se aprenden en Occidente, pues

además del tipo común de medicina y cirugía de los occidentales, tratábamos la acupuntura y las curas con hierbas. No obstante, no todo era trabajo sin distracción alguna, aunque poco faltaba para que así fuera.

Cierto día, paseando con un amigo por la ribera del río, vimos un avión que alguien, por alguna razón, había dejado allí estacionado con el motor en marcha y la hélice en movimiento. Pensé en las cometas que había remontado y le dije:

—Apuesto a que sería capaz de hacer volar ese artefacto. —Mi amigo prorrumpió en risas y entonces agregué—: ¿Con que no? ¡Pues ya verás!

Miré en torno para ver si había alguien en las cercanías y trepé al aparato. Con gran sorpresa de mi parte y de una gran cantidad de espectadores, el artefacto remontó vuelo, aunque no de la manera indicada, y entonces comencé a hacer acrobacias contra mi voluntad. Me salvé, empero, y logré aterrizar con felicidad merced a que tenía reflejos más rápidos que la mayoría.

Hasta tal punto me entusiasmó ese vuelo tan peligroso que aprendí a pilotear, pero esta vez en debida forma; y como demostré poseer condiciones fuera de lo común, me ofrecieron un nombramiento de aviador en la fuerza aérea china. El título y el grado que me confirieron equivalían, según la denominación occidental, al de Capitán Cirujano.

Después de graduarme de piloto, el comandante en jefe me dijo que continuara mis estudios hasta recibirme también de médico cirujano. Ese momento no tardó en llegar, de suerte que, al fin, provisto de una buena cantidad de títulos oficiales, estuve ya en condiciones de abandonar la ciudad de Chungking. A la sazón, empero, me llegaron muy malas noticias acerca de mi protector, el Décimotercer Dalai Lama, el Recóndito, y así, obedeciendo órdenes, regresé a Lhasa.

Fue por muy poco tiempo, sin embargo, pues el destino me reclamaba y debía seguir los dictados de aquéllos bajo cuya autoridad me encontraba, de suerte que volví sobre mis pasos rumbo a Chungking, para dirigirme des-

pués a Shangai. De manera, pues, que durante cierto tiempo me desempeñé como oficial de reserva de las fuerzas chinas. Era una época difícil, aquella, para los chinos, toda vez que los japoneses trataban de encontrar alguna excusa para invadir su territorio. Los extranjeros eran objeto de toda clase de iniquidades con el propósito de que perturbasen al gobierno chino; y así, tanto a los hombres como a las mujeres, los soldados japoneses los desnudaban en público para revisarles el cuerpo, pues sospechaban que eran portadores de mensajes. Por lo que a mí se refiere, pude ver a una muchacha que por resistirse, la obligaron a permanecer desnuda durante horas en medio de una calle muy concurrida. La pobre estaba verdaderamente histérica, pero cada vez que trataba de escapar, uno de los centinelas la pinchaba obscenamente con la bayoneta.

Los chinos se limitaban a observar, pues no querían provocar un incidente internacional. Entonces, una anciana le arrojó un abrigo a la muchacha para que se cubriera, pero un centinela saltó hacia ella y de un golpe le seccionó el brazo con el que se lo había lanzado.

Me asombra, después de todo lo que he visto, de todo cuanto he padecido, que en todas partes del mundo haya gente que corra tras los japoneses para prodigarles su amistad, etc., aunque tal vez sea porque éstos les ofrecen, a su vez, trabajar por poco dinero. Los japoneses son una plaga en el mundo a causa de su morboso afán de dominación.

En Shangai tuve ocasión de ejercer la medicina en forma privada, y por cierto que con mucho éxito. Quizá, de no haber estallado la guerra con el Japón, me hubiese quedado a vivir allí; pero el 7 de julio de 1937 se produjo un incidente en el puente Marco Polo que fue, en realidad, el que señaló el comienzo de la contienda, y entonces me llamaron para enviarme a los muelles de Shangai a fin de supervisar el armado de un enorme avión de tres motores que estaba allí depositado, listo para que lo montase una empresa que había propuesto fundar una línea aérea de pasajeros.

Me dirigí, pues, con un amigo hacia los muelles y allí nos encontramos con el avión desarmado, el cuerpo por un lado y las alas por otro. Ni siquiera estaba colocado el tren de aterrizaje y los tres motores se hallaban embalados por separado. A fuerza de intuición y, aun más, de sentido común, me las compuse para dirigir a los operarios, en un gran espacio abierto, en la tarea de armar el aparato. En la medida de mis posibilidades lo supervisé todo y examiné los motores para asegurarme de que tuvieran el combustible y el aceite correspondientes. Luego los puse en funcionamiento uno por uno y los probé en marcha mínima y máxima y cuando después de muchos ajustes me convencí de que podían andar sin detenerse, hice carretear el avión de un lado a otro por el campo con el fin de acostumbrarme a él, porque con un trimotor las acrobacias no duran demasiado. . .

Al fin, en la seguridad de que dominaba los mandos y podía manejarlos a la perfección, subí al aparato con mi amigo —que tenía una extraordinaria confianza en mí— y carreteé hasta un extremo de aquel extenso campo. Como mis ayudantes chinos habían colocado grandes cuñas delante de las ruedas les dije que, cuando yo levantara la mano derecha, tirasen de las cuerdas para retirarlas de inmediato. Entonces abrí los tres contactos y la máquina comenzó a rugir y a trepidar. Al cabo levanté la mano, las cuñas se soltaron y nos echamos a andar a tontas y a locas por la pista hasta que a último momento tiré de la palanca y nos elevamos en un ángulo que por cierto no fue en modo alguno ortodoxo. Con todo, ya estábamos volando, de manera que continuamos en el aire durante una hora o dos para familiarizarnos con el aparato, hasta que finalmente regresamos al campo de aterrizaje no sin antes tomar la precaución de verificar la dirección del humo. Hecho esto, me aproximé lentamente y aterricé contra el viento, pero debo confesar que estaba bañado en traspiración, lo mismo que mi amigo, a pesar de toda su confianza en mí. . .

Después me dijeron que llevara el avión a otro lugar, donde sería custodiado día y noche, porque las activida-

des de la brigada internacional arreciaban y algunos de aquellos extranjeros pensaban que podían hacer cuanto quisieran con el patrimonio chino. No deseábamos, pues, que nuestro gran avión sufriera daño alguno.

Ya en una base segura comenzó la tarea de modificarlo. Para ello se dispuso retirar la mayoría de los asientos con el objeto de colocar parihuelas en los soportes, y en uno de los extremos del aparato se instaló una mesa metálica pues el lugar iba a ser utilizado como sala de operaciones. Nos hallábamos en vísperas de tener que llevar a cabo intervenciones de urgencia, puesto que el enemigo —estábamos a fines de 1938— se iba aproximando ya a las afueras de Shangai y a mí me habían ordenado que diese por concluidas las prácticas que todavía realizaba durante algunas horas diarias. Me habían dicho que condujera el avión a un lugar seguro donde pudiera repintarlo de color blanco y ponerle una cruz roja, además de la inscripción de "Avión Ambulancia" con caracteres chinos y japoneses.

La pintura, sin embargo, no iba a durar mucho: las bombas llovían sobre Shangai y el aire estaba saturado de un olor acre a explosivos y lleno de arenilla que hacía arder la nariz, irritaba los ojos. . . y percudía la pintura del *Old Abie*, como llamábamos al aparato. De pronto se oyó una bomba más potente, el *Abie* dio un salto en el aire y se desplomó de lleno sobre su parte inferior, pues el estallido le había arrancado el tren de aterrizaje. Con gran trabajo y no poco ingenio, reparamos el desperfecto con grandes trozos de bambú, como si estuviéramos entablillando un miembro quebrado, y una vez que éstos estuvieron bien asegurados en su sitio me puse a la tarea de hacer carretear el avión de un extremo al otro de aquel campo que las bombas habían dejado sembrado de pozos, con el fin de verificar si funcionaba bien, prueba que el aparato pasó a la perfección.

Estábamos sentados en el avión cuando se produjo un gran revuelo y en el aeródromo irrumpió con toda pompa y decisión un airado general chino, acompañado por algunos subalternos, quien de la manera más brusca nos

ordenó que lo lleváramos a un determinado lugar. De nada valieron nuestros argumentos de que la máquina no estaba realmente en condiciones de volar, pues aún había que hacerle algunas reparaciones, así como tampoco aceptó que le explicásemos que se trataba de un avión ambulancia que, según el derecho internacional, no podía trasportar hombres armados. Nosotros le hablamos, pero él habló más fuerte. Sólo faltó que dijese: "Detengan a esos individuos y fusílenlos por negarse a obedecer órdenes militares", lo cual habría significado el fin para todos nosotros. ¡Entonces sí que habríamos salidos volando. . . pero sin él!

Los hombres que componían el pelotón treparon en seguida al aparato y comenzaron a desalojar al equipo médico arrojándolo por la puerta, con el propósito de hacer lugar para estar cómodos. De manera que nuestras camillas, la mesa de operaciones, el instrumental, todo salió despedido como si se tratara de desechos que ya no se necesitaran más. Y eso fue lo que sucedió: no se necesitaron.

Levantamos vuelo y pusimos rumbo a nuestro destino; pero cuando nos hallábamos a unas dos horas del punto de partida aparecieron los aviones de combate japoneses, los Diablos Rojos, en hordas que parecían nubes de mosquitos, con su aborrecido símbolo rojo que refulgía vívidamente en las alas. En seguida rodearon nuestro avión ambulancia, a pesar de las cruces rojas que se distinguían nítidamente en él, y comenzaron a dispararnos por turno sin contemplación alguna. Desde aquella época jamás volví a sentir simpatía por los japoneses, e inclusive los días por venir se encargarían de avivar la llama de esa aversión.

Nos derribaron y resulté el único sobreviviente, pues fui a caer en lo que quizá sea el lugar más insalubre de China: un albañal donde se recogen todas las inmundicias. Y no sólo aterricé allí, sino que me hundí hasta el fondo y me rompí los dos tobillos.

Luego llegaron los soldados japoneses y me llevaron a la rastra a sus cuarteles, donde por cierto recibí un trato

malísimo por negarme a darles información alguna, salvo que era oficial de los servicios chinos. Esto pareció disgustarles en extremo, porque me rompieron los dientes a puntapiés, me arrancaron todas las uñas y me hicieron otras cosas terribles que todavía me hacen padecer, como por ejemplo, me ponían tubos en el cuerpo y en el recipiente de agua echaban mostaza y pimienta; luego abrían la llave y mi cuerpo se hinchaba enormemente, lo cual me causaba un daño extraordinario por dentro. Esa es una de las razones por las cuales me siento tan mal inclusive ahora, durante estos últimos años.

Pero no voy a detenerme aquí en estos detalles, porque quien tenga interés por conocerlos no tiene más que ver *El médico del Tíbet*, libro éste que yo quisiera que leyesen más personas para que vieran. . . Mas, ya saben ustedes a qué me refiero: para que vieran qué clase de gente son los japoneses.

Pues bien; posteriormente me remitieron a un campo de prisioneros de guerra reservado para mujeres —pues eso era considerado degradante—, donde algunas de ellas, capturadas en ciertos lugares como Hong Kong, se hallaban en un estado de verdadero *shock* a causa de las continuas violaciones.

Vale la pena señalar que, en aquella época, a los japoneses los "asesoraban" ciertos oficiales alemanes a quienes siempre se les proporcionaba las mujeres más hermosas y que, en cuanto a perversiones. . . pues, que jamás he visto nada semejante, porque al parecer los alemanes no se destacan sólo en cuestiones que atañen a la guerra, sino también en *otras cosas*.

Al cabo de un tiempo, cuando me curé de los tobillos y volvieron a crecerme las uñas, me ingenié para escaparme y emprendí el regreso a Chungking, lenta y penosamente. Como la ciudad no estaba todavía en manos de los japoneses, una vez allí mis colegas, los médicos, obraron maravillas a fin de hacerme recuperar la salud. Tenía la nariz rota, pero si bien antes que me la rompieran era —según el concepto de Occidente— algo abultada, de resultas de la cirugía quedé con un adminículo bastan-

te prominente que habría podido ser el orgullo de cualquier occidental.

Pero la guerra, la violenta guerra de ocupación japonesa, alcanzó a Chungking, y una vez más fui capturado y torturado hasta que por último me volvieron a enviar a un campo de reclusión donde hice cuanto pude por los pacientes que se hallaban prisioneros. Por desdicha, de otro sector trasfirieron al nuestro a un antiguo funcionario que reconoció en mí al evadido, y entonces recomenzaron todos mis padecimientos. Me quebraron ambas piernas en dos lugares para que aprendiera a no escaparme, y después me colocaron en el potro de tormento, con los brazos y las piernas bien tensos. Por otra parte, a consecuencia de un tremendo golpe en la región lumbar inferior se me presentaron graves complicaciones que aún hoy hacen que mi columna continúe empeorando, hasta tal punto que ya no puedo tenerme en posición erguida.

Una vez más, cuando mis heridas sanaron, me las compuse para fugarme; pero como estaba en una zona donde era muy conocido, me dirigí a la casa de ciertos misioneros que me recibieron con muchos resquemores y grandes exclamaciones de pesar y de compasión. . . Me curaron las heridas, me administraron un narcótico. . . y luego llamaron a los guardias de la prisión japonesa puesto que, como dijeron, no querían causar perjuicio alguno a su misión y porque, además, yo no era "uno de ellos".

De regreso en el campo de reclusión me trataron tan despiadadamente que se llegó a temer por mi vida; pero ellos querían que sobreviviera porque estaban persuadidos de que poseía información que les era necesaria y que me rehusaba a suministrar.

Al cabo, convencidos de que me escapaba con suma facilidad, me remitieron al Japón, a un poblado cercano al mar y en las inmediaciones de una ciudad llamada Hiroshima, donde me destinaron nuevamente —como oficial médico— a un campo de reclusión para mujeres que procedentes de Hong Kong, Shanghai y otras ciudades, permanecían alojadas en ese lugar porque los japoneses

abrigaban el siniestro propósito de utilizarlas como rehenes en las posteriores negociaciones, puesto que ya les estaba yendo muy mal en la guerra y las autoridades sabían perfectamente bien que no había esperanza alguna de ganarla.

Cierto día se oyó el trepidar de aviones y a poco el suelo se sacudió y a la distancia apareció una inmensa columna en forma de hongo de la cual se elevaban turbulentas nubes hacia el cielo. Todo era pánico en derredor y los guardias se dispersaban como ratas despavoridas. Yo, atento siempre a una oportunidad como la que se me presentaba, salté una empalizada y me dirigí a la orilla del mar, donde encontré una barca pesquera vacía. Me encaramé a bordo como pude y con una pértiga logré reunir fuerzas suficientes para impulsar la embarcación hacia aguas más profundas, luego de lo cual me desplomé en la maloliente sentina. La barca se deslizó mar adentro a favor de la bajamar, pero yo —que me encontraba con el agua hasta el cuello en el fondo de la embarcación— no me di cuenta de nada hasta que por fin me recobré, todavía aturdido, y percibí que, una vez más, me había escapado.

No sin esfuerzo logré levantarme un poco por encima del agua y, angustiado, eché una mirada en derredor. Pensaba que los japoneses enviarían lanchas de motor a la caza del tantas veces reincidente fugitivo, pero no; a la vista no había embarcaciones de ninguna clase. En el horizonte, empero, sobre la ciudad de Hiroshima, se veía un opaco y desagradable resplandor rojizo, en tanto que el cielo estaba negro y de esa oscuridad caían "cosas", manchas sanguinolentas, masas fuliginosas y una precipitación de un negro pringoso.

Me sentía desfallecer de hambre. Miré alrededor de mí y encontré una alacena a un costado del mamparo, del lado de las amuras, donde había trozos de pescado seco que al parecer se iban a utilizar de carnada. Esos trozos eran suficientes para mantener en mí un hálito de vida, de modo que mi agradecimiento al pescador que los había dejado allí no tuvo límites.

Me recosté en los asientos y sentí un gran malestar, pues la barcaza se balanceaba de la manera más extraña. Hasta el mar parecía raro, puesto que las olas eran como hasta entonces no había visto, casi como si hubiera un terremoto submarino.

Miré en torno y tuve una impresión pavorosa; no había signo alguno de vida. Lo normal habría sido que, en un día como ése, aparecieran innumerables barcas pesqueras, toda vez que el pescado es el alimento principal de los japoneses. Experimenté entonces una gran sensación de desasosiego porque, como soy telepático y clarividente, me llegaban impresiones extraordinarias, aunque tantas y tan confusas que casi no podía entenderlas.

El mundo entero parecía estar sumido en un silencio que sólo quebraba el extraño ulular del viento. Entonces, en lo alto divisé un enorme avión que comenzó a describir círculos y, al observarlo con atención pude distinguir el gran objetivo de una cámara de fotografía aérea enfocado hacia abajo. Era evidente que, por alguna razón que en aquel momento yo no conocía, se estaban tomando fotografías de la zona.

Poco después el avión giró y desapareció del alcance de mi vista. Entonces volví a quedarme solo. "¡Qué extraño! ", pensé al no ver pájaros en las inmediaciones, porque las aves marinas se acercan siempre a los barcos pesqueros. Sin embargo, tampoco había otras embarcaciones alrededor ni señales de vida por ninguna parte. Y yo allí, entre tanto, con aquellas extrañas impresiones que me llegaban a través de mi percepción extrasensorial.

Creo que por último me desvanecí, porque de pronto vi todo negro. El barco, con mi forma inconsciente, se internó en lo desconocido.

CAPITULO VI

Después de lo que, al parecer, habían sido días sin fin, o sea —puesto que, en realidad, yo no tenía idea alguna de cuánto tiempo había trascurrido— al cabo de un lapso indeterminado, de improviso percibí unas voces ásperas, extrañas, y sentí que me levantaban de los brazos y las piernas, que me balanceaban y me arrojaban lejos. Así pues, fui a caer con un chasquido exactamente a la orilla del agua, y cuando abrí los ojos legañosos me encontré con que había llegado a una playa desconocida.

Delante de mí vi que dos hombres empujaban vigorosamente la barca para, a último momento, saltar a bordo, y caí después de nuevo en un estado de sopor. . . o de coma.

Mis sensaciones fueron bastante extrañas, porque de pronto tuve la impresión de que me mecía y, en seguida, la de cesación de todo movimiento. Después de cinco días —según más tarde me dijeron— retorné al mundo de los vivos y me encontré en una cabaña inmaculadamente limpia que servía de habitáculo a un sacerdote budista. De manera imperfecta, porque aún cuando nuestros idiomas fuesen parecidos no eran idénticos —razón por la cual tropezábamos con inconvenientes para hacernos entender—, me manifestó que me estaba esperando. Este bonzo, hombre de edad avanzada, había tenido sueños (así los llamaba él) que le anunciaban que debía aguardar y prestar auxilio a "un ser excepcional que llegaría desde lejos". Estaba al borde de la muerte a causa del hambre y la edad, y su bronceada piel amarilla era casi trasparente por el estado de desnutrición en que se hallaba. Con

todo, de alguna parte sacó la comida necesaria y al cabo de unos días recuperé mis fuerzas. Al fin, cuando ya estaba pensando que debía proseguir mi camino por el sendero de la vida, cierta mañana me desperté y hallé a aquel anciano sacerdote sentado a mi lado, con las piernas cruzadas. . . pero muerto. Estaba frío como una piedra, de modo que debía de haber fallecido en las primeras horas de la noche.

Llamé a algunos de los pobladores del pequeño villorrio donde estaba la cabaña; cavamos una fosa y le dimos digna sepultura con el ceremonial budista de práctica. Una vez cumplida esta tarea tomé los escasos víveres que quedaban y me puse en marcha.

Caminar me resultaba penoso; debía de estar mucho más débil de lo que imaginaba, porque me sentía mareado y aturdido. Empero, no podía regresar, puesto que no sabía qué podía estar pasando ni quién era enemigo o amigo, si bien no había tenido muchos amigos en mi vida. Así pues, apreté el paso.

Después de andar kilómetros y kilómetros que me parecieron interminables, llegué a un paso fronterizo y, alrededor del puesto militar, vi dispersos a algunos hombres armados cuyos uniformes reconocí por fotos que había visto. Eran rusos, de modo que ya podía establecer dónde me encontraba: en la ruta a Vladivostok, uno de los grandes puertos marítimos rusos del lejano oriente.

Apenas me vieron, los guardias fronterizos soltaron unos enormes mastines que enfilaron hacia mí gruñendo y babeando. Sin embargo, ante el asombro de aquéllos, los animales me rodearon con muestras de afecto porque tanto ellos como yo nos sentimos amigos. Como a esos perros nunca hasta entonces les habían hablado telepáticamente, supongo que me tomaron por un congénere; pero, sea como fuere, lo cierto es que se pusieron a saltar alrededor de mí y a darme la bienvenida con hipidos y ladridos de alegría. Los guardias, que estaban asombradísimos, pensaron que yo debía de pertenecer a su bando, de manera que me hicieron pasar a la sala de guardia y me dieron de comer. Les referí entonces que era fugitivo

de los japoneses y así, como también se hallaban en guerra con éstos, automáticamente pasé a estar "de parte de ellos".

Al día siguiente me ofrecieron viajar a Vladivostok a cargo de los perros, pues iban a devolverlos a esa ciudad, toda vez que eran demasiado feroces con los guardias. Acepté complacido la invitación y así que me hube instalado con los animales en la parte trasera del camión, emprendimos la marcha. De este modo, luego de un viaje en que menudearon los barquinazos, llegamos a Vladivostok.

Ya estaba otra vez a merced de mi propia suerte cuando, al retirarme de la sala de guardia de la ciudad, una tremenda batahola de gritos, aullidos y furiosos ladridos hendió el aire. En aquel amplio recinto, algunos perros habían sentido de pronto sed de sangre y se habían lanzado contra los guardias, que trataban de dominarlos. Llegó entonces el capitán, y así que oyó lo que sus hombres le decían me ordenó que refrenara a los animales. Afortunadamente lo conseguí, y por telepatía pude lograr que los perros entendieran que yo era su amigo y que debían calmarse.

Me retuvieron, pues, en el campamento durante un mes, mientras volvían a adiestrar a los mastines y, al cabo de ese lapso, me permitieron reanudar la marcha.

Lo que yo quería en aquellos momentos era satisfacer ese terrible impulso que sentía de andar y andar. Por espacio de algunos días estuve deambulando por Vladivostok sin saber cómo llegar a la capital, Moscú, hasta que por fin me informé acerca del ferrocarril Transiberiano. No obstante, uno de los riesgos que suponía el abordarlo era que, como muchos fugitivos querían ir a Moscú, a lo largo de un buen trecho, y a un costado de los desvíos, había fosos donde se hallaban guardias apostados que esperaban el momento de escudriñar debajo de los trenes para abrir fuego contra quienquiera que estuviese escondido entre los ejes.

Por último, uno de los hombres de la patrulla de fronteras de Vladivostok, con quien había pasado el mes

anterior, me explicó de qué manera eludir a los guardias, y así fue cómo me dirigí a Voroshilov donde no había inspecciones en los ferrocarriles. Puse algunos alimentos en un morral y me quedé al acecho del tren; cuando éste llegó, me ingenié para treparme y colocarme debajo de él, entre las ruedas, donde me até a la parte inferior del piso del vagón para quedar por encima de los ejes y oculto por las cajas de engrase. El tren partió y durante alrededor de diez kilómetros me mantuve suspendido por las cuerdas hasta que consideré que el peligro había pasado y ya podía trepar a uno de los vagones. Todo estaba oscuro, muy oscuro, pues la luna no había salido aún. Entonces, con un esfuerzo infinito logré deslizarme directamente hacia una de las puertas del vagón y no sin gran trabajo me introduje en él.

Más o menos a las cuatro semanas el tren arribó a Noginsk, pequeña población distante alrededor de sesenta kilómetros de Moscú. Como ése, según pensé, era el mejor lugar para largarme, esperé a que aminorara la marcha para tomar una curva y entonces me arrojé sin riesgo alguno sobre la tierra helada.

Eché a andar y a andar, por cierto que era un espectáculo inquietante el ver tantos cadáveres a un costado del camino, tantos cuerpos de personas que habían muerto de inanición. En determinado momento, un anciano que marchaba delante de mí con paso vacilante cayó de pronto al suelo. Instintivamente me aproximé a él y me agaché para ver si podía prestarle algún auxilio, cuando una voz me dijo en un susurro: " ¡Detente, camarada! Si te inclinas sobre él, la policía puede pensar que eres un saqueador y matarte. ¡Sigue tu camino! "

Llegué por fin al centro de Moscú, y cuando contemplaba el monumento de Lenin, de repente fui a dar por tierra a causa de un golpe que me asestaron —como en seguida pude advertir— con la culata de un fusil. Alrededor de mí se hallaban algunos guardias soviéticos propinándome continuos puntapiés para instarme a que me levantara. Lo hice y de inmediato comenzaron a interrogarme, pero era tal el acento de "gran urbe" que tenían

que me resultaba totalmente imposible entender qué decían, de modo que a la postre me llevaron detenido con dos hombres de custodia, uno a cada lado, y un tercero que, con un revólver enorme, me hurgaba la espina dorsal. Entramos en un tétrico edificio y a empellones me introdujeron en una pequeña sala donde me interrogaron con sobrada dureza. Pude colegir, entonces, que en Moscú se temía que hubiese espías y consideraban que yo era uno de ellos que tenía la intención de penetrar en el Kremlin.

Después de tenerme de pie varias horas en un diminuto retrete del tamaño de un armario, llegó un camión y me trasladaron a la prisión de Lubianka, la peor de las cárceles de Rusia, la prisión de las torturas y de la muerte, un establecimiento que cuenta con crematorio propio para incinerar toda evidencia de cuerpos mutilados.

A la entrada —es decir, en un pequeño vestíbulo— tuve que quitarme los zapatos y caminar descalzo. Los guardias que me acompañaban se calzaron gruesos calcetines de lana sobre las botas y me condujeron, en medio de un silencio sepulcral, a lo largo de un lóbrego corredor que parecía tener kilómetros de largo. No se percibía ruido alguno. De pronto se oyó un extraño silbido y los guardias me empujaron de cara contra la pared, luego de lo cual me echaron algo en la cabeza para que no pudiese ver nada. Intuí, más que percibí, que alguien me conducía, y minutos más tarde me arrancaron de un tirón el paño que me habían colocado y una vez más me dieron un empellón.

Después de un lapso que me pareció interminable se abrió silenciosamente una puerta y sentí un violentísimo empujón en la espalda. Salí despedido hacia adelante, trastrabillando, hasta que caí; eran tres escalones pero, en la negra oscuridad de aquella celda, no pude verlos, de suerte que rodé por el suelo y a causa del impacto quedé inconsciente.

El tiempo pasaba con increíble lentitud y, a intervalos, el aire se estremecía con gritos de dolor que luego se

desvanecían en un susurro.

Al cabo de algunas horas se presentaron en mi celda unos guardias y por medio de gestos me indicaron que los siguiera. Quise hablar, pero me sacudieron por las mejillas en tanto otro se ponía un dedo en los labios para hacerme la señal universal de "¡No hable! " De nuevo me llevaron, por aquellos interminables corredores, hasta que por último me vi en una sala de interrogatorios profusamente iluminada, donde una serie de investigadores formularon las mismas preguntas una vez tras otra. Como mis respuestas eran siempre las mismas, les dieron instrucciones especiales a dos guardias, quienes me llevaron a dar un breve paseo por Lubianka. Me condujeron, pues, a lo largo de los corredores y me mostraron las cámaras de tortura, donde tanto hombres como mujeres, pobres infelices, estaban condenados a suplicios. Los castigos que presencié fueron tan bestiales, que no me atrevo a describirlos porque, como conozco a los occidentales, sé que no me creerían.

Me mostraron, además, una sala de piedra donde había algo así como unos establos de más o menos un metro de profundidad, instalados contra un muro blanco. Allí los guardias me hicieron ver cómo al prisionero, fuese hombre o mujer, lo hacían entrar desnudo, con las manos apoyadas en la pared del frente. Hecho esto le disparaban por la espalda, el individuo caía hacia adelante y la sangre corría hacia un canal de desagote con el fin de hacerlo todo con más limpieza.

Los prisioneros se hallaban desnudos porque, según el criterio ruso, no valía la pena despilfarrar ropa que podía ser utilizada por los vivos.

Desde allí me condujeron rápidamente por otro corredor a un lugar que parecía una panadería. Pronto me dí cuenta, sin embargo, de que no se trataba de tal cosa, puesto que allí se incineraban cadáveres y restos de cuerpos. Cuando llegué, retiraban de un horno un esqueleto totalmente calcinado que, en seguida, echaron en un gran molino donde comenzó a girar y a pulverizarse con un horrible crepitar. El polvo de los huesos, lo mismo

que las cenizas, se enviaban a los granjeros para utilizarlo como fertilizante, según me informaron.

Como resultaba inútil proseguir con todas las torturas que me estaban haciendo padecer, baste decir que al final comparecí ante tres altos funcionarios que tenían en sus manos documentación que, me manifestaron, probaba que yo había prestado auxilio a una persona de jerarquía de Vladivostok, así como que había ayudado a la hija de otro a escapar de un campo de concentración japonés, por todo lo cual no me iban a matar, sino que sería remitido a la ciudad de Stryj, en Polonia. En esos momentos más tropas rusas estaban por salir con ese destino, de modo que yo iría con ellas, en calidad de prisionero, para posteriormente ser deportado del país, una vez que estuviese en la mencionada ciudad.

Por último, luego de muchas dilaciones —pues realmente me encontraba demasiado mal como para que me trasladaran y, en consecuencia, tuvieron que dejar pasar cierto tiempo antes de que me restableciera—, por último, decía, me entregaron a un cabo al mando de dos soldados y con ellos me encaminé por las calles de Moscú rumbo a la estación de ferrocarril. Hacía un frío glacial, intensísimo, no obstante lo cual no me dieron alimento alguno, si bien los tres soldados se turnaron para comer.

Llegó entonces a la estación un gran destacamento ruso y un sargento dijo que había un cambio de órdenes y que yo debía ir a Lwov. Me cargaron, pues, a bordo del tren, que partió en medio de saltos y sacudidas, y finalmente arribamos a la ciudad de Kiev.

Una vez allí, subí con algunos soldados a un camión de trasporte de tropas —para decirlo con exactitud, cuarenta soldados y yo fuimos los que nos apiñamos en él— que de inmediato partió a todo correr. Sin embargo, como nuestro chofer era demasiado amante de la velocidad y por demás inexperto, fuimos a estrellarnos contra un muro y el camión se abrasó en llamas al estallar el tanque de combustible. Durante largo rato estuve sin conocimiento y, cuando volví en mí, me hallaba camino del hospital. Me observaron entonces con rayos X y

comprobaron que tenía tres costillas fracturadas, la punta de una de las cuales me había perforado el pulmón izquierdo. Además, tenía quebrado el brazo izquierdo en dos lugares, lo mismo que la pierna de ese lado, que se había vuelto a partir a la altura de la rodilla y del tobillo. Por otra parte, la punta quebrada de la bayoneta de un soldado había penetrado en mi hombro izquierdo y poco faltó para que me interesara un punto vital.

Cuando desperté de la operación, una doctora bastante entrada en carnes me palmeaba la cara para hacerme reaccionar. Me hallaba, como pude ver, en una sala junto con otros cuarenta o cincuenta hombres. El dolor que sentía era espantoso y nada había que pudiese paliarlo; así permanecí durante un lapso prolongado entre la vida y la muerte.

A los veintidós días de permanencia en el hospital se presentaron en la sala dos policías, me quitaron las frazadas de un tirón y me espetaron: "¡Vamos, aprisa! Tenemos que deportarlo. ¡Hace tres semanas que tendría que haberse ido!"

Me trasladaron a Lwov y me comunicaron que debía abonar mi atención hospitalaria trabajando durante un año en la reparación y reconstrucción de las carreteras de Polonia. Un mes pasé dedicado a esa tarea, sentado a un costado del camino rompiendo piedras hasta que, por último, como aún no habían sanado bien mis heridas, comencé a escupir sangre y volvieron a enviarme a un hospital. Una vez allí, el médico me manifestó que tendrían que sacarme del establecimiento porque me iba a morir y él tropezaría con inconvenientes si ese mes perecían más prisioneros, puesto que ya había "excedido su cuota".

Me deportaron, pues, y de nuevo comenzó mi deambular. Era la primera vez, en medio de todas aquellas peripecias, que me decían que apenas me quedaba un poco de vida; no obstante, como en muchas otras ocasiones, no morí.

Iba caminando por una carretera cuando vi un automóvil descompuesto y, a su lado, a un hombre muy

asustado. Como yo sabía bastante de motores de autos y de aviación, me detuve y pude comprobar que el desperfecto del coche no era demasiado grave o, al menos, no tanto como para que yo no pudiese subsanarlo. Así pues, conseguí ponerlo en marcha y el individuo me lo agradeció hasta tal punto que me ofreció un trabajo. Esto, empero, no era tan extraño como podría parecer, puesto que ese coche me había trasportado tiempo atrás, en oportunidad de cruzar juntos un puente fluvial precisamente en el punto en que se hallaban estacionados los guardias fronterizos. Entonces se había quedado detenido largo rato, tal vez contemplando a los peatones y pensando en qué estarían haciendo o hacia donde irían, con tal de pasar aquellos momentos de ocio, pero yo atravesé la frontera con toda rapidez. . . como casi siempre trascurre mi vida. De manera, pues, que me ofreció un trabajo, y por su aura pude ver que se trataba de un hombre honesto o, en otras palabras, que era todo lo honesto que podía serlo. Me explicó que lo que él necesitaba era que alguien manejara autos a distintos lugares, de modo que acepté el ofrecimiento y con ello tuve una oportunidad verdaderamente maravillosa de conocer Europa.

Revisó mi documentación y se estremeció al verla diciéndome que, con la inscripción de "Deportado", no podría ir a parte alguna que no fuera a la cárcel. Así pues, como conocía el lugar a la perfección y tenía sus "contactos", me dejó durante un rato a un costado del camino y regresó después por mí para llevarme a cierto lugar (no diré cual) donde me suministraron nuevos papeles, un pasaporte fraguado y toda la documentación necesaria para el viaje.

Representó para mí una suerte que él tuviera miedo de manejar pues así entré a su servicio como conductor. Fuimos entonces a Gratislava y a Viena, ciudad esta última que, según pude ver, había sido muy hermosa, aún cuando a la sazón se hallaba bastante destruida a consecuencia de la guerra. Durante los dos o tres días que permanecimos allí recorrí la ciudad todo cuanto pude, si bien la tarea no fue fácil porque la gente era

desmedidamente recelosa de los extranjeros. Cada tanto alguien se aproximaba con disimulo a un policía, le hablaba en voz baja y éste, luego de cerciorarse de tener el arma en condiciones, se acercaba a mí y me ordenaba: "¡Documentos! ", lo cual me proporcionaba una excelente oportunidad para comprobar que mi documentación era perfectamente "auténtica", puesto que jamás hubo duda alguna respecto de ella.

De Viena pasamos a Klagenfurt, donde nuestra permanencia fue breve. Con todo, después de una espera de alrededor de ocho horas, quedé totalmente helado bajo una persistente llovizna. Por otra parte, pasé un hambre formidable puesto que había racionamiento y yo no había conseguido el tipo de bonos correspondiente. No obstante, como el hambre era algo a lo cual estaba muy acostumbrado, pude soportarla.

Por la noche partimos rumbo a Italia y llegamos a Venecia. Allí, a mi pesar, debí quedarme diez días; pero fueron diez malhadados días, además, porque los canales de Venecia —como creo que todo el mundo sabe— son cloacas abiertas, y yo tengo el don —o la maldición— de poseer un sentido del olfato sumamente excepcional. Claro que, ¿cómo es posible contar con cloacas cerradas cuando todo ese condenado lugar está inundado? De modo que ni por pienso era aquél sitio apropiado para nadar. . .

Los diez días trascurrieron lentamente en ese lugar repleto de norteamericanos colmados de dinero y de bebida. Era cosa de todos los días verlos quemar un enorme fajo de billetes que a la mayoría de los italianos les hubiesen servido para vivir todo un año. Muchos de aquellos norteamericanos, según me dijeron, eran desertores del ejército o de la fuerza aérea de los Estados Unidos, que operaban en gran escala en el mercado negro.

De Venecia nos trasladamos a Padua, lugar éste cargado de historia y de sabor antiguo, donde permanecí por espacio de una semana. Mi empleador, al parecer, tenía allí gran cantidad de negocios que realizar, pero lo que

me asombró fue su manera de hacerse de distintas amistades femeninas, como quien recoge flores a la vera del camino, lo que, a no dudar, se debía a su abultada cuenta bancaria.

Cierto día, estando en Padua, cambió de pronto de planes y vino a comunicármelo. Me dijo entonces que debía volar de regreso a Checoslovaquia, pero que había un norteamericano muy interesado por conocerme, si bien ya estaba informado al detalle acerca de mí. De manera, pues, que me lo presentó. Era aquél un hombre sumamente carnoso, de prominentes belfos, que tenía una amiga a la cual por lo visto tanto le daba estar vestida como desnuda. También él era de aquellos que se dedican al comercio de autos, camiones y otros tipos diversos de maquinarias, de suerte que durante unos días conduje un enorme camión cargado de coches oficiales de toda clase, tomados a los nazis de elevada jerarquía y a los funcionarios fascistas que, además de perder la vida, se habían quedado también sin ellos. Esos vehículos. . . Pues bien, no pude saber exactamente qué sucedía con ellos, pero al parecer los exportaban a los Estados Unidos de América donde los vendían a precios fabulosos.

Como mi nuevo empleador quería que yo llevara un auto especial a Suiza y después otro a Alemania, le hice notar que mis documentos no eran del todo apropiados para ello. Tomó entonces a chacota mis reparos y dijo:

—¡Vaya! Eso lo tengo resuelto. Yo sé qué vamos a hacer. Hace dos días, un norteamericano que manejaba ebrio chocó contra un pilar de hormigón y quedó deshecho en el lugar. Mis hombres le sacaron los documentos antes que los tocara siquiera la sangre que manaba de él. . . y aquí los tengo.

Se volvió, hurgó en su abultada cartera y sacó un fajo de papeles. Al ver que eran los documentos de un segundo maquinista naval, mi expectativa creció al instante. Todo estaba allí: el pasaporte, la tarjeta del Sindicato de Marinos, los permisos de trabajo, dinero. . . Todo. Sólo había un inconveniente: la fotografía.

El norteamericano se echó a reír como si no fuera a parar jamás y me dijo:

—¿La fotografía? Venga conmigo. Solucionaremos eso ahora mismo.

Me arrancó de la habitación del hotel y nos encaminamos a cierto lugar especial al cual llegamos luego de descender muchos y sinuosos escalones de piedra. Después de dar unos golpes misteriosos en la puerta y de proporcionar una especie de santo y seña, nos franquearon la entrada a un salón de construcción burda donde vagaba una gavilla de individuos. De un vistazo pude advertir que se trataba de falsificadores; y si bien no era algo que me interesara, no llegué a enterarme qué clase de dinero hacían. Informados del asunto que nos llevaba, de inmediato me tomaron una fotografía, me hicieron dejar mi firma y en seguida nos acompañaron hasta la salida.

Al día siguiente por la noche llamaron a la puerta y entró un individuo trayendo mis documentos. Tan perfectos eran que, luego de examinarlos, tuve realmente el convencimiento de haber firmado los papeles y llenado de puño y letra todos los detalles. "Bien", dije para mis adentros, "ahora que ya tengo todos mis documentos podría pedir trabajo de maquinista en algún barco y largarme a los Estados Unidos, que es donde debo estar. De modo que haré lo que este tipo quiere y veré si puedo llegar a algún puerto importante."

A mi nuevo empleador le encantó mi cambio de actitud, de suerte que lo primero que hizo fue entregarme una abultada suma de dinero y un Mercedes —coche de mucha potencia, por cierto— para que lo condujera a Suiza, donde logré pasar por la Aduana y por la oficina de inmigraciones sin inconveniente alguno. Cambié después de coche en una dirección especial que me habían dado y proseguí rumbo a Alemania, a Karlsruhe, donde me dijeron que debía ir a Ludwigshafen. Me dirigí, pues, hacia allí, y grande fue mi sorpresa al encontrarme en esa ciudad con el norteamericano, quien se alegró de verme porque sus "contactos" de Suiza le habían comunicado que el Mercedes había sido entregado sin la más leve raspadura.

En Alemania permanecí alrededor de tres meses —algo más de tres, en realidad— y durante ese lapso conduje automóviles a diversos lugares; pero, con sinceridad, no entendía mi tarea, no sabía por qué llevaba esos coches. No obstante, como me sobraba muchísimo tiempo, lo aproveché bien adquiriendo una serie de libros con el fin de estudiar motores marinos y ponerme al tanto de las funciones del maquinista naval. Además, concurrí a museos navales donde pude observar modelos de barcos y de motores; de manera que, al cabo de aquellos tres meses, me sentí perfectamente en condiciones de aplicar también mis conocimientos de ingeniería a los motores marinos.

Cierto día mi patrono me condujo a un aeródromo abandonado. Nos detuvimos frente a un hangar en desuso, cuyas puertas se apresuraron a abrir algunos individuos, y entonces pude ver en el interior un artefacto realmente misterioso, al parecer de barras de metal amarillas, con ocho ruedas y una pala, por cierto inmensa, en un rincón. En el extremo opuesto se hallaba una pequeña cabina, toda de vidrio, para el conductor.

—¿Podría llevar esto a Verdún? —me preguntó mi empleador.

—No veo por qué no —repuse—. Tiene motor y ruedas, de modo que se lo puede manejar.

Uno de los mecánicos me indicó entonces cómo hacerlo arrancar y cómo conducirlo, y en seguida me puse a practicar de un lado a otro de la pista de aterrizaje abandonada. A poco se presentó presuroso en el campo un solícito policía para avisar que aquel artefacto sólo podía circular por la noche y que en la parte trasera debía ir un hombre para atender el tráfico. De manera, pues, que continué practicando mientras buscaban a ese otro hombre. Finalmente, persuadido ya de que sabía cómo hacer andar aquella máquina y, lo que es más importante, cómo hacer para detenerla, mi guardia y yo partimos hacia Verdún. Como a causa de las normas camineras de Alemania y Francia no podíamos transitar sino por la noche y a no más de treinta kilómetros por

hora, la travesía resultó lenta. Tuve tiempo, en consecuencia, de contemplar el panorama, de ver los campos arrasados, restos calcinados de tanques, aviones y armamentos, y casas en ruinas, de algunas de las cuales sólo quedaba en pie una pared. "La guerra", pensé. "¡Qué absurdo es que el ser humano trate así al ser humano! Bastaría con que la gente siguiera nuestros preceptos para que no hubiera guerras. Nuestra norma es ésta: 'Procede con los demás como quisieras que los demás procedieran contigo', norma que podría realmente evitar las contiendas."

No obstante, también vi algunos paisajes muy agradables; pero no era para admirar el panorama para lo cual me pagaban, sino para que llevara con cuidado aquel ruidoso armatoste a Verdún.

Arribamos por fin a esa ciudad, y por la mañana temprano, antes de que hubiese mucho tráfico, entré en un inmenso patio de argamasa donde ya nos estaban esperando. Allí, un francés de aspecto muy torvo, que parecía más bien fuerte, vino a mi encuentro y me dijo:

—¡Vamos! ¡Llévese esto a Metz!

—No —le contesté—. Me han pagado para que lo trajera aquí y no haré otra cosa.

Sorprendido y aterrorizado vi que extraía entonces una de esas temibles navajas de resorte que con sólo apretarles un botón salta la hoja y queda trabada en su sitio. En seguida, pues, cuchillo en mano, se dirigió hacia mí; pero yo, que había recibido un buen adiestramiento, no estaba dispuesto a permitir que ningún francés me acuchillara, de manera que le propiné un pequeño golpe de karate que dio con él en tierra, de espaldas, con un estrépito formidable, y la navaja se le escapó de la mano. Durante unos terribles instantes permaneció allí aturdido hasta que al fin, con un bramido de rabia, se incorporó de un salto, pero con tanta rapidez que sus pies se pusieron en movimiento antes de haber tocado el suelo, y se lanzó hacia un galpón de donde salió con una de esas barras de acero de un metro que se usan para abrir embalajes. Entonces se abalanzó hacia mí con la inten-

ción de darme con la barra en la espalda, pero yo me eché de rodillas y, luego de asirlo de una pierna, se la torcí. La torcedura resultó ser algo más fuerte de lo que yo me proponía, pues su pierna se quebró a la altura de la rodilla con un gran crujido.

Lo menos que yo esperaba era que la policía me detuviera. Por lo contrario, los empleados de ese individuo me vitorearon sin reservas. En ese momento llegó un coche policial con agentes de aspecto muy ceñudo, por cierto y, cuando les refirieron lo que había sucedido, se unieron a los aplausos y, con gran asombro de mi parte, me llevaron para agasajarme con una comida.

Después me buscaron alojamiento y, cuando ya me hallaba instalado, se presentó un hombre que dijo estar informado acerca de mí y me preguntó si quería otro trabajo. Yo, por supuesto, asentí; de manera que me condujo a un café donde me encontré con dos señoras ancianas que evidentemente me estaban aguardando. Eran dos damas viejas y por demás autoritarias, que no hacían más que decir "mi hombre" hasta que les repliqué que yo no era su hombre, puesto que en realidad no quería saber nada de ellas. Entonces, una de las mujeres prorrumpió en una risa sin reservas y dijo que en verdad admiraba al hombre de humor.

Lo que deseaban era que las llevara en un auto flamante a París. Por mi parte, yo estaba totalmente dispuesto a hacerlo, puesto que lo que quería era también ir allí; de suerte que acepté llevarlas, aun cuando se estableció el requisito de que debería conducir a no más de cincuenta y cinco kilómetros por hora. Eso, para mí, no constituía inconveniente alguno, como que acababa de viajar desde Ludwigshafen a treinta por hora.

Trasladé sin ningún tropiezo a las dos mujeres a París; una vez allí me abonaron el viaje con generosidad y se deshicieron en elogios por mi manera de conducir. Inclusive me ofrecieron tomarme a su servicio porque, según me dijeron, les agradaba tener un chofer con sentido del humor; pero no era eso lo que yo deseaba. Aún debía realizar mi tarea y no era cuestión de pensar mucho en

llevar ancianas de un lado a otro a cincuenta y cinco kilómetros por hora. Así pues, rechacé el ofrecimiento y me marché en procura de otro trabajo.

Como en el lugar donde había dejado el automóvil de aquellas ancianas me habían hablado de otra ocupación, me dirigí allí y llegué en el preciso momento en que arribaba una ambulancia. Me quedé afuera esperando a que acabase la agitación y, cuando pregunté a un individuo qué era lo que ocurría, me explicó que un hombre que desempeñaba una importante función llevando muebles a Caen se había fracturado una pierna de resultas de una caída y que estaba preocupado porque, de no ir él o no encontrar remplazante, podía perder su trabajo. De manera que, en el instante en que sacaban al hombre aquel en camilla, me acerqué presuroso a él y le dije que yo podía hacerme cargo de su trabajo. Como los camilleros se detuvieron un instante mientras hablábamos, le dije que yo quería ir a esa ciudad, de manera que si él hacía los arreglos pertinentes podía cobrar el viaje y yo me ocuparía del trasporte. Me miró muy contento a pesar del dolor que sentía en la pierna, y me dijo que me enviaría un mensaje desde el hospital, luego de lo cual lo cargaron en la ambulancia y se lo llevaron.

Tomé una habitación en un albergue y, ya entrada la noche, vino a verme un amigo del acarreador, quien me dijo que el trabajo era mío si estaba dispuesto a ir a Caen y ayudar a descargar los muebles y cargar otros. Según me dijo, aquel hombre había aceptado mi oferta de cobrar él el dinero y hacer yo el trabajo.

Al día siguiente sin falta, pues, debía partir de nuevo. Teníamos que ir a una de las grandes residencias de París y cargar aquel enorme camión. Así lo hicimos, en consecuencia, entre el jardinero de la finca y yo, puesto que el chófer era por demás holgazán y presentó excusa tras excusa para no hacerlo. Por último, el camión quedó cargado y partimos. Apenas habíamos andado dos kilómetros, o quizá menos, cuando el conductor detuvo la marcha y dijo: "Ahora hágase cargo usted de la dirección. Quiero dormir un rato". Cambiamos entonces de

puesto y durante toda la noche manejé yo. Por la mañana llegamos a Caen y en seguida me dirigí a la finca donde debía descargar los muebles y el equipaje. Una vez más, la descarga tuvimos que efectuarla entre un criado de la casa y yo, puesto que el conductor adujo que tenía que ir no sé a dónde por asuntos de negocios.

Muy entrada ya la tarde, cuando todo el trabajo estaba hecho, apareció el chófer y me anunció: "Ahora debemos ir a cargar otras cosas". Me senté al volante y me dirigí a la estación ferroviaria principal. Una vez allí me apeé, tomé mis pertenencias y le dije: "Me he pasado todo el tiempo trabajando. Ahora, para variar, trabaje un poco usted". Dicho esto me dirigí a la estación y tomé un pasaje para Cherburgo.

Cuando llegué, estuve deambulando un rato hasta que al cabo tomé un cuarto en los hospedajes para marineros de la zona portuaria. Entonces me propuse a toda costa hablar con cuantos maquinistas navales pudiese y tratar de resultarles agradable de modo que, con un poco de insistencia de mi parte, tuve algunas oportunidades de visitar las salas de máquinas de los barcos y recibir muchísimas indicaciones y consejos de ésos que no son fáciles de obtener por medio de los libros de texto.

Día tras día fui con "mis" documentos a ver a los consignatarios de buques con el propósito de conseguir una plaza de segundo maquinista en algún barco que se dirigiese a los Estados Unidos. Para ello les decía que había llegado a Europa de vacaciones y que me habían robado el dinero, por lo cual me veía precisado a pagar con trabajo mi viaje de regreso. Esto suscitó muchas expresiones de solidaridad, hasta que al fin un viejo maquinista escocés me dijo que podía ofrecerme trabajo como tercer maquinista y zarpar esa noche rumbo a Nueva York.

Fui con él a bordo y, luego de bajar a la sala de máquinas por las escaleras de hierro, comenzó a formularme muchas preguntas acerca del funcionamiento de los motores y de la manera de llevar los registros y los servicios. Al fin se dio enteramente por satisfecho y me

dijo: "Vamos arriba, a las instalaciones del capitán, a firmar el compromiso de embarque".

Cuando subimos y vi al capitán tuve la impresión de que era un tipo torvo; no me gustó en absoluto y yo tampoco le agradé. No obstante, firmamos el compromiso y a continuación el primer maquinista me dijo: "Traiga su equipaje a bordo. Se hará cargo del primer servicio; zarpamos esta noche". Y eso fue todo. Así, muy probablemente por vez primera en la historia, un lama del Tíbet, y médico por añadidura, haciéndose pasar por ciudadano norteamericano, consiguió trabajo como tercer maquinista a bordo de un barco estadounidense.

Durante ocho horas permanecí de guardia en la sala de máquinas. Como el segundo maquinista estaba franco de servicio y el primero debía ocuparse de la tarea de abandonar el puerto, tuve que ir de inmediato a cubrir mi puesto sin probar bocado ni ponerme siquiera el uniforme. Con todo, un turno de ocho horas en puerto fue para mí una bendición, me permitió acostumbrarme al lugar y estudiar los controles; de suerte que, en vez de mostrarme disconforme y molesto con eso —como el jefe suponía—, me sentí bien contento.

Cumplidas las ocho horas, el maquinista principal bajó con estrépito por las escaleras de hierro y vino a relevarme formalmente diciéndome que me fuera y comiese bastante, puesto que —según comentó— tenía aspecto de famélico. "Y no se olvide de decirle al cocinero que mande cacao para mí", me ordenó.

Aquél no era en modo alguno un barco agradable. Tanto el capitán como el primer oficial pensaban que lo que tenían a su cargo era un buque de primera clase y no un viejo y mísero carguero, de manera que insistían en que se usase uniforme y en inspeccionar nuestros camarotes, cosa no corriente en los barcos. No, por cierto no era un barco agradable. Sin embargo, entre crujidos atravesamos el océano, balanceándonos y cimbrando a capricho del tiempo del Atlántico Norte, hasta que al fin llegamos al faro y nos aproximamos al puerto de Nueva York.

Era por la mañana temprano y las torres de Manhattan parecían encendidas con sus reflejos luminosos. Hasta ese momento yo no había visto jamás nada semejante: al llegar desde el mar, las torres se veían enhiestas como producto de una imaginación febril. Navegamos por el Hudson, pasamos por debajo de un gran puente y allí pude ver la mundialmente famosa estatua de la Libertad; pero con asombro noté que ésta le daba la espalda a Nueva York, a los Estados Unidos, y eso me chocó. Por cierto —pensé—, a menos que este país estuviese por abarcarlo todo, la Libertad debería estar dentro de su territorio.

Después de llegar al amarradero arrastrados por unos pequeños remolcadores con una gran letra M en la chimenea, comenzó el rugir de motores, arribaron unos enormes camiones y las grúas se pusieron a trabajar no bien subió a bordo una dotación portuaria. Entonces se me acercó el maquinista principal y me pidió que firmara el contrato, para lo cual me ofreció ascenderme a segundo maquinista. Pero le dije que no, que ya estaba harto de aquel barco, como que algunos de los oficiales de a bordo habían sido en verdad un hato de gente desagradable. Así pues, nos dirigimos a la oficina de embarques para firmar mi renuncia, y a continuación me entregó un certificado de servicios estupendo donde constaba que había demostrado gran contracción al deber y que era competente en todos los menesteres del trabajo correspondiente a la sala de máquinas. Añadió, por otra parte, una nota especial donde decía que me había invitado a alistarme de nuevo con él en cualquier momento y en el barco que fuese, porque —así lo asentó— yo era un "gran camarada de a bordo".

Muy emocionado, pues, por aquella despedida del maquinista principal, y con mis pesados bultos a cuestas, me alejé de los muelles. El estrépito del tránsito era tremendo; a los gritos de la gente se sumaban los de los agentes de policía, lo cual hacía que todo pareciese un verdadero desbarajuste. Lo primero que hice fue dirigirme a un hotel para la marina —aunque, con más precisión, podría

decirse que se trataba de un alojamiento de marineros— donde una vez más no encontré signo alguno de hospitalidad, ningún asomo de amistad, sino —para mí— sólo un trato común y corriente. Tanto que, cuando le agradecí al individuo que me entregaba la llave de la habitación, éste refunfuñó como respuesta: "No me lo agradezca. Cumplo con mi trabajo y nada más".

Lo más que uno podía quedarse en ese hotel eran veinticuatro horas, y cuarenta y ocho en caso de que estuviese por enrolarse en otro barco. De manera que al día siguiente volví a cargar mis bártulos, bajé en el ascensor, le pagué al insolente empleado de la conserjería y me largué a la calle.

Ya afuera me conduje con mucho tiento porque, francamente, estaba muy atemorizado por el tránsito. Con todo, en aquel momento hubo un espantoso alboroto: las bocinas de los autos comenzaron a sonar al tiempo que un agente hacía oír su silbato, y, de pronto, una cosa enorme se precipitó sobre la acera, me golpeó y me hizo caer al suelo. Sentí que los huesos se me quebraban. Un coche, cuyo conductor se hallaba bajo los efectos de la bebida, había aparecido a contramano por la calle y, en un último esfuerzo por evitar la colisión con un camión de reparto, subió a la acera y me había derribado.

Mucho después, cuando volví en mí, me encontré en un hospital. Tenía el brazo izquierdo, cuatro costillas y ambos pies fracturados. Entonces se presentó la policía con el propósito de averiguar todo lo posible acerca del conductor de aquel automóvil, ¡como si yo fuese íntimo amigo de él! Por mi parte, yo les pregunté respecto de mis dos maletas, a lo cual respondieron con la mayor frescura: " ¡Oh! No bien cayó usted al suelo, y antes de que la policía pudiese llegar a donde usted estaba, salió un tipo de una puerta, agarró sus cosas y echó a correr. No tuvimos tiempo de ocuparnos de él, puesto que debíamos sacarlo a usted de la acera porque estaba obstruyendo el paso".

Mi vida en el hospital tuvo sus complicaciones. A causa de las fracturas de las costillas contraje neumonía

doble y debí permanecer nueve semanas en aquel establecimiento, recuperándome muy lentamente. El aire de Nueva York no era en absoluto como aquél al que estaba acostumbrado y, además, todo el mundo mantenía cerradas las ventanas y la calefacción en funcionamiento. Así pues, realmente me parecía que iba a morir de sofocación.

Al fin mejoré lo suficiente como para levantarme, pero después de nueve semanas en cama me sentía extremadamente débil. Vino entonces a verme una empleada del hospital. . . ¡para hablar conmigo acerca del pago!

—Hemos encontrado doscientos sesenta dólares en su cartera —me dijo—, de los cuales tendremos que tomar doscientos cincuenta por su estada aquí. Por ley debemos dejarle diez, pero tendrá usted que abonar el resto —agregó—, y me presentó una cuenta por más de mil dólares.

Escandalizado, me quejé a un hombre que había entrado después de ella y que, al parecer, era un antiguo funcionario. Este se encogió de hombros y replicó:

—Pues bien; tendrá que entablar demanda contra el hombre que lo atropelló. Nosotros no tenemos nada que ver.

Eso, para mí, fue el colmo del absurdo, porque ¿cómo podía hacer yo para buscar a aquel individuo cuando ni siquiera lo había visto? Como le dije, yo tenía más dinero en mis maletas; pero todo cuanto me respondió fue:

—Bien; entonces atrape a ese sujeto y haga que le devuelva su equipaje.

¡Atrapar a aquel hombre, después de nueve semanas en el hospital y cuando, por lo visto, ni la policía había podido hacer nada para capturarlo! Me sentía en el colmo de la indignación, pero todavía iba a sentir más furia cuando ese hombre —el antiguo funcionario— me mostró un papel y me dijo:

—Ahora deberá dejar el hospital, puesto que carece de dinero para continuar el tratamiento. No podemos hacernos cargo de los extranjeros, a menos que puedan pagar.

¡Firme aquí!

Pasmado, me quedé mirándolo. Eso tenía que ocurrirme a mí: el primer día que me levantaba, después de pasar nueve semanas en cama, después de haberme roto los huesos y de tener neumonía doble, me echaban del hospital. No había conmiseración alguna, ninguna comprensión, sino que, por lo contrario, literalmente me arrojaban —y bien que literalmente, como lo digo—; todo cuanto tenía era el traje que llevaba puesto y un billete de diez dólares.

Ya en la calle le expliqué a un hombre mi problema y éste movió el pulgar en dirección de una agencia de colocaciones. Me dirigí entonces hacia el lugar señalado, donde tuve que subir infinidad de escaleras; al fin conseguí trabajo en un hotel por cierto muy conocido, tan famoso que es probable que casi nadie en el mundo haya oído hablar de él. El trabajo: lavar platos; la paga: veinte dólares por semana y una comida, y esa única comida diaria no tan buena como la que se les servía a los pensionistas, sino los desperdicios que éstos dejaban o lo que no se consideraba propio de ser servido. Por veinte dólares semanales no me era posible conseguir habitación, de modo que renuncié y opté por guarecerme dondequiera que me encontrase, durmiendo unas veces en un umbral y otras debajo de un puente o de una arcada, y sintiendo cada tanto el puntazo que en las costillas me daba con su vara algún agente de policía, y una voz rezongona ordenaba que me marchase y circulara.

Al fin, por un golpe de buena suerte, conseguí trabajo en una estación de radio, donde me desempeñé como locutor y tuve ocasión de hablar a todo el mundo por onda corta. Cumplí esas funciones durante seis meses y, en el ínterin, recibí de Shanghai los documentos y pertenencias que había dejado en poder de unos amigos, y entre los cuales se hallaba un pasaporte expedido por las autoridades británicas.

No obstante, comencé a sentir que estaba perdiendo el tiempo como locutor de radio, pues tenía una misión que cumplir y todo cuanto percibía eran ciento diez

dólares por semana, lo cual significaba, empero, un gran adelanto comparado con aquellos veinte dólares semanales y una comida diaria. Con todo, resolví irme. Así pues, le di a la radio el tiempo necesario para que buscase un remplazante y, después de prepararlo durante un par de semanas, me fui.

Por fortuna encontré un anuncio por el cual se ofrecía trabajo a choferes, de manera que me presenté y me dieron a conducir un automóvil hasta Seattle. No vale la pena referir aquí las peripecias del viaje, pero baste decir que llegué bien a ese lugar y recibí una sobrepaga por manejar con cuidado y entregar el coche sin una sola raspadura.

Después de esto me las compuse para llegar al Canadá.

Y así concluye el Libro Segundo,

La primera época

LIBRO TERCERO

El Libro de los cambios

"No hagas que tus aflicciones perturben a aquellos que se han ido de este Mundo de los Hombres."

"No invoques nombres, porque invocar a aquellos que han pasado allende este reino es perturbar su paz."

"Por eso es que aquéllos a quienes se llora padecen profundamente por aquéllos que lloran."

"Haz que haya paz."

Además, es de buen tino la Ley de la Injuria siendo lo que es.
Por lo cual os digo:
No han de proferirse nombres.

PAX VOBISCUM

CAPITULO VII

Poco importa explicar cómo atravesé el Canadá, la marcha por las Montañas Rocosas y el trayecto hacia Winnipeg, Thunder May, Montreal y la ciudad de Quebec. Miles, quizá decenas de miles de personas lo han hecho. No obstante, pasé por ciertas experiencias inusuales acerca de las cuales, podría escribir, si bien no es éste el momento de hacerlo.

Durante mi travesía por el Canadá sentí el impulso de dirigirme a Inglaterra. Estaba persuadido de que la tarea que aún debía realizar comenzaría allí, en aquel pequeño lugar que sólo había visto a la distancia, desde la tronera de un barco que zarpaba a Cherburgo y cruzaba el Canal de la Mancha antes de poner proa rumbo a los Estados Unidos.

En Quebec efectué algunas averiguaciones y me ingenié para conseguir toda la documentación necesaria: pasaporte, libreta de trabajo y todo lo demás. Inclusive me las compuse para obtener un carné del Sindicato de Trabajadores Marítimos, pero tampoco tiene importancia que me detenga en detalles respecto de cómo logré todas esas cosas. Ya en otras oportunidades he dicho que el estúpido sistema de expedientes de los burócratas sólo sirve para entorpecer a la gente que obtiene sus documentos de manera legal. En mi caso particular puedo afirmar rotundamente que las únicas veces que tuve algún inconveniente para entrar en un país fue cuando mi documentación estaba en regla. Aquí, en Canadá, cuando podía moverme mejor y viajar a los Estados Unidos, siempre había algún tropiezo con mis documentos, siempre había

algo que estaba mal, algo para que algún funcionario de Inmigración pusiera reparos. O sea que los burócratas son parásitos a los cuales habría que eliminar como piojos. ¡Vaya, que sería una buena idea! ¿no es cierto?

Retorné, pues, a Montreal y una vez allí, con mis papeles perfectamente en regla, me enrolé en un barco como marinero. El sueldo no era de maravilla, pero lo que a mí me guiaba era el deseo de ir a Inglaterra; y como no tenía dinero para adquirir un pasaje, cualquiera que fuese la paga era mejor que nada.

El trabajo no fue muy duro, pues meramente consistía en redistribuir la carga y meter cuñas en los soportes. A poco nos encontramos ya navegando por el Canal de la Mancha, y no mucho después nos internamos en el Solent, camino de Southampton. Como a la sazón me encontraba franco de servicio, pude sentarme en la popa y contemplar el panorama de Inglaterra, que me atrajo muchísimo. Aquel cuadro me parecía de un verde insuperable —todavía no había visto Irlanda, cuyo paisaje es, con mucho, más imponente y, en consecuencia, me sentía profundamente extasiado.

El Hospital Militar de Netley me intrigó mucho. Desde el agua me había parecido una residencia real o de alguien de categoría semejante, pero uno de los tripulantes se echó a reír estruendosamente y al punto me aclaró que aquello no era más que un hospital.

Seguimos hasta pasar por Woolston, a la derecha, y por Southampton, a la izquierda. En la primera me interesó ver la base de los superhidroaviones navales que por entonces alcanzaban muchísima nombradía en el Lejano Oriente.

En Southampton, donde en seguida atracamos, subieron a bordo algunos funcionarios con el fin de revisar la documentación de la nave e inspeccionar las instalaciones de la tripulación, y por último nos concedieron permiso para desembarcar. Estaba ya a punto de marcharme cuando me llamaron de Inmigración para efectuar un nuevo trámite; el empleado examinó mis documentos y se mostró muy cordial y complacido cuando, al preguntarme

"¿Cuánto va a quedarse? ", le repuse: "Voy a vivir aquí, señor". Estampó entonces los sellos pertinentes en mi pasaporte y me dio la dirección de algunos albergues para marineros.

Abandoné la oficina de Inmigración y por un momento me detuve para echar una última mirada al vetusto carguero en el cual había arribado al Viejo Mundo procedente del Nuevo. En ese instante pasó un funcionario de la Aduana, con una sonrisa en el rostro y entonces, de improviso, sentí un golpe mayúsculo en la espalda y fui trastrabillando contra una pared al tiempo que mis dos maletas rodaban por el suelo.

Me rehice de mi aturdimiento y al volverme vi a un hombre sentado a mis pies: era un alto funcionario de la Aduana que se dirigía a toda prisa a su trabajo y había calculado mal la distancia para entrar por la puerta. Me acerqué a él, pues, para ayudarlo a levantarse, pero al extenderle las manos me las golpeó en un arranque de furor. Retrocedí muy sorprendido, como que el accidente no se había producido por mi culpa, puesto que yo no había hecho más que estar allí de pie, tranquilamente. Recogía mis valijas para marcharme, cuando me gritó que me detuviera y, sin más ni más, llamó a dos guardias para que me prendiesen. Entonces se acercó presuroso el empleado de aduana que antes me había atendido en la oficina, y dijo: "Está todo bien, señor; todo bien. Su documentación se halla perfectamente en regla". El rostro del alto funcionario pareció nublarse de ira y nadie agregó palabra. Entonces, a una orden suya, me condujeron a un cuarto donde abrieron mis maletas y echaron todo en el suelo. Como nada anormal pudo encontrar entre mis cosas, me pidió el pasaporte y los demás papeles. Se los di y comenzó entonces a hojearlos hasta que por último refunfuñó que yo tenía un visado y un permiso de trabajo y que no necesitaba ninguno de los dos. Dicho esto rompió mi pasaporte y lo arrojó en el canasto. Sin embargo, de pronto se detuvo, recogió todos los papeles y se los metió en el bolsillo para hacerlos desaparecer, supongo, en otra parte.

Después hizo sonar un timbre y en seguida llegaron dos hombres de una oficina externa.

—Este hombre no tiene documentos —les manifestó—, de manera que hay que deportarlo.

—Pero. . . —intervino el empleado que había sellado mi documentación—, yo los he visto. . . yo mismo los sellé.

Entonces el jefe se volvió hacia él furibundo y le espetó tales cosas que aquel pobre hombre se puso pálido. Luego me llevaron a una celda y allí me dejaron.

Al día siguiente vino a verme un joven bobalicón y sonriente del Ministerio de Relaciones Exteriores; acarició su cara de lechuguino y me dio la razón en cuanto a que yo hubiese tenido los documentos pertinentes; no obstante eso, me dijo, el Ministerio no podía tener entredichos con la Oficina de Inmigración, de manera que debía ir al sacrificio. Lo mejor que podía hacer, expresó, era reconocer que había extraviado mis documentos a bordo, porque de lo contrario me mandarían a la cárcel por un buen tiempo y, de todos modos, al finalizar la condena me deportarían. Dos años de prisión era algo que me desagradaba en extremo, de manera que tuve que firmar una declaración donde confirmaba haber perdido mi pasaporte en el mar.

"Ahora será deportado a Nueva York", me dijo el mozo; pero eso excedía mis cálculos, puesto que yo había salido de Montreal y luego de Quebec. La respuesta fue inmediata: debía dirigirme a Nueva York porque, si iba a la provincia de Quebec y narraba lo sucedido, la prensa podía echar mano de eso y desatar un escándalo, puesto que el periodismo estaba siempre ávido de todo lo sensacional. . . no para hacerle bien a nadie, sino tan sólo porque la prensa medraba —y medra— con lo sensacional y el enredo.

Me encerraron en un calabozo durante un tiempo hasta que al cabo, cierto día, me anunciaron que al siguiente sería deportado. Cuando por la mañana me sacaron de la celda, allí estaba aquel alto funcionario, radiante de gozo, porque por insignificante burócrata que fuese había logrado subvertir la justicia con arreglo a sus

deseos.

Por la tarde me llevaron al barco y me comunicaron que me obligaban a trabajar y que mi tarea sería la más pesada de a bordo: echar carbón en los depósitos de uno de los más viejos quemadores.

Sin embargo, volvieron a conducirme al calabozo porque el barco no estaba aún preparado para zarpar y el capitán no podía aceptarme a bordo hasta una hora antes de la partida. Veinticuatro horas después me condujeron nuevamente al barco y me encerraron en un pequeño compartimiento donde debí permanecer hasta que la nave hubo traspuesto los límites territoriales.

Al rato me sacaron de la celda —porque eso era aquel reducido compartimiento— y entonces me dieron una pala y un rastrillo estropeados y me ordenaron quitar la escoria.

De este modo realicé la travesía del Atlántico, de regreso a Nueva York. Cuando una mañana divisamos tierra, el capitán me mandó a llamar y me habló a solas. Me dijo que reconocía que había sido tratado injustamente; pero también me manifestó que la policía subiría a bordo para arrestarme, que me condenarían por entrar en forma ilegal en los Estados Unidos y que después de cumplir la sentencia sería deportado a China. Miró en torno de él y se dirigió a un cajón de su escritorio.

—Un hombre como usted —me dijo— puede escapar con facilidad si lo desea. El mayor inconveniente son las esposas; aquí tengo una llave que sirve para las que se usan en los Estados Unidos. Voy a volverme de espaldas para que usted pueda tomarla porque, como comprenderá, no puedo entregársela yo. En cambio, si usted se apodera de ella... yo no tengo por qué darme cuenta de nada.

Dicho esto se volvió y yo, ni corto ni perezoso, me metí la llave en el bolsillo.

Aquel capitán era un hombre muy honesto, a no dudar. Cuando la policía norteamericana subió a bordo haciendo sonar las esposas, les manifestó que yo no era persona de causar trastornos de ninguna especie y que,

en su opinión, no era culpable de nada, sino que todo había sido urdido por un infame funcionario de Inmigración.

El más antiguo de los policías rió con cinismo y dijo que estaba totalmente de acuerdo, que todo hombre cae siempre en las maquinaciones de alguien, dicho lo cual me cerró de golpe las esposas en las muñecas y me dio un fuerte empujón hacia la escala de cuerdas, es decir, hacia la que usan los pilotos y la policía para abordar y dejar un barco cuando éste se halla todavía en el mar.

Con alguna dificultad conseguí descender por la escala —pese a los policías, que estaban convencidos de que me iba a caer y ellos tendrían que sacarme del agua— y, una vez a bordo de la lancha, me enviaron de un violento empujón hacia la popa. Luego, ambos se dedicaron a la tarea de preparar un informe y pusieron la embarcación rumbo a la costa.

Yo esperaba la oportunidad de que los muelles estuvieran cerca; entonces, en un momento en que los policías no miraban hacia donde yo estaba, de un salto me arrojé por la borda.

El agua estaba hecha una calamidad. En la superficie flotaba una tenue espuma de petróleo y suciedad —suciedad ésta formada por las inmundicias que echaban los barcos surtos allí y por la que salía de los diques—, y por todas partes se veían diarios, cajas, pedacitos de coque y trozos de madera de toda clase. Me zambullí profundamente y busqué la llave para abrir las esposas, hecho lo cual las dejé caer al fondo del agua.

Tuve que subir en procura de aire pero, no bien afloré a la superficie, sentí una descarga cerrada muy cerca de mí, tan cerca que uno de los proyectiles me salpicó agua en la cara. Tomé aire rápidamente y me sumergí otra vez para dirigirme no ya a los pilares del muelle más cercano, sino a otro algo más distante, con la idea de que la policía estaría esperando que nadase hacia el más próximo.

Poco a poco me dejé llevar hacia la superficie hasta que sólo la boca y el mentón asomaron fuera del agua, y

entonces volví a respirar profundamente, varias veces en esa oportunidad. No hubo disparos, entonces, pero alcancé a divisar apenas la lancha de la policía en el momento en que pasaba frente al desembarcadero más cercano.

Volví a sumergirme con todo sigilo y nadé lentamente, a fin de mantener mi reserva de aire, hasta el muelle.

De pronto sentí que me daba un topetazo e instintivamente saqué las manos y me así de algo contra lo que había dado mi cabeza: se trataba de una masa de maderas semihundidas que evidentemente habían caído del muelle medio en ruinas que se erguía encima de mí. Me aferré, pues, a aquel maderamen, dejando tan sólo la cara fuera del agua. Después, como no percibía ruido alguno, me incorporé cautelosamente y a la distancia pude ver la lancha de la policía que, junto con otras dos, se hallaban acechando debajo de la vigas del otro muelle. Entre tanto, sobre éste se movían de un lado a otro algunos policías armados, revisando los diversos edificios.

Permanecí inmóvil porque de improviso apareció un bote con tres policías que remaban silenciosamente; uno de ellos llevaba un par de prismáticos con los que escudriñaba todos los muelles del sector. Lentamente me deslicé entonces del envigado y me hundí en el agua de manera que sólo la nariz y la boca asomaran en la superficie. Al cabo de un rato levanté un poco la cabeza; el bote se hallaba ya a un buen trecho de mí, y mientras miraba oí gritar: "Para mí que ese tipo ya debe de estar tieso; después tendremos que extraer su cadáver".

Me eché de nuevo sobre el envigado y entonces me di cuenta de que temblaba de manera incontenible a causa del frío que me comunicaban mis ropas empapadas y del fuerte viento.

Cuando ya empezaba a oscurecer logré encaramarme sobre el muelle y en seguida eché a correr para ocultarme en un cobertizo. En ese momento se aproximaba un hombre —un marinero hindú, como pude advertir— y, como por su aspecto inspiraba mucha confianza, lo llamé con un silbido imperceptible. Dio entonces unos pasos con aire despreocupado y, como si no tuviese nada que

hacer, se acercó a mi escondite, se agachó a recoger unos papeles que se hallaban diseminados por el suelo, y me dijo:

—Salga con cuidado: un negro lo espera con un camión para sacarlo de todo esto.

En aquel momento lo hizo; pero yo me encontraba por cierto en un estado calamitoso a causa del agotamiento y la prolongada mojadura.

Me introduje en el camión recolector de desperdicios y, una vez en él, me echaron encima una lona sobre la cual descargaron gran cantidad de basura. Entonces el moreno me condujo a su casa, donde fui bien cuidado; pero durante dos días con sus noches dormí el sueño de quien se halla exhausto.

Durante mi postración, mientras mi cuerpo material se recuperaba, realicé un viaje astral y vi a mi querido Guía y amigo —el lama Mingyar Dondup—, quien me dijo:

—Tus sufrimientos han sido verdaderamente grandes, demasiado grandes y representan el fruto amargo de la falta de humanidad del hombre con el hombre. Tu cuerpo está al borde de la consunción y pronto tendrás que someterte a la ceremonia de la trasmigración. —En el mundo astral, tanto mi compañero como yo nos hallábamos sentados. Pero me dijo más todavía—. Tu actual cuerpo se encuentra en un estado de quebrantamiento, de modo que su vida no ha de durar mucho más. Como temíamos que las circunstancias no variarían en ese salvaje mundo occidental —más aún, que empeorarían—, nos hemos ocupado por encontrar un cuerpo que tú pudieras tomar y que, andando el tiempo, adquiriese todas las características que te son propias. Y hemos visto que tal persona existe: su cuerpo está en un bajísimo armónico del tuyo. De otro modo, por supuesto, no podría llevarse a cabo el cambio. Los cuerpos deben ser compatibles, y el de esa persona lo es. Nos hemos puesto en contacto con él en el astral porque vimos que estaba pensando en suicidarse. Se trata de un joven inglés sumamente insatisfecho de la vida, que no se siente en absoluto feliz con vivir y desde hace cierto tiempo trata de encontrar la

forma menos dolorosa de "autodestrucción", como él la llama. Está totalmente dispuesto a abandonar su cuerpo y a viajar aquí, al mundo astral, ¡siempre que con ello no pierda! Hace poco lo hemos persuadido de que cambiase su nombre por el que ahora usas tú, de manera que sólo quedan una pocas cosas más por arreglar y después. . . Pues bien, que tendréis que cambiar vuestros cuerpos.

Era muy, pero muy necesario —me dijo—, que regresara al Tíbet antes de someterme al imprescindible proceso de la trasmigración. Me dio entonces detalladas instrucciones y así, cuando me sentí lo suficientemente bien, me dirigí a una agencia de viajes y saqué pasaje a Bombay. En esta oportunidad, una vez más, volví a sentirme objeto de toda una serie de persecuciones a causa de que mi equipaje sólo consistía en una valija. Al fin, empero, pude subir a bordo del buque; pero cuando ya estaba en mi camarote se presentaron a verme dos detectives con el propósito de averiguar por qué tenía yo nada más que una maleta. Informados de que en la India disponía de los elementos pertinentes, sonrieron satisfechos y se fueron.

Muy extraño me resultaba ser pasajero a bordo de un barco; todo el mundo me rehuía porque yo era el paria que sólo llevaba una valija por todo equipaje. Los demás, naturalmente, parecían poseer uno como para abastecer a toda una tienda; de manera que yo —que a las claras era el más pobretón— debía de ser un fugitivo de la justicia, o algo parecido, para viajar como lo hacía, razón por la cual me evitaban.

Después de zarpar de Nueva York, el barco recorrió la costa de Africa y pasó por el estrecho de Gibraltar para efectuar una nueva escala en Alejandría y dirigirse posteriormente por el canal de Suez hacia el mar Rojo. Aquí fue terrible pues, a causa del calor extraordinario, poco faltó para que me insolara. Por último pasamos por las costas de Etiopía, atravesamos el mar Arábigo y amarramos en Bombay. El ruido y el olor en esta ciudad eran espantosos, en verdad increíbles; pero yo contaba allí

con algunos amigos —un monje budista y algunas personas de predicamento—, de modo que mi permanencia en ese lugar fue entretenida.

Después de pasar una semana tratando de recuperarme de todas las conmociones y tensiones por las que había atravesado, me pusieron en un tren y en él crucé la India hasta la ciudad de Kalimpong. Sin embargo, antes de entrar propiamente en ésta, me ingenié para arrojarme del convoy, puesto que me habían advertido que el lugar estaba por entero plagado de espías comunistas y de periodistas. Estos últimos detenían a todos los recién llegados para formularles preguntas, y —como más tarde pude corroborar— si no se les concedía una entrevista, la inventaban sin importarles un bledo la verdad.

Yo conocía un poco la ciudad, por cierto lo bastante como para ponerme en contacto con algunos amigos, por lo cual me fue posible eludir a los espías y a los periodistas.

A la sazón mi salud desmejoraba con mucha rapidez y se abrigaban serios temores de que no pudiese vivir lo suficiente para pasar la ceremonia de la trasmigración; de manera que, como en Kalimpong se encontraba un lama que había estudiado conmigo en Chakpori, fue él quien vino en mi auxilio con hierbas de gran poder.

Partí, pues, en compañía de este lama médico y, al cabo de un arduo viaje de diez semanas, llegamos a un lamasterio que daba al valle de Lhasa. Situado a gran altura, inaccesible y de poca notoriedad, los comunistas no se preocupaban por él por considerarlo un pequeño e insignificante lugar. Una vez allí volví a descansar —durante más o menos una semana— hasta que un día me dijeron que al siguiente debía viajar al astral y encontrarme con el cuerpo del hombre cuya envoltura física estaba por tomar.

Por el momento, yo descansaba y meditaba acerca de los problemas de la trasmigración. El cuerpo de aquella persona no me venía del todo bien porque tenía gran cantidad de vibraciones incompatibles con las mías. Entonces me informaron que, a su debido tiempo se adecua-

ría perfectamente al mío, cuando tuviera la misma edad. Como para los occidentales, empero, tal vez éste sea un asunto difícil de creer y entender, permítaseme exponerlo de otra manera. En el mundo occidental se conoce la galvanoplastia y la electrotipia; según este último método, se sumerge algo en determinado fluido, se aplica un conectador del lado opuesto y, si se deja pasar una corriente en la proporción y amperaje adecuados, se obtiene un duplicado exacto del objeto original. Del mismo modo es posible efectuar la galvanoplastia... Puede darse un revestimiento por medio de una diversidad de metales, como níquel, cromo, rodio, cobre, plata, oro, platino, etcétera; todo cuanto hace falta es saber hacerlo. Basta con que la corriente fluya de un polo a otro a través de un líquido para que las moléculas de un polo pasen al otro. Se trata de un procedimiento bastante sencillo... aunque ahora no vamos a ponernos a hacer un tratado de galvanoplastia.

La trasmigración y la sustitución, molécula por molécula, de la "estructura" del huésped por la del... —¿cómo podría decirlo? —, por la del nuevo ocupante, es algo que realmente ocurre y se ha realizado en muchas ocasiones por quienes saben hacerlo. Afortunadamente, éstos han sido siempre individuos de buena índole, puesto que sería algo espantoso que uno se apoderara simplemente del cuerpo de otra persona y le causara un daño. Yo me sentía bastante satisfecho de mí mismo, tal vez en demasía, cuando pensaba que... digamos, que iba a hacer un bien, que no quería apoderarme del cuerpo de nadie, que todo cuanto deseaba era paz. Pero, al parecer, no iba a encontrarla jamás.

Entre paréntesis, y lo digo porque he estudiado todas las religiones, debo señalar que los iniciados realizaron esta experiencia vida tras vida. El propio Dalai Lama lo ha hecho, así como el cuerpo de Jesús fue tomado también por el Espíritu del Hijo de Dios, e inclusive esto llegó a ser de dominio corriente en la religión cristiana hasta que se prohibió porque hacía que la gente estuviese demasiado satisfecha de sí misma.

Desde aquella elevada atalaya del remoto y solitario lamasterio podía mirar la distante ciudad de Lhasa. De algún modo se había podido sacar subrepticiamente del Potala un poderoso telescopio para llevarlo allí, de suerte que uno de mis entretenimientos era utilizarlo para atisbar a los rudos guardias chinos del Pargo Kaling. De ese modo vi cómo las tropas corrían de un lado a otro en sus *jeeps*, así como me enteré de las muchas cosas inenarrables que les hacían a hombres y mujeres; y entonces recordé con enorme espanto que había combatido del lado de los chinos —como muchos otros— y que ahora éstos no se comportaban según sus promesas, según los principios que declaraban poseer. No pensaban más que en la violencia.

Costaba creer, al mirar a través de aquella ventana sin cristales, que ése fuera el mismo Tíbet, la misma Lhasa que yo había conocido. Aquí, el áureo sol aún alcanzaba con sus resplandecientes rayos las hondonadas de las montañas, la argentada luna todavía surcaba las tinieblas del cielo nocturno y las lejanas motitas de colorida luz de las estrellas aún claveteaban la bóveda celeste. Sin embargo, las aves nocturnas ya no cantaban, como antaño, porque los comunistas chinos mataban cuanto tenían a la vista. Horrorizado me di cuenta de que estaban extinguiendo la vida de todas las criaturas que yo tanto amaba. Los pájaros, afirmaban, se comían el grano, lo cual podía hacer que los humanos muriesen de hambre. Pero también mataban a los gatos, de manera que, como me dijeron, ya no quedaba ninguno en Lhasa. En cuanto a los perros, los chinos los mataban y se los comían pues, al parecer constituían para ellos un manjar. O sea que no sólo los desdichados seres humanos estaban condenados a morir a manos de los comunistas chinos, sino también los animales, los mimados de los dioses, a los cuales exterminaban bajo cualquier pretexto. Mi corazón estaba enfermo por todos los horrores que se perpetraban contra el pueblo inofensivo e inocente. Y, mientras contemplaba el cielo del anochecer me sentía transido de emoción, agobiado por la pena. Pero entonces pensé:

también tengo que sobrellevar ésto, pues mucho es lo malo que me han vaticinado. Sólo me falta la fortaleza suficiente para soportar todo cuanto me han pronosticado.

Durante cierto tiempo tuve la oscura sensación que había mucho movimiento, de percibir una atmósfera de expectativa, y mi atención se dirigía constantemente hacia Lhasa. El telescopio era estupendo, pero resultaba engorroso mirar a través del vano de la ventana con un aparato de difícil manejo, de manera que opté por un par de prismáticos de veinte aumentos que también trajeron y que permitían mayor maniobrabilidad para enfoques superiores al ángulo que se podía abarcar con el telescopio en la ventana.

De pronto distrajo mi atención la entrada de tres hombres, dos de los cuales sostenían entre sí a un tercero. Me volví y miré a éste con horror: estaba ciego, pues le habían arrancado los ojos y tenía las cuencas al rojo vivo. Además, le faltaba la nariz. Los dos hombres que lo traían lo ayudaron a sentarse suavemente y entonces advertí, paralizado de espanto, que era alguien a quien ya conocía, alguien que me había ayudado cuando estudiaba en Chakpori. Los dos asistentes hicieron una reverencia y se retiraron. Entonces, cuando quedamos frente a frente, el lama me habló en voz baja:

—Hermano —me dijo—; bien que adivino tus pensamientos. Sé que te preguntas cómo me encuentro en semejante estado. Te lo diré. Me hallaba afuera en horas permitidas cuando se me ocurrió mirar la Montaña de Hierro. De repente, un oficial chino, comunista, se levantó del asiento del coche donde estaba y me acusó de clavarle la mirada y de abrigar malas intenciones hacia él. Yo negué el cargo, naturalmente, puesto que no era cierto, ya que todo cuanto hacía era mirar hacia nuestro querido lugar. Mas no; el oficial sostuvo que todos los sacerdotes eran mentirosos y reaccionarios, e impartió a sus hombres severas órdenes. Me aprehendieron, me arrojaron al suelo y luego me pusieron una cuerda alrededor del pecho y la anudaron a mi espalda y ataron el otro

extremo a la parte trasera del coche en que iba sentado el oficial. Después, con un grito de júbilo, echó a andar y me arrastró de bruces por el camino. —El anciano lama se detuvo y se levantó el manto. Entonces emití un sonido de espanto, porque toda la piel y buena parte de la carne había sido arrancada de la cabeza a los pies, jirones de carne colgaban y la parte interna de su manto era una masa sanguinolenta. Volvió a bajarlo con cuidado y añadió—: Sí, al frotar contra la rugosidad del suelo perdí la nariz, además de otras cosas; por eso, ahora sólo espero irme al Más Allá. Sin embargo, antes de alcanzar esa liberación, debo cumplir una tarea más. —Calló un momento para recuperar un poco de energía, y prosiguió—: Este asunto de la trasmigración y las posiblidades que tendríamos de utilizarla es algo que se conoce desde hace muchos años. Yo estaba a cargo del proyecto y tuve que estudiar los antiguos manuscritos para buscar todo cuanto fuese posible sobre el particular, para lo cual consulté el Registro Ascásico y acumulé todos los conocimientos que pude. —Volvió a hacer una pausa, pero en seguida continuó—: Los chinos ya me habían liberado de mis ataduras, pero el oficial debía hacerme aún un daño más. Mientras estaba echado de espaldas en el polvo me propinó un puntapié y me dijo: "Me clavaste la vista y me deseaste mal; por eso no volverás a mirar más". Entonces, uno de sus hombres levantó del suelo una piedra delgada y puntiaguda y me la clavó en los ojos, hasta que saltaron y quedaron colgando sobre mis mejillas. Después se fueron riendo y me dejaron como estaba, con la nariz seccionada, el cuerpo mutilado y hecho jirones —tanto que ya no era posible decir si yo era hombre o mujer, puesto que se habían desprendido las partes correspondientes— los ojos sobre las mejillas, los globos perforados y el fluido que manaba y chorreaba hasta las orejas. No bien pudo, la gente acudió en mi auxilio horrorizada, me levantó y me condujo a una casa. Allí me desmayé y, cuando recuperé los sentidos, me di cuenta de que me habían retirado los ojos y me habían tratado adecuadamente con manojos de hierbas. Después,

por la noche, me trasladaron a hurtadillas hasta la montaña para esperar tu llegada. Porque mucho es lo que tengo que decirte, además de acompañarte en un viaje al astral del que no he de regresar. —Descansó todavía un momento para recuperar algo de energía y entonces, cuando en sus mejillas asomaba ya una débil coloración, me dijo—: Debemos ir al astral. Dicho esto nos pusimos nuevamente en marcha por la ruta conocida. Ambos nos hallábamos sentados en la posición del loto, esa postura que a nosotros, los orientales, nos resulta sumamente sencillo adoptar. Dijimos nuestras mantras correspondientes, con lo cual nuestras vibraciones se elevaron mucho, y entonces, con el respingo casi imperceptible que acompaña a esa transición, abandonamos nuestros cuerpos, yo temporariamente y mi compañero para siempre.

El verdor de la tierra y la blancura de las nieves eternas desaparecieron de nuestra vista y ante nosotros apareció un velo; un velo de un blanco azulino que a primera vista parecía una barrera impenetrable, pero que quienes sabían cómo atravesarlo podían penetrar por él sin obstáculo. Así lo hicimos y nos encontramos en un lugar de luz esplendorosa con una sensación de regocijo.

En el punto del mundo astral por el que habíamos entrado nos hallábamos sobre un césped verde, corto y mullido.

—¡Ah! —suspiró el lama—. ¡Qué hermoso es volver a ver! ¡Qué hermoso no sentir dolor! Pronto habré concluido mi tarea y entonces me quedaré en Casa, al menos por un tiempo.

Luego de estas palabras me condujo por un sendero encantador donde había árboles, muchísimos árboles, de hojas verdes, rojas y amarillas. A la vera de nosotros discurría un río majestuoso cuyas aguas espejeaban el azul profundo de los cielos. Vaporosas nubes aborregadas vagaban quedas por el firmamento y por doquier había una atmósfera de chispeante vida, de vitalidad, de lozanía, de felicidad.

En los árboles cantaban los pájaros, pájaros de una especie que yo no había visto en la tierra porque, sin

duda, éstas eran criaturas celestiales; pájaros de muchos colores distintos, de muy diferentes plumajes.

El anciano y yo marchamos entre aquellos árboles hasta que al cabo desembocamos en un espacio abierto que a las claras constituía un jardín, un jardín de flores brillantes, aunque no de especie alguna que yo pudiera reconocer. Las flores parecían inclinarse hacia nosotros como saludándonos, y a la distancia podía ver gente que deambulaba como solazándose en aquel espléndido lugar. De vez en cuando alguien se inclinaba a oler una flor o algún otro elevaba los brazos al cielo y entonces un pájaro descendía a posarse en sus manos extendidas. En ese lugar no existía el miedo; sólo brillaban la paz y la alegría.

Caminamos durante un rato hasta que frente a nosotros vimos lo que, al parecer, era un templo inmenso, con una cúpula de un dorado reluciente; las paredes que la sostenían eran de un color levemente pardusco. Lo prolongaban otras construcciones, todas de una tonalidad mate y en armonía con él. A la entrada del templo se hallaba esperando un grupo de personas, algunas de las cuales estaban vestidas a la usanza del Tíbet; pero había una que en aquel momento no pude discernir qué era lo que llevaba puesto, si bien me parecía algo negro o muy oscuro. Después, cuando nos aproximamos, vi que se trataba de un occidental, o, por lo menos un hombre ataviado con prendas occidentales.

Al acercarnos, los lamas se volvieron y extendieron sus manos hacia nosotros en señal de bienvenida. Pude ver entonces que uno de ellos era mi Guía y amigo, el lama Mingyar Dondup, de manera que me di cuenta de que todo marcharía bien, pues ese hombre era la bondad personificada. Otra figura que alcancé a percibir era aún más prominente en el plano terrenal, pero en ese momento era sólo uno de los integrantes del "comité" de bienvenida que nos aguardaba.

Después de intercambiar saludos entramos todos juntos en aquel gran templo, atravesamos el vestíbulo central y nos internamos en el edificio hasta penetrar en un pe-

queño salón cuya existencia no era fácil discernir. Pareció como si los muros se deslizasen para dejarnos pasar y luego se cerraran firmemente detrás de nosotros.

Mi Guía, que evidentemente era el portavoz, se volvió hacia mí y me dijo:

—Hermano: he aquí el hombre cuyo cuerpo vas a ocupar.

Me volví a mi vez y miré espantado a aquel joven. Por cierto no había parecido alguno entre nosotros: era mucho más bajo que yo y la única similitud entre ambos consistía en que los dos éramos calvos. Entonces mi Guía rió y, a modo de exhortación, agitó un dedo a la altura de mi nariz.

—¡Vamos, vamos, Lobsang! —rió—. ¡Nada de decisiones apresuradas! Todo esto ha sido planificado, y lo primero que haré será mostrarte algunas imágenes del Registro Ascásico.

Así lo hizo; y después, se dirigió a aquel hombre para decirle:

—Ahora, joven, creo que ha llegado el momento de que nos refiera algo acerca de usted mismo; porque si alguien va a tomar posesión de su cuerpo, es conveniente, sin duda, que ese alguien conozca aquello con lo que ha de enfrentarse.

El joven, luego de esas palabras, lanzó una mirada muy agresiva y respondió hoscamente:

—Pues, no; nada tengo que decir acerca de mi pasado. Siempre se ha vuelto en mi contra. Todo lo que digo acerca de él, se utiliza para perjudicarme.

Mi Guía lo miró enfadado y le dijo:

—Joven: todos nosotros tenemos sobrada experiencia en estas cosas y no juzgamos al hombre por los orígenes que diga tener sino por lo que es en sí. —Suspiró, para en seguida añadir: Ha estado usted a punto de caer en el pecado mortal del suicidio, pecado que, sin duda, podría haberle costado, mi estimado amigo, muchísimas vidas de penurias para expiarlo. Le ofrecemos a usted paz, la paz astral, de modo que pueda llegar a comprender algunas de las cosas que le han perturbado a lo largo de su vida.

Cuanto más colabore usted, más fácilmente podremos ayudarlo y contribuir a la tarea que tenemos por delante.

El joven meneó negativamente la cabeza y repuso:

—¡No! Lo convenido fue que yo quería dejar mi cuerpo y ustedes meterían a otro en él. Y eso fue todo. Yo me atengo a eso.

De pronto se produjo un destello y el joven desapareció.

—¡Hay, cielos, cielos! —exclamó el anciano lama que había viajado conmigo y que ahora era un joven rebosante de salud—. Con esas ideas atroces no podía permanecer aquí con nosotros, en este plano astral. Ahora tendremos que ir a la habitación donde se halla durmiendo solo. Pero por esta noche deberemos dejarlo tranquilo, pues no deseamos causarle ningún daño al cuerpo. De modo que tendré que regresar a Lhasa como sea, contigo, hasta la próxima noche.

El tiempo pasaba y yo advertía que el anciano lama estaba decayendo con rapidez.

—Tendríamos que ir al astral —le dije entonces.

—Sí —me respondió—. Ya no volveré a ver más este cuerpo mío. Tengo que ir, tenemos que ir, porque si muero antes de estar allí, eso nos va a acarrear demoras.

Dimos el respingo juntos y nos remontamos, pero no en dirección al mundo astral que habíamos visitado antes, sino que esta vez nos deslizamos hacia una casa situada en Inglaterra. Entonces vimos en el mundo físico el rostro del hombre a quien anteriormente había encontrado solo en el astral. Parecía muy descontento, muy desdichado; tratamos de atraer su atención, pero era evidente que se hallaba profundamente dormido.

—¿Vienes? —le susurró el anciano lama.

—¿Vienes? —musité a mi vez.

Continuamos insistiendo, primero uno y después el otro, hasta que al fin, de muy mala gana, la forma astral de aquel hombre emergió de su cuerpo físico. Fluyó lentamente y, con la misma lentitud, se fundió sobre él en la forma exacta de su cuerpo, después de lo cual su posición se invirtió hasta quedar la cabeza del cuerpo

astral del lado de los pies. Luego la forma se inclinó y se paró en el suelo. Tenía una mirada muy agresiva y, como pude advertir, no recordaba en absoluto habernos visto antes. Eso me sorprendió, pero mi compañero me explicó por lo bajo que, la circunstancia de haber estado de tan mal humor y haber vuelto de golpe y con tanta violencia a su cuerpo, hizo que se borrasen totalmente todos los recuerdos de cuanto le había sucedido.

—¿De modo que quieres dejar tu cuerpo? —le pregunté.

—¡Claro que sí! —repuso poco menos que gruñendo—. Bien harto estoy de todo esto. —Lo miré y me estremecí receloso, con verdadero terror, dicho sea sin demasiada exageración. ¿Cómo iba a tomar yo el cuerpo de un hombre como ése? ¡Un sujeto tan agrio, tan díscolo! Pero así era. Entonces él rió y me dijo—: ¿Así que usted quiere mi cuerpo? ¡Vaya! En Inglaterra no interesa lo que se quiere, no interesa quién se es; lo que importa es a quién se conoce, cuánto se tiene.

Le hablamos durante un rato y, cuando estuvo más calmado, le dije:

—Bien; voy a decirte algo: tendrás que dejarte crecer la barba. Yo no puedo afeitármela porque los japoneses me han destrozado las mandíbulas. ¿Puedes dejártela crecer?

—Sí, señor —repuso—. Voy a hacerlo.

Pensé un momento y luego añadí:

—Perfectamente. En un mes puedes tener una barba adecuada; de manera que dentro de ese lapso volveré para tomar tu cuerpo y a ti te será concedido ir al mundo astral para allí recuperar tu tranquilidad y darte cuenta de que hay alegría en el vivir. —Y en seguida agregué—: Nos sería muy, pero muy útil, que tú nos contaras la historia de tu vida; porque si bien hemos visto mucho en el astral por medio del Registro Ascásico, aún podría extraerse algún beneficio si oyéramos las verdaderas experiencias de labios de la persona correspondiente.

Volvió a echar una mirada furibunda y en seguida dijo:

—¡No, no soporto hablar de eso! ¡No diré una sola palabra más!

Nos volvimos con tristeza y nos dirigimos al mundo astral a fin de consultar de nuevo el Registro Ascásico y conocer todo cuanto pudiésemos acerca de su vida. Allí, empero, si bien se ve todo lo que ha sucedido, no siempre se recoge información respecto de las opiniones que el individuo no ha exteriorizado; o sea que se ve la acción, pero no el pensamiento que la precede.

Demos ahora un salto enorme desde aquellos días. Hoy, después de muchísimos años en el mundo astral, aquel joven se ha suavizado un poco y en cierta medida, aunque pequeña, comprende las dificultades que debemos afrontar. Así pues, ha accedido a relatarnos la historia de su vida. El se halla en el mundo astral, y yo, Lobsang Rampa, aquí, en el terrenal, tratando de anotar puntualmente, tal como se me dictan, las cosas que ese hombre refiere. Daré una síntesis de ella, pero es preciso señalar que no se mencionarán nombres para no ocasionar trastorno alguno a nadie. Porque éste no es un relato para tomar venganza ni una narración enconada, sino que, en realidad, se trata de la historia de un triunfo sobre obstáculos en apariencia imposibles de superar. Muchos intentos hubo para acallar mis libros, pero yo he estado siempre atento a la manera en que el hombre debe conducirse, aunque los perros ladren. Siempre he tenido presente que el hombre puede continuar su tarea aun cuando los enanos y los moscardones bullan alrededor de él. Por eso digo que no tengo por qué tener encono, puesto que lo que pretendía es ahora factible y mi tarea actual no consiste más que en concluir la de otro que "cayó en el camino".

De nuevo, y con la mayor sinceridad de que soy capaz, declaro que todos estos libros míos son veraces, absolutamente veraces, escritos sin solicitar autorización previa y que en ellos se halla la verdad respecto de las cosas que me han ocurrido. Todo lo que afirmo que puedo hacer, lo puedo hacer; pero no para su exhibición en público, porque no soy ni un charlatán ni un comediante. Actúo así para poder dar término a mi tarea.

De modo que volvamos ahora la página y veamos qué fue lo que aquel joven refirió.

CAPITULO VIII

Esta es la historia de la vida del huésped. Es una historia difícil de contar porque, mientras su relator se encuentra en el plano astral, quien tiene que trascribirla está en el plano terrenal, en la ciudad de Calgary, provincia de Alberta, Canadá. La narración no pertenece al contexto, sino que constituye un paréntesis entre lo que ya se ha dicho y la parte que, como es lógico, ha de continuar; pero cuando se trata de cuestiones que conciernen al astral, es necesario hacer algunas concesiones en materia de tiempo, toda vez que éste no es lo mismo en el plano astral que en el terrenal. Por eso intercalamos aquí este relato; y si hemos explicado por qué lo hacemos es con el fin de evitar un alud de cartas con preguntas de toda índole. A partir, pues, de este momento, y mientras no se indique lo contrario, todo cuanto sigue es lo que dictó aquél a quien designaremos como "el huésped".

Mi abuelo fue un hombre muy importante por cierto, al menos en la zona rural de Plympton. Esta, por lo que yo recuerdo, estaba formada por Plympton St. Mary, Plympton St. Maurice, Underwood y Colebrook, además de una gran cantidad de localidades menores.

Encargado de las Aguas Corrientes, acostumbraba ir diariamente a la montaña con un carrito y su *pony* hasta que, más o menos al cabo de kilómetro y medio montaña arriba, llegaba a un promontorio vallado donde había una pequeña cabaña en cuyo interior se hallaba el depósito. Solía ir allí con una vara de un metro veinte, uno de cuyos extremos tenía la forma de un platillo en tanto

que el otro era redondo. Con el oído puesto en el extremo en forma de plato y apoyando la otra punta de la vara en el suelo, andaba de un lado a otro atento al discurrir del agua que por las cañerías subterráneas se dirigía a los grifos del Plympton, Underwood, Colebrook y demás distritos.

Asimismo, mi abuelo se dedicaba a una actividad sumamente próspera en la cual empleaba a varios hombres y a unos cuantos aprendices a quienes enseñaba fontanería —de donde aquellas calumniosas hablillas que más tarde se echarían a rodar—, hojalatería y nociones de ingeniería. En aquellos tiempos, hacia los comienzos mismos del siglo, la gente no se precipitaba a los supermercados a adquirir ollas, cacerolas, sartenes y otros enseres por el estilo, sino que esas cosas se hacían a mano, y eran los dependientes de mi abuelo quienes se encargaban de tal tarea.

Vivía mi abuelo en el edificio de la alcaldía de Plympton St. Maurice —realmente había sido ésa la residencia del alcalde—, situado frente a la casa consistorial y al cuartel de policía. La construcción ocupaba un predio de alrededor de dos hectáreas divididas en tres partes, la primera de las cuales se extendía desde el nivel del cuarto piso de la casa y formaba un jardín amurallado. Allí, cerca de la casa, había una gruta hecha de piedras muy grandes y con ventanas de vidrios de variados colores, más allá de la cual se extendía un pradezuelo con plantas y flores a todo lo largo del contorno. En medio había una gran piscina hermosamente azulejada, provista de un surtidor y de ruedas hidráulicas en ambos extremos para hacer girar el chorro de agua que aquél arrojaba. En el agua, además, había un pequeño sebo para que, al tirar de él los peces en determinados momentos del día, sonase una campanilla y entonces se les diese de comer.

Frente al estanque lucían dos grandes pajareras adosadas al muro, muy bien cuidadas y perfectamente limpias, cada una con un árbol seco en su interior asegurado contra la mampostería, todo lo cual constituía un medio

ideal para los pájaros tan mansos que las poblaban. Porque esos pájaros eran de tal mansedumbre que cuando mi abuelo entraba en las pajareras —para lo cual abría las puertas, claro está— ninguno escapaba.

Más allá de esta primera parte del jardín se hallaba un invernadero —una de las delicias de mi abuelo—, a continuación del cual se extendía un pequeño huerto.

Del otro lado de este jardín amurallado existía un camino privado que, desprendiéndose de la calle principal, pasaba por debajo de una parte de la casa de la alcaldía —que se extendía sobre él como un puente—, y a cuyo término se encontraban en otros tiempos los depósitos de cebada. Cuando yo los conocí, estos graneros ya no se utilizaban porque, por lo visto, era mucho más barato embarcar la cebada hacia Plympton desde unos cuantos cientos de kilómetros más lejos.

Cerca de los graneros se hallaba la estación de bomberos, cuerpo éste que pertenecía a mi abuelo, lo mismo que los caballos con los cuales se trasportaban las bombas de incendio a los lugares de los siniestros. Si bien desarrollaba esta actividad a modo de servicio público, cuando lograba impedir que las casas de comercio y las mansiones de importancia fueran pasto de las llamas les imponía, claro está, un gravamen razonable. Empero, a la gente de condición humilde no le cobraba contribución alguna. Por lo demás, las bombas estaban muy bien cuidadas y su manejo corría por cuenta de voluntarios o de su propio personal.

En el lugar se encontraban también los corrales donde guardaba buena parte del material, como los carros y otras cosas por el estilo. Además, tenía allí dos pavos reales que constituían su orgullo y su alegría, y que siempre se le acercaban cuando emitía determinados sonidos.

Por el corral, y luego de atravesar un portón, se llegaba a una huerta de alrededor de una hectárea —calculo yo—, cuidada con extraordinario esmero, donde cultivaba verduras y árboles frutales.

Debajo de la casa —de aquella casa de cuatro pisos—

había talleres sin ventanas de ninguna especie, pero al parecer bien ventilados, donde trabajaban los maestros artesanos, hojalateros y caldereros, junto con los aprendices. Y por cierto que tenían que hacerlo muy duramente.

Mi abuelo tenía dos hijos y una hija. A los varones, quieras o no, los puso de aprendices y les hizo seguir estudios de ingeniería general, hojalatería, calderería y tendido de cañerías; en consecuencia, tuvieron que continuar sus estudios hasta aprobar los exámenes y obtener el certificado de inscripción.

Mi padre resultó un excelente ingeniero, pero al cabo de cierto tiempo dejó a mi abuelo, porque como afirmaba, éste ejercía un control demasiado estricto, excesivamente dominador. Así pues, marchóse a otra casa, situada también en St. Maurice, a la cual llamaban la Casa de Ladrillos porque era la única de ladrillos rojos de la cuadra. Mi padre se casó y por un tiempo siguió viviendo en St. Maurice. El primer hijo del matrimonio murió pronto, pero posteriormente tuvo una hija y poco después nací yo. No obstante, siempre pensé que no desearon mi llegada, puesto que nunca se me trató bien en modo alguno, nunca se me tuvo simpatía y jamás me permitieron tener amigos. Todo cuanto hacía estaba automáticamente mal, mientras que todo cuanto hacía mi hermana estaba automáticamente bien. Disgusta bastante, al cabo de un tiempo, ser siempre el indeseable y ver que la preferida lo tiene todo, verla feliz con sus amigas, en sus reuniones. Que me consideraran el segundón era inclusive demasiado para mí.

Mi madre y mi padre se mudaron a Ridgeway, partido de St. Mary, y allí iniciaron una actividad (no; la de fontanería, no), actividad ésta relacionada con la ingeniería y que abarcaba la electricidad, cuyo uso apenas comenzaba a expandirse por aquel entonces.

Mi padre era, a no dudar, un hombre muy simpático, al menos en la medida en que él podía. Era de Escorpión, en tanto que mi madre lo era de Virgo. Procedía ella de una familia de gran abolengo, de otro lugar de Devonshire, anteriormente muy acaudalada y dueña de

grandes extensiones de tierra; pero como su padre y un vecino se trenzaron en una disputa sobre el derecho de paso y al cabo llevaron la cuestión a la justicia, con el veredicto, la apelación pertinente y todo lo que siguió, al cabo la familia se quedó casi sin dinero. En realidad no tenían medios para continuar el litigio, de modo que las tierras que habían sido las causantes del entredicho fueron vendidas.

Mamá y papá no congeniaban. Mi madre era en extremo dominante, conocida en el lugar como la "Lady" por sus grandes ambiciones. Con la pérdida de la fortuna de la familia se volvió muy agria y, por desdicha, parecía descargar su acrimonia sobre su esposo y sobre mí.

Mi abuelo tenía un hermano, artista sumamente talentoso y miembro de la Real Academia, que había alcanzado gran renombre. Recuerdo en particular una pintura suya que siempre me atraía: la Antigua Barbacana de Plymouth, tal, como era cuando la Mayflower se hizo a la mar rumbo a los Estados Unidos de América. Era un cuadro maravilloso, de colores vivos, agradable, que hacía que uno experimentara en seguida la cabal impresión de estar en el lugar. El tío Richard —como lo llamábamos— decía siempre que aquel cuadro pasaría a poder de alguno de nosotros, los niños. Y pasó, pero a mi hermana, aun cuando realmente yo lo deseaba con ansias, lo anhelaba sobre todas las cosas, hasta que unos años más tarde me prometieron un tren de juguete, un tren azul que a mis ojos infantiles era el más hermoso del mundo. Me lo habían prometido solemnemente, pero cuando llegó el día en que debía recibirlo se me dijo: "Oh, no; no es posible: tu hermana quiere un piano. Tu padre y yo vamos ahora a comprarlo". Sí; de veras quería el tren, lo mismo que quería el cuadro.

Cosas como éstas sucedían siempre. Mi hermana tenía una magnífica bicicleta, pero yo debía andar a pie. No es éste, con todo, el propósito del presente escrito, no obstante lo cual debo decir todas estas cosas porque, según me manifestaron, es parte de lo convenido cuando consentí en que se tomara mi cuerpo. Maldito cuerpo

que, como quiera que sea, me hartaba, ya que estaba todo maltrecho.

Nací enfermo y, con el parto, mi madre se puso muy mal de salud. Después del alumbramiento pareció víctima de una especie de intoxicación, y por alguna extraña razón me lo achacaron a mí como si yo la hubiese realmente envenenado. Por mi parte, yo nada podía hacer en tal situación, demasiado chico como era para darme cuenta de nada. Lo cierto es que ella se hallaba muy enferma, lo mismo que yo, que continué enclenque durante toda vi mida sobre la tierra. Teníamos un médico, el doctor Duncan Stamp, un hombre prestigioso que siempre estaba estudiando y recibía abundante correspondencia. No era muy simpático, pero sabía muchísimo. Yo no le gustaba y él no me gustaba a mí. Recuerdo, sin embargo, algo extraordinario: cierta vez en que yo me encontraba. . . —no sé: decían que me estaba muriendo—, el doctor Stamp se aproximó a mi cama y me parece que colgó algo del brazo de la luz y luego extendió unos tubos hacia mí. Hasta el día de hoy no sé qué hizo, pero experimenté una mejoría y desde entonces siempre lo consideré un taumaturgo.

Recuerdo algo que sucedió durante la Gran Guerra, es decir, durante la Primera Guerra Mundial. Mis padres, mi hermana y yo nos hallábamos en la estación de North Road, en Plymouth, pues habíamos tenido que ir a visitar a alguien en un lugar denominado Penny-Come-Quick. Era muy entrada la noche y de pronto oímos disparos y los rayos de unos reflectores iluminaron el cielo, a cuya luz vi por primera vez un dirigible, volando sobre Plymouth y dirigiéndose de nuevo hacia el mar. Este fue otro de los sucesos que jamás olvidaré: el aspecto que tenía ese aparato a la luz de los rayos cruzados de los reflectores.

Plympton es una antiquísima localidad pletórica de historia. Allí, al pie del Church Hill, está el gran templo de St. Mary. Al descender por el cerro, la cúpula del templo parecía más alta que aquél. Para llegar había que descender y atravesar el cementerio parroquial, y luego

doblar a la izquierda. Más allá de la iglesia se llegaba al priorato y a algunas antiguas casas de religiosos que ya no ocupaba el clero porque, aparentemente, se había producido una división de autoridad y las oficinas principales habían sido trasladadas a Buckfast.

Detrás del priorato corría un manso arroyuelo donde crecían bejucos y mimbreras, y solía ir la gente a recogerlos para hacer canastos y otras cosas. Allí, también, hace alrededor de cien años fabricaban aloja, que era la bebida de la época.

El templo era imponente, construido con piedras grises y una gran torre con cuatro columnillas en los ángulos. Las campanas eran maravillosas cuando se las hacía sonar bien, y de todos los lugares de Devon solían llegar campanólogos para tañer los cambios —como los llamaban ellos—, del mismo modo que los campaneros de Plympton tenían por costumbre ir, a su vez, para demostrar sus propias habilidades.

El templo de St. Maurice no era tan grande como el de St. Mary, y se trataba, evidentemente, de una iglesia secundaria. En aquella época, St. Maurice y St. Mary eran poblaciones separadas, casi sin contacto social alguno entre ellas. Colebrook y Underwood, por su parte, carecían de iglesia, de manera que los fieles debían concurrir a alguna de aquéllas.

Plympton contaba con buenas casas, pero la mayoría habían sido bastante deterioradas por Oliver Cromwell y sus tropas y muchas demolidas por orden del juez Jeffreys, pero el Castillo de Plympton era un lugar que me fascinaba. Había un gran morón con restos de murallas de piedra firme, muy gruesas, y algunos de nosotros descubrimos un túnel que se extendía a lo largo de ellas. Inclusive, algunos de los muchachos más audaces afirmaban haber estado en una extraña cámara, debajo de las murallas, donde al parecer había esqueletos; pero yo jamás me aventuré y me limité a aceptar lo que decían. El Castillo de Plympton estaba erigido en un anfiteatro, en un gran espacio circular alrededor del cual se levantaba una loma. Como paseo, era un lugar muy hermoso;

pero la parte baja interior —como si fuera la porción central de un plato— era utilizada por los circos y otras clases de diversiones públicas.

Para cursar la escuela primaria me enviaron a un lugar llamado Co-op Fields, —nombre insólito, por cierto— denominación que se debía a que originariamente había sido un dominio de propiedad de la Plympton Co-operative Wholesale Society. La tierra fue vendida para reunir fondos para otra explotación y, en consecuencia, se construyeron allí algunas casas, luego otras y otras hasta que al fin se formó una población aparte, casi un pueblecito independiente. Y allí era donde yo iba a la escuela. Esta era. . . Pues bien, creo que la podríamos considerar una escuela particular, donde enseñaban una tal Miss Gillings y su hermana. Entre ambas regenteaban lo que podríamos llamar una escuela, aunque en realidad era más bien un lugar para recibir niños revoltosos e impedir que molestasen a sus desamorados padres. El trayecto desde Ridgeway hasta la escuela de Miss Gillings era una dura prueba para mí debido a mi constitución enfermiza, pero yo no podía hacer nada: no tenía más remedio que ir.

Al cabo de un tiempo, empero, y considerando que ya estaba demasiado crecido como para continuar yendo a esa escuela, me trasladaron a un Colegio Preparatorio conocido con el nombre de Colegio de Mr. Beard, un anciano simpático, realmente un hombre inteligente, pero que no lograba imponer disciplina. Se había retirado de la docencia, pero después, harto de la vida de jubilado, abrió una escuela particular. El único lugar que había podido encontrar era una espaciosa habitación aneja al Hotel George, establecimiento enclavado en la cima del monte George y que era muy conocido. Para entrar había que recorrer un camino empedrado, debajo de una arcada y, para llegar a la escuela de Mr. Beard, atravesar el patio y seguir más allá de los antiguos establos y cocheras. En el extremo más alejado del patio, unos escalones de madera conducían a una habitación que, por su aspecto, parecía haber sido una sala de reuniones. Esa

fue la primera escuela en que empecé a aprender algo; y si bien no fue mucho, se debió exclusivamente a mí y no al señor Beard quien, en realidad, era demasiado benévolo para ser maestro, de modo que todos se abusaban de él.

Tiempo después, la Plympton Grammar School reabrió sus puertas en otro lugar. Esta era una de las más renombradas escuelas de humanidades de Inglaterra y por ella había pasado mucha gente famosa, inclusive Joshua Reynolds. En la vieja Grammar School de St. Maurice, tanto el nombre de éste como el de muchas otras personas muy famosas estaban tallados en los pupitres y en el maderamen, pero el edificio debió ser clausurado porque la acción del tiempo había causado destrozos y los pisos superiores eran inseguros.

Después de una prolongada búsqueda se consiguió una casa muy amplia a la sombra del Castillo de Plympton. A la sombra, realmente, de aquella parte circular donde solían instalarse los circos, y por su adaptación se pagaron grandes sumas de dinero. Yo fui uno de los primeros alumnos que se inscribieron, pero no me gustaba en absoluto, la detestaba. Algunos profesores pertenecían al personal desmovilizado de las fuerzas armadas y, en lugar de tratar a los niños como tales, los consideraban soldados sanguinarios. Uno de ellos, en particular, tenía la maligna costumbre de partir las tizas por la mitad y arrojarlas con todas sus fuerzas al que se portaba mal; y aunque ustedes piensen que un trozo de tiza no puede causar mucho daño, yo he visto a un niño con la cara lastimada por el impacto. Creo que, en la actualidad, aquel profesor habría ido a parar al calabozo por lesiones; pero, al menos, eso hacía que no ocasionásemos desórdenes.

Para desarrollar actividades recreativas íbamos a los campos de deporte de la escuela vieja, lo cual significaba una caminata de alrededor de un kilómetro y medio, hacer luego todos los ejercicios, y después recorrer otro kilómetro y medio de regreso.

Al cabo llegó el momento de dejar la escuela. No me

había ido demasiado bien, aunque tampoco demasiado mal. Además de las tareas escolares debí tomar unos cursos por correspondencia y de ese modo recibí algunas papeletas donde decía que estaba capacitado para esto, para aquello y para lo de más allá. Pero cuando llegó la hora de dejar la escuela mis padres, sin detenerse en quisicosas como, por ejemplo, preguntarme qué quería ser, me pusieron de aprendiz en una empresa automotriz de Plymouth. Así pues, casi el mismo día en que salí de la escuela me enviaron a ese local, situado en la calle Old Town, donde vendían algunos coches, aun cuando se ocupaban más bien de motocicletas. Eran, en realidad, los agentes en South Devon de las motocicletas Douglas. También éste fue un lugar antipático, pues todo cuanto allí interesaba era el trabajo. Yo solía salir de Plympton por la mañana temprano y hacer el viaje en ómnibus hasta Plymouth, situada a unos nueve kilómetros de distancia. Al llegar la hora del almuerzo me sentía hambriento, de modo que, hiciese el tiempo que hiciere, tomaba mis bocadillos —no había nada que beber, excepto agua y me iba a una plazuela de la parte posterior de la iglesia de St. Andrew, donde me sentaba y comía con la mayor rapidez posible porque, de no ser así, podía volver tarde.

Era un trabajo muy duro, sin duda, puesto que a los aprendices nos enviaban a veces a un lugar tan distante como Crown Hill a buscar alguna pesada motocicleta. Ibamos en ómnibus, pues, allí o a otros lugares —sólo un aprendiz a cada lugar, por supuesto— y entonces nos encontrábamos ante el problema de tener que trasportar de regreso el maldito artefacto. No podíamos llevarlas andando, claro está, porque no funcionaban, de suerte que sólo nos quedaba el recurso de lanzarnos cerro abajo en ellas.

Recuerdo que una vez tuve que ir a ese lugar a recoger una enorme moticicleta Harley Davidson, cuyo propietario había telefoneado para decir que podían retirarla de su puerta. Fui, pues, hasta allí, descendí del ómnibus, y cuando vi el aparato lo saqué del lugar y me lo llevé.

Había recorrido unos cinco kilómetros cuando un coche policial se detuvo frente a mí y de él descendieron dos agentes que pensé que iban a matarme. Uno de ellos me tomó del cuello en tanto el otro me sujetaba los brazos a la espalda; todo sucedió de manera tan repentina que la moto se ladeó y fue a golpearme las piernas. Dejaron la motocicleta a un costado del camino y a mí me metieron dentro del coche y me llevaron a la comisaría de Crown Hill, donde, un sargento gritón me amenazó con matarme de mil maneras espantosas si no le decía quiénes eran mis cómplices.

En esa época yo era muy joven y no entendía qué me quería decir con todo eso, de manera que me dio unos cuantos bofetones cerca de los oídos y me metió en un calabozo, pues no quería escuchar mis explicaciones de que yo había ido a recoger una motocicleta como me habían ordenado.

Alrededor de ocho horas más tarde llegó un empleado de la empresa, me identificó y confirmó lo que yo había expuesto. El sargento me propinó entonces otro bofetón en la cara y me dijo que no volviera a meterme en embrollos y que no los molestara más. Por eso no me gusta la policía; durante toda mi vida he tenido tropiezos con ella, aun cuando puedo jurar que jamás hice nada que justifique su persecución. Con la policía siempre ha habido algo sucio, como esa vez en que no me dejaron explicar qué había pasado.

Al día siguiente, sin embargo, el propietario de la moto fue a la empresa y se echó a reír como un poseso. Era sumamente antipático y no parecía tener idea del choque que significa que a uno lo lleven y lo metan en un calabozo.

Un día, a duras penas pude levantarme de la cama. Me sentía enfermo, tan enfermo que lo único que deseaba era morirme. Pero, como eso no estaba bien, mi madre se empeñó en sacarme de la cama. Así pues, por último tuve que marcharme sin tomar el desayuno. Era un día frío y lluvioso. Mi madre me acompañó hasta la parada del ómnibus, y fue tanta la brusquedad con que me

introdujo en uno de los vehículos de la Devon Motor Transport que me caí de rodillas.

Fui a trabajar, pero alrededor de dos horas más tarde me desmayé. Alguien dijo que deberían llevarme a casa, pero el encargado replicó que no tenían tiempo para ocuparse de los problemas de los aprendices y, en consecuencia, allí me tuvieron hasta el final del día, sin desayuno, sin almuerzo, sin nada.

Al término de la jornada de labor emprendí el camino por la calle, muy mareado, hacia la parada del ómnibus, frente a la iglesia de St. Andrew. Por suerte había un ómnibus esperando y, ya en el asiento, me desvanecí. Cuando arribé a casa, las fuerzas apenas me alcanzaron para llegar tambaleándome a la cama. Nadie se preocupó mucho por mi salud, nadie me preguntó cómo me sentía y nadie averiguó por qué no había comido. Todo cuanto hice fue ir a la cama.

Pasé una noche espantosa; sentía que me quemaba y estaba bañado en traspiración. Por la mañana vino mi madre y me despertó con bruscas sacudidas —yo había caído, exhausto como estaba, en profundo sueño— y entonces pudo observar que no me encontraba bien. Después llamó por teléfono al doctor Stamp, quien se presentó doce horas más tarde, me echó una ojeada y exclamó: "¡Al hospital!" Llegó la ambulancia —en aquella época el servicio de ambulancia estaba a cargo de la funeraria del lugar— que me condujo al hospital de South Devon y East Cornwall. Tenía una afección pulmonar muy grave.

Allí permanecí poco menos de tres meses, hasta que al cabo hubo grandes deliberaciones acerca de si debían enviarme o no a un sanatorio, puesto que estaba afectado de tuberculosis.

Mi padre y mi madre se oponían porque, afirmaban, no iban a tener tiempo de visitarme si me enviaban a un sanatorio situado a varios kilómetros de distancia. Me quedé, pues, en casa, y no fue mucho lo que mejoré. Cada tanto debía volver al hospital. Después me sentí mal de la vista y me enviaron al Hospital Oftalmológico

Real de Mutley Plain, no muy lejos del anterior, un lugar muy agradable, siempre que se pueda decir que algo es agradable cuando uno está ciego. Al cabo de un tiempo me dieron de alta, si bien tenía la vista muy disminuida, y volví a casa una vez más.

Las comunicaciones inalámbricas eran bien conocidas en aquella época, pues existían antes de la radio. Mi padre poseía un aparato de galena que a mí me parecía la cosa más maravillosa que jamás hubiese visto en mi vida. Estudiaba mucho radiofonía y hacía grandes receptores de muchas válvulas, hasta que luego se estableció con un taller para armar aparatos y realizar trabajos de electricidad.

En esa época se había resuelto que yo, para variar, me marchase; de modo que, enfermo como estaba, me pusieron en una mala bicicleta y, acompañado por un operario, me enviaron a Lydford, donde vivía una tía, que con frecuencia deseé que hubiese sido mi madre. Esa mujer era realmente muy buena y yo la quería como por cierto no amé a mi madre. Me cuidó y en verdad me trató como si fuera uno de sus hijos; pero, como ella decía, no era una maravilla hacer que un chico enfermo recorriese cuarenta kilómetros en bicicleta cuando apenas podía respirar. Al cabo de un tiempo, sin embargo, tuve que retornar a casa, pero esta vez el viaje me resultó mucho más fácil. Lydford no está demasiado lejos de Okehampton y allí el aire era puro y la comida buena.

De regreso en Plympton comencé a tomar otros cursos por correspondencia, pero entonces mi madre me dijo que debería trabajar. Como mi padre tenía una cantidad de aparatos de radio y de materiales eléctricos, salí de viaje para vender todas esas cosas a los minoristas. De este modo recorrí Elburton, Modbury, Okehampton y otros lugares ofreciendo acumuladores, piezas para radios y materiales eléctricos. Al cabo de un tiempo, empero, esa vida tan agitada resultó demasiado pesada y mi salud se resintió. Iba manejando el coche cuando me quedé ciego. No deja de ser algo sumamente desagradable perder totalmente la vista cuando uno va conduciendo. Por

suerte, sin embargo, pude detener el auto sin ningún percance y me quedé donde estaba hasta que alguien vino a ver qué pasaba y por qué obstruía el tránsito. Pasó un rato sin que pudiera convencer a la gente de que me sentía mal y no podía ver, pero luego llamaron a la policía y entonces me llevaron al hospital en una ambulancia. Al recibir la noticia, en lo primero que mis padres pensaron fue en el auto. Después, cuando les llevaron el coche a casa se encontraron con que toda la mercadería que yo tenía en él había sido robada: aparatos de radio, baterías, instrumentos de pruebas. . . Todo. No me había lucido. Una corta permanencia en el hospital bastó para que quedara bien por un tiempo, y volví nuevamente a casa.

Seguí estudiando un poco más y, al poco tiempo, se resolvió que debía tomar lecciones de operador de radio. En consecuencia, marché hacia Southampton, pues en las afueras funcionaba una escuela especial donde se enseñaba radiocomunicaciones de aviación. Allí permanecí un tiempo y, luego de aprobar los exámenes, me concedieron la licencia de radiotelegrafista de primera clase. Para el examen tuve que ir a Croydon, donde lo aprobé. Al mismo tiempo aprendí a conducir aviones, de manera que también conseguí el certificado de piloto. Sin embargo, no me fue posible aprobar el examen médico para obtener la licencia de piloto comercial, de suerte que mi carrera concluyó antes de comenzar.

De regreso en casa protestaron todos a más no poder por mi mala salud y por gastar dinero en tomar aquellos cursos. Me sentí un tanto irritado por eso, puesto que no tenían por qué sermonearme por mi mala salud toda vez que ello no se debía a mi voluntad. Entonces hubo un gran conciliábulo de familia y mis padres llegaron a la conclusión de que había que hacer algo, pues yo estaba dilapidando mi vida.

En aquellos precisos momentos —según dijo el inspector de sanidad local, que era muy amigo de mis padres— había muchas vacantes de inspectores de contaminación. La gente, en particular en las grandes ciudades, empezaba

a preocuparse por le ecología a causa de la gran contaminación ambiental que provocaban las fábricas y las actividades industriales, de modo que acababa de crearse esa nueva clase de inspectores de contaminación. Claro está que había inspectores de sanidad y, entre ellos inspectores de alimentos, a los que ahora se agregaba una nueva clase: la de inspectores de contaminación. El jefe del cuerpo de inspectores de sanidad dijo que ése sería un empleo exactamente a mi medida, que era un buen trabajo, bien remunerado, aunque por supuesto, tendría que realizar un curso especial. O sea que se había instituido un nuevo curso por correspondencia para inspectores de contaminación. Estudié, pues, en casa y pronto lo finalicé —en tres meses, en realidad—; entonces me dijeron que debía ir a Londres a estudiar en el Instituto Real de Sanidad, en el Buckingham Palace Road. De manera que mis padres, no muy felices, me dieron el dinero y partí hacia allí.

Debía concurrir a clase diariamente; además, con frecuencia realizábamos excursiones de estudio a las fábricas, centrales de electricidad y otros lugares estrambóticos. Por fin, luego de tres meses, accedimos a un inmenso salón de exámenes donde parecía haber millares de personas arremolinadas. Nos hallábamos separados en pequeños grupos, pero el que debía pasar un determinado examen permanecía aislado de los que se examinaban en la misma materia. Así pues, luego de aprobar el examen obtuve el certificado de inspector de contaminación.

Entonces, con mi certificado y pensando que ahora todo iría viento en popa, volví a Plympton. Pero me engañaba. Solicité el trabajo en Birmingham y hacia allí me dirigí —hacia Lozelles— para llenar las formalidades; pero entonces me dijeron que no podían darme ocupación porque no era residente de ese condado.

Otra vez en Plympton fui a Plymouth y traté de conseguir el empleo allí, pero el Ayuntamiento no pudo darme el cargo por razones muy parecidas: si bien estaba en el mismo condado, no estaba en la misma ciudad.

Y así siguió todo hasta que, después de algunos años de idénticas peripecias durante los cuales hice todo cuanto pude —todo lo posible por ganar dinero, no pasar privaciones y poder vestirme—, mi padre falleció. Había pasado años con la salud quebrantada, casi siempre postrado y, alrededor de un año antes de su muerte vendió el negocio y en el local se había instalado un dispensario. Las vidrieras estaban pintadas de verde y el salón del local servía de sala de cirugía, en tanto que nuestras habitaciones se utilizaban como consultorios. Por nuestra parte, mi madre y yo vivíamos en lo que habían sido los talleres.

Sin embargo, después del fallecimiento de mi padre, la sociedad médica resolvió trasladarse a otro lugar y nos quedamos sin recursos.

Yo no estaba bien de salud, de manera que mi madre se fue con su hija —mi hermana— en tanto que yo, que había sido un gran estudiante de cursos por correspondencia, conseguí un trabajo en una empresa de instrumentos de cirugía de Perivale, Middlesex. Primero me nombraron jefe de talleres; pero cuando el propietario de la firma se dio cuenta de que podía redactar buenos textos de propaganda, me designó jefe de publicidad.

Tuve que seguir cursos de instrumental de cirugía y después de finalizados, me desempeñé como asesor supervisor de instrumental quirúrgico.

Tan competente me consideraban en estas funciones que me trasladaron de Perivale al corazón de Londres, donde ocupé el cargo de gerente de supervisión.

Poco antes de dejar el trabajo en las oficinas de Londres se declaró la guerra entre Inglaterra y Alemania. Todo estaba oscuro y el viaje diario de ida y vuelta entre Perivale y Londres era, para mí, agotador en extremo y acababa totalmente con mis fuerzas. Hacia esa época, me había casado. Pero no es mi propósito decir nada acerca de esto porque, a mi entender, demasiado es lo que ya ha dicho el periodismo mundial, si bien casi todo ha sido falseado. Se me ha pedido que hable acerca

de mi vida, de manera que voy a concretarme estrictamente a ella.

No podíamos seguir viviendo en Perivale como que desde allí se viajaba muy mal, de manera que decidimos tomar un departamento en Knightsbridge en Londres. Era una delicia poder ir todos los días en subterráneo a la oficina.

La guerra se hallaba en todo su apogeo. Las cosas se tornaban difíciles, pues había un riguroso racionamiento y escasez de alimentos, y las bombas caían de continuo sobre Londres. Yo dedicaba mucho tiempo a vigilar el fuego, o sea que debía trepar por escaleras de latón para llegar a las azoteas de los edificios y observar si se acercaban bombarderos alemanes para poder avisar con tiempo, a la gente que trabajaba abajo.

Cierta vez que me dirigía en biclicleta por el Hyde Park rumbo a mi trabajo, vi que se aproximaban los bombarderos alemanes. Como uno de ellos dejó caer las bombas de manera que parecía que iban a dar peligrosamente muy cerca de mí, solté la bicicleta y corrí hacia los árboles. Las bombas cayeron, aunque no sobre el Hyde Park, sino que aterrizaron en el palacio de Buckingham, donde causaron grandes destrozos.

Daba la impresión de que las bombas caían por todas partes. Un día en que había salido para concurrir a una reunión especial sobre instrumentos de cirugía y me encontraba en las proximidades de la Charing Cross Station, surgió de repente de entre las nubes una bomba enorme que cayó sobre la estación y se introdujo hasta el subsuelo atestado de gente. Todavía veo la nube de polvo que se levantó y los trozos de. . . (¿se imaginan?) que saltaron por el agujero del techo.

Una noche hubo una espantosa incursión aérea y resultó bombardeado el lugar donde vivíamos mi esposa y yo. Ambos tuvimos que salir tal como estábamos, en mitad de la noche, y durante un buen rato estuvimos dando vueltas de un lado a otro en la oscuridad, lo mismo que otras personas, pues todo era un caos. Las bombas seguían cayendo y el cielo estaba rojo por las

llamas de los incendios. Podíamos ver cómo se recortaba la silueta de la Catedral de St. Paul contra las lenguas de fuego y las enormes nubes de humo que se elevaban. A ratos oíamos el tableteo de las ametralladoras; de vez en cuando caían cápsulas servidas alrededor de nosotros. Por todas partes llovían trozos de metralla, de modo que debíamos usar cascos de acero porque, de no ser así, podían herirnos los fragmentos humeantes.

Por fin amaneció y entonces telefoneé a mi empleador para decirle que habíamos tenido un bombardeo, a lo cual me repuso: "No interesa: debe venir a trabajar. Otras personas también sufren bombardeos". De manera que, sucio y hambriento, tomé el tren y fui a la oficina. Al llegar a la calle donde ésta se hallaba situada, me encontré con que había sido acordonada. Quise atravesar la barrera, pero un agente de policía demasiado celoso me detuvo y me acusó de tentativa de pillaje. . . Había muy mal ánimo en aquellos tiempos. En ese preciso instante mi patrón se apeó de un coche y vino hacia mí, exhibió sus documentos de identidad y juntos cruzamos el cordón y entramos en las oficinas.

Por todas partes salía agua, ya que el lugar había sido alcanzado por una bomba y el tanque quedó hecho añicos. Desde el techo, a muchos pisos de altura, el agua caía en cascada sobre el depósito de mercaderías y el sótano estaba anegado hasta el tope. Por todos lados había vidrios rotos y escombros y, al volvernos, vimos la camisa de una bomba alojada en una pared.

Todo se hallaba en un estado caótico y no era mucho lo que se podía rescatar. Con todo, logramos sacar algunos papeles y apenas unos pocos elementos de trabajo, después entre todos, nos pusimos a limpiar un poco el lugar. No obstante, no había nada que hacer: no hubo posibilidad alguna de lograr que el lugar resultase otra vez apto para trabajar. Mi empleador dijo entonces que se mudaría a otro punto del país y me invitó a que lo acompañara, cosa para mí imposible puesto que carecía del dinero suficiente. Era sumamente difícil, por cierto, comprar algo; de modo que montar una nueva casa en un

lugar apartado del país suponía una erogación que yo, lisa y llanamente, no podía solventar. Así pues, como me era imposible ir, me quedé sin trabajo, desocupado en Inglaterra en tiempo de guerra.

Me dirigí entonces a diversas oficinas de colocaciones para tratar de conseguir empleo. Quise ser policía de guerra, pero no pude aprobar el examen médico. La situación se tornaba desesperada. Como no se puede vivir del aire, como último recurso me dirigí a la administración de la escuela por correspondencia donde había tomado tantos cursos, y ocurrió que precisamente necesitaban una persona pues parte de su personal había sido movilizado. Yo tenía un legajo brillante, según me manifestaron, de suerte que me ofrecieron un puesto en el departamento asesor. La paga sería de cinco libras por semana y tendría que radicarme en Weybridge, Surrey, pero no podían adelantarme ningún dinero —me comunicaron— para trasladarme hasta allí: primero debía ir y entrevistarme con uno de los directores. Así pues, luego de algunas averiguaciones, llegué a la conclusión de que la forma más barata de viajar era hacerlo por medio de la empresa Green Line Bus, de manera que el día convenido me dirigí a Weybridge.

Una vez allí la espera fue tremenda, puesto que el director no había llegado. "Jamás viene a la hora que dice", me comentaron. "Quizá no llegue hasta las cuatro de la tarde. No tendrá más remedio que esperar."

Cuando por fin llegó, me atendió con mucha amabilidad y me ofreció el trabajo a cinco libras semanales. Me dijo que había un piso desocupado sobre el garaje y que podía alquilarlo, aunque por una cifra que, para mí, era demasiado elevada; pero como me urgía encontrar trabajo, me avine a sus condiciones. Volví a Londres, tomamos nuestras escasas pertenencias tal como estaban y, otra vez en Weybridge, subimos por una vieja escalera de madera y nos instalamos en el piso situado sobre el garaje. Al día siguiente comencé a trabajar como corresponsal —tal era mi tarea— de una escuela por correspondencia.

¡¡Qué cantidad de palabras fatuas hay!! Ahora resulta que a los recolectores de desperdicios se los llama prácticos de saneamiento, cuando no son más que basureros. Del mismo modo, hay corresponsales que se titulan consultores de asesoría o consultores de especializaciones, si bien todo cuanto hacíamos era cumplir tareas de corresponsales, como si fuera un delito pertenecer a determinadas categorías. Siempre me han dicho que mi padre era plomero, si bien en realidad no lo fue; pero ¿qué, si hubiera sido? Cierto es que fue aprendiz de plomero, pero no tuvo más remedio; lo mismo que yo, que fui aprendiz de mecánico. ¿Qué decir, entonces, de Crapper, el célebre inventor del inodoro tal como se lo conoce en la actualidad, puesto que desde sus tiempos ese artefacto no ha sido perfeccionado? Por si no se recuerda, Crapper fue plomero —un estupendo plomero, por añadidura—, y el haber inventado el tanque de agua y el inodoro le valió el aprecio del Rey Eduardo, quien le dispensó el tratamiento de amigo personal. De manera que, como se ve, un plomero puede hacerse de amigos en la realeza, lo mismo que un almacenero, como en el caso de Thomas Lipton, que poseía una importante despensa, y además fue amigo del Rey Jorge V. Por supuesto que nada importa qué haya sido el padre de una persona... ¿Por qué debe considerarse afrentoso que el padre haya sido comerciante? En nuestros tiempos, las hijas de los miembros de la realeza se casan con mercaderes... ¿O no? Por eso a mí siempre me asombra que se diga que Jesús fue hijo de un carpintero. ¿Pudo haber sido eso una desgracia?

Con todo esto, empero, me estoy apartando demasiado de mi relato. Aquí y ahora, no obstante, quisiera decir que antes prefiero ser hijo de un plomero que de uno de esos malos individuos que se autotitulan periodistas. Para mí no existe ocupación peor que la de periodista: el plomero elimina los desechos de la gente; el periodista hace desechos de la gente.

Desde que estoy aquí he encontrado varias cosas interesantes, pero una de las que me intrigan en particular es

ésta: tengo una gran reputación, no sólo por obra de "tío Richard", sino por otros que se fueron antes que él, uno colega de Sir Joshua Reynolds y otro gobernador —o como quieran llamarlo— de la Torre de Londres, en la época en que se produjo el conato de robo de las piedras de la corona.

Mucho es lo que hay que ver aquí, y, según se me ha dicho, todavía me falta aprender bastante porque aún no he aprendido a ser humilde, a llevarme bien con la gente. Empero, hago cuanto puedo al dictar todas estas cosas que, lo juro por una montaña de Biblias, son sólo la verdad y nada más que la verdad.

CAPITULO IX

La vida en Weybridge no fue agradable. Cuando me nombraron vigía de incursiones aéreas, uno de mis colegas, dominado por los celos, hizo todo cuanto pudo por perjudicarme. Ofrecí mi renuncia, pero no quisieron aceptármela.

Cierta noche, estando allí, se produjo un ataque aéreo luego del cual se presentó en mi casa un policía: al parecer, había una lucecita encendida, apenas visible para nadie a más de treinta metros de distancia. Se trataba de una llave de luz defectuosa, situada en el rellano de la escalera del departamento, una de esas antiguas llaves de bronce con un botón enorme, de lo cual deduzco que la vibración causada por el bombardeo la había colocado en la posición prohibida. El policía pudo comprobar por sí mismo que bastaba el zumbido de una mosca para que la luz se encendiese, pues el resorte de la caja funcionaba mal. Pero, no: la luz se veía y sanseacabó, de modo que comparecí ante el Tribunal y debí abonar una multa. Desde entonces, ese recuerdo siempre me ha molestado, puesto que el castigo fue totalmente injusto y se debió a aquel vigía "enemigo" que cursó el informe. Después del episodio renuncié al cuerpo de A.R.P. (Precauciones contra Ataques Aéreos), persuadido de que, si a la gente le resultaba imposible trabajar en armonía, lo mejor era no ser de la partida.

En Weybridge debía hacer de todo: escribir cartas, persuadir a la gente para que tomara cursos por correspondencia, ocuparme de los coches del dueño (quien los cambiaba permanentemente), servir gratis de mandadero

y hacer cuanto viniese a mano. ¡Y todo eso por cinco libras semanales!

La gente era llamada a filas, las cosas se tornaban más difíciles, los alimentos escaseaban y desde la fábrica de aviones de Brooklands llegaban continuamente ruidos extraños. Un día en que se probaba un vuelo en Wellington, el avión fue a estrellarse en las cercanías de Weybridge. El piloto pudo evitar la ciudad pero, a costa de su propia vida, fue a caer sobre el ferrocarril eléctrico y el avión quedó como un juguete deshecho en mil pedazos. Los fragmentos se esparcieron por todas partes, pero los habitantes de Weybridge se salvaron a costa del sacrificio del piloto.

Por aquellos días recibí también yo mi cédula de movilización, en la cual se me notificaba que debía presentarme ante la Junta de Revisión Médica para llenar las formalidades correspondientes antes de ingresar a uno de los servicios.

Así pues, el día prefijado concurrí a un edificio enorme donde una multitud de hombres aguardaban para ser examinados. Mientras esperaba, le comenté a uno de los encargados: "Tengo tuberculosis, ¿sabe? " El me miró, afirmando: "Yo diría que no tiene muy buen aspecto, hombre. Siéntese allí". Así lo hice y quedé esperando y esperando. Por fin, cuando ya habían revisado a casi todos, la Junta reparó en mí.

—¿Qué pasa con usted? —dijo uno de los médicos—. ¿Dice que tiene el bacilo de la tuberculosis? ¿Sabe qué es eso?

—Perfectamente, señor —repuse—. Lo tengo.

Me hizo una serie de preguntas y comenzó a gruñir y gruñir. Habló después con sus colegas y, finalmente, se volvió hacia mí como si fuera a tomar la decisión más importante del mundo.

—Voy a enviarlo al hospital de Kingston —dijo—. Allá lo someterán a un examen y de inmediato se sabrá si está enfermo. Pero si ha mentido, ¡qué Dios se apiade de usted!

Llenó un formulario con todo cuidado, lo selló, lo

puso dentro de un sobre que también selló, y me lo arrojó. Lo levanté del suelo y me fui a casa.

Al día siguiente le manifesté a mi empleador que debía ir al hospital para que me revisaran, pero éste se mostró ostensiblemente molesto. Tuve la impresión de que pensaba: "Este tipo me está robando el tiempo. ¿Por qué no se enrolará y desaparecerá de mi vista?" Con todo, ese día terminé mi trabajo y al siguiente, como se me había ordenado, tomé el ómnibus y me dirigí a Kingston-on-Thames. Una vez en el hospital me sometieron a toda clase de exámenes y me sacaron una radiografía, después de lo cual me empujaron a una cámara donde estaban colgadas, secándose algunas de ellas todavía húmedas. Al cabo de una hora vino una mujer y me dijo: "Está bien. Puede irse a su casa". Y eso fue todo; de manera que, como no agregó ninguna palabra más, obedecí y me marché.

Después recibí una citación para concurrir a la clínica de tisiología de Weybridge. Claro que eso ocurrió tres o cuatro semanas más tarde, pero la citación existía, de modo que acaté la orden como un chiquillo bien educado. Ya estaba hasta la coronilla de todo aquel asunto. En la clínica, empero, me atendió un médico estupendo que, por cierto, era un auténtico profesional. Tenía en su poder mis radiografías y estuvo de acuerdo conmigo en que era perfectamente ridículo que me mandaran de un lugar a otro. Me dijo que sin duda era evidente que existían marcas en los pulmones producidas por el bacilo de la tuberculosis y que, de entrar en el ejército, yo sería un estorbo y no una ayuda. Inglaterra no debía de encontrarse en condiciones cuando llamaban al servicio a gente que evidentemente estaba enferma. "Enviaré un informe con la certificación de que usted no es apto para trabajos de ninguna especie", me manifestó.

Pasó el tiempo y, finalmente, se me notificó por correo que no prestaría el servicio militar porque había sido clasificado en el Grado Cuatro. . . el más bajo de todos.

Tomé el aviso y se lo llevé a mi empleador para que lo

viera. Este pareció pensar que. . . digamos, ya podía contar con quien se ocupara del trabajo si todos los demás iban a pelear. Por aquellos días la gente pedía desenfrenadamente que le postergaran el servicio: todo el mundo deseaba una prórroga. Como quien desempeñaba el cargo de gerente a las órdenes del patrono renunció para trabajar en otra parte, nombraron en su lugar a otra persona que no hizo conmigo buenas migas; no nos llevábamos bien en absoluto. Se trataba de uno de esos individuos que me caen sumamente mal y, al parecer, yo era de los que a él disgustaban muchísimo. Con todo, procedí lo mejor que pude; pero las cosas se iban tornando poco a poco más difíciles, puesto que cada vez había más trabajo y el sueldo no aumentaba. Era evidente que alguien andaba rondando al patrón con chismes y falsedades.

Cierto día en que, después del trabajo, paseaba por el jardín —un jardín de una hectárea y media que teníamos—, acerté a pasar frente a una mata. Era el atardecer y la oscuridad iba en aumento. No sé cómo fue, pero tropecé con una raíz que sobresalía y me di un golpe espantoso contra el suelo. En seguida me levanté, pero entonces —¡Dios se apiade de mí! — me di cuenta de que "yo" no era "yo", puesto que estaba de pie y mi cuerpo permanecía de bruces en el suelo. Miré en torno lleno de asombro y vi alrededor de mí a unas personas de aspecto extraño. "Son monjes" —pensé—; "pero ¿qué demonios estarán haciendo aquí? " Los miré y luego volví la vista a. . . lo que supongo era mi cuerpo echado en el suelo. Pero entonces resonó una voz o algo así en mi cabeza. Al principio tuve la impresión de que se trataba de alguna extraña lengua extranjera, pero pronto advertí que me era posible entender lo que decía.

"Joven" —exclamaba en mi cabeza aquella voz—, "tus pensamientos no son buenos, puesto que piensas en acabar con tu vida. Mala cosa es ésa, sin duda. Cualquiera fuere la causa, cualquiera la razón o el pretexto que se aduzca, esa medida siempre es errónea".

"Eso será para ti" —pensé—, "puesto que no tienes los problemas que tengo yo. El que aquí lleva la peor parte

soy yo (tenía un trabajo detestable, para emplear un eufemismo) y no lo puedo superar. El dueño parece haberme tomado inquina. ¿Por qué, entonces, debo quedarme aquí? Con uno de esos árboles y una buena cuerda, problema resuelto".

Sin embargo, no pude proseguir mis reflexiones, porque advertí que en mi mente penetraba la idea de que, si lo deseaba, podía liberarme de lo que para mí eran las torturas del mundo. Si lo quería, si realmente estaba decidido, podía hacer algo por la humanidad poniendo mi cuerpo a disposición de cierta alma o espíritu ansioso por meterse en él de un salto, poco menos que sin aguardar a que yo saltase afuera. Al principio, esto me pareció una estupenda tontería, pero luego pensé que podía probar y dejar que hablaran. Me dijeron, que, para dar una prueba de que en realidad tenía interés, como primera medida debía cambiar de nombre. Mencionaron entonces uno muy extraño, que era el que querían que adoptase, y. . . pues bien, que a mi mujer le dije tan sólo que iba a cambiarme el nombre —cosa que le hizo pensar que yo estaba un poco tocado o algo por el estilo, aunque después se desentendió del asunto—. Luego hice el cambio con las formalidades legales del caso.

Entre tanto, comencé a tener trastornos con mi dentadura. Fue una temporada espantosa. Al cabo, cuando ya no pude soportar más, fui a ver a un dentista del barrio que procuró extraerme el diente sin conseguirlo; entonces, me hizo un agujero en el lugar para introducir una palanca de esas que se usan para levantar los dientes. Luego, se comunicó por teléfono con un especialista de Londres y tuve que ir a toda prisa a una clínica.

Mi mujer se encargó de comunicarle la novedad a mi empleador, y recibió por toda respuesta: "¡Caramba! Yo vengo a trabajar lo mismo cuando me duelen las muelas". Y ésa fue toda la consideración que nos dispensó. Así pues, concurrí a la clínica —por mi propia cuenta, por supuesto, puesto que no se conocían los servicios sanitarios como los que al parecer poseen ustedes ahora— y allí me practicaron una pequeña operación

que, en resumidas cuentas, no fue tan sencilla, aun cuando el dentista era bueno y el anestesista mejor aún. Permanecí, pues, una semana en la clínica, y luego regresé a Weybridge.

Sobrevino entonces una serie de pequeños incidentes desagradables, pullas y cosas por el estilo, además de acusaciones injustas. Considero que no vale la pena entrar en minucias ni revolver el estercolero puesto que, al fin y al cabo, yo no soy periodista. Como se trataba de falsas acusaciones, mi esposa y yo tratamos el asunto y decidimos que no era posible seguir tolerando aquello por más tiempo, de modo que tomamos una determinación. Desde aquel momento actué como un leproso —o tal vez un individuo con una enfermedad aún peor— ya que durante el resto de la semana permanecí sentado en mi oficina sin que nadie viniera a verme, puesto que era evidente que se había ordenado que así se hiciera y no se me suministrara trabajo de ninguna naturaleza. Me lo pasé allí sentado, pues, como un presidiario que cumple su condena y, al finalizar la semana, me sentí acabado.

De buena gana dejamos Weybridge rumbo a Londres, donde anduvimos de un lado a otro —¡válgame Dios! —, hasta tal punto que no recuerdo cuántos sitios recorrimos, aun cuando esto carezca de importancia, hasta que nos dimos cuenta de que las condiciones eran intolerables y entonces nos trasladamos a otro lugar, a un suburbio londinense llamado Thames Ditton.

Tan ansioso estoy por dar término a este estúpido asunto que con el mismo apresuramiento —como que hablar de todo esto no me agrada— he olvidado un detalle. Hacía un tiempo que me habían dicho que debía dejarme crecer la barba. "Pues bien, ¿qué más da? ", pensé. De manera que, en Weybridge, así lo hice y fui blanco de las permanentes chanzas de mi empleador y de los que trabajaban conmigo. "No importa; no estaré con ellos mucho tiempo más, pensaba yo.

Nos trasladamos, pues, a Thames Ditton. Durante un brevísimo lapso nos alojamos en un hospedaje a cargo de una vieja maniática que no podía ver nada sucio. Creía

habitar una mansión aristocrática y le resultaban insufribles las inmensas telarañas que ostentaban los rincones altos de las escaleras. Como nos resultaba demasiado remilgada, buscamos otro lugar y lo hallamos calle abajo: una casa de altos y bajos que alquilamos, si bien no teníamos idea de dónde íbamos a sacar el dinero, puesto que yo no tenía trabajo. Sólo hacía algunas cosas para ganar unas pocas monedas que nos permitieran sobrevivir. Concurrí al Servicio de Desempleo pero, como no me habían echado sino que yo había abandonado el puesto, no tenía derecho a beneficio alguno. Así, como nunca obtuve ningún dinero en concepto de desocupado, me las compuse sin él. Hasta el día de hoy no sé cómo, pero lo hice.

Con mi vieja bicicleta solía ir de un lado a otro buscando trabajo, sin hallarlo en ninguna parte. La guerra había terminado y, como los soldados estaban de regreso, el mercado laboral se hallaba saturado. Ellos no lo pasaban mal, puesto que disponían de un beneficio por desempleo y, en algunos casos, de una pensión. Pero yo no tenía nada de eso.

Una noche me abordó un grupo de hombres quienes, después de arrancarme de mi cuerpo me hablaron y me preguntaron si todavía quería dejarlo para ir a lo que por entonces yo pensaba que debía ser el Paraíso, pero que para aquella gente era el mundo astral. Les aseguré que quería abandonarlo, inclusive más que antes, y entonces me dijeron que al día siguiente no debía moverme de casa. Uno de aquellos hombres, envuelto en un manto amarillo, me llevó hasta la ventana y, señalando hacia afuera, me dijo: "¿Ves ese árbol? . . . Debes ir hacia él, poner las manos en aquella rama, tirar de ti hacia arriba y luego dejarte ir". Después me dijo la hora exacta en que debía hacerlo y añadió que era sumamente importante que siguiera las instrucciones al pie de la letra porque de lo contrario sufriría mucho, lo mismo que otras personas, aun cuando la peor parte la llevaría yo, puesto que seguiría estando en la Tierra.

Al día siguiente mi mujer pensó que me había vuelto

loco o cosa parecida, puesto que no salía como de costumbre; por lo contrario, andaba dando vueltas y más vueltas. Después, uno o dos minutos antes de la hora convenida, salí al jardín y me encaminé hacia el árbol. Tiré de una rama de hiedra o lo que fuese, y me así de ella como me había indicado. Entonces sentí como si me alcanzara un rayo. No fue que me viese precisado a echarme al suelo, sino que caí como por efecto de un golpe. Ya en tierra —¡Dios me asista! — vi que de mí emergía un cordón de plata. Iba a tomarlo para ver de qué se trataba, cuando sentí que me apartaban las manos con suavidad. Yo permanecía allí, echado en el suelo, con una tremenda sensación de espanto, porque tenía enfrente a dos personas que hacían no sé qué con el cordón de plata, en tanto que una tercera tenía otro cordón en la mano; para colmo de espanto yo, podía ver a través de todas ellas. Así pues, me preguntaba si realmente veía todo aquello o acaso habría perdido el juicio, tan extraño era para mí el espectáculo.

Al cabo se oyó algo así como una succión y un chasquido, y entonces —¡oh, placer de placeres! — me vi flotando libremente en un mundo hermoso, muy hermoso. Esto significa que, hasta aquí, he cumplido lo pactado y, como ya he dicho todo lo que debía acerca de mi pasado, vuelvo al lugar que me corresponde en el mundo astral. . .

Soy Lobsang Rampa. Acabo de trascribir lo que tan a disgusto y sin gracia me ha referido la persona cuyo cuerpo he tomado. Permítanme que, ahora, prosiga el relato en el punto donde él lo dejó.

Su cuerpo se hallaba en el suelo temblando levemente y, por lo que a mí respecta, pues. . . confieso sin excesiva vergüenza que también estaba temblando, pero de miedo. No me agradaba el espectáculo de aquel cuerpo tendido allí, frente a mí; pero como un lama del Tíbet debe cumplir órdenes, sean éstas agradables o desagradables, permanecí inmóvil mientras dos hermanos lamas luchaban a brazo partido con el cordón de plata de aquel

hombre, puesto que debían conectar el mío antes que el de él se soltase del todo. Afortunadamente, aquel pobre hombre se hallaba en un estado espantoso de aturdimiento y, en consecuencia, no acertaba siquiera a moverse.

Al fin, después de lo que me parecieron horas, aun cuando sólo había pasado aproximadamente un quinto de segundo, mi cordón quedó unido y el de él desconectado. En seguida lo apartaron, permanecí contemplando aquel cuerpo al que ahora me encontraba unido, y me estremecí. Después, empero, dejé que mi forma astral se sumergiese en aquel cuerpo que iba a ser el mío. El primer contacto fue terrible, frío, viscoso, y volví a saltar al espacio lleno de pavor. Entonces se me acercaron dos lamas para calmarme y gradualmente volví a entrar en el cuerpo.

Cuando nuevamente tomé contacto con él me estremecí de espanto y repulsión. Fue realmente una experiencia increíble, chocante, algo que no quisiera verme obligado a soportar nunca más.

Me parecía que yo era demasiado grande, o que el cuerpo era excesivamente pequeño. Me sentía apretado, comprimido a más no poder. Además, ¡aquel olor! ¡Qué diferencia! Mi viejo cuerpo podía estar estropeado y deshecho, pero al menos era mío. Ahora, en cambio, estaba metido en un envoltorio ajeno y eso no me gustaba en absoluto.

No sé cómo —no puedo hallar una explicación— empecé a tantear por dentro tratando de gobernar los nervios motores del cerebro. ¿Cómo poner en funcionamiento ese maldito mecanismo? Por un momento permanecí impotente, como si estuviese paralizado. Aquel cuerpo no funcionaba. Me sentía probar, como un conductor sin experiencia, un coche de mecanismo muy complicado. Por último, con la ayuda de mis hermanos del astral, logré el control de mí mismo y conseguí hacer funcionar el cuerpo. Tembloroso me puse de pie y por poco lanzo un grito de espanto al ver que caminaba para atrás en vez de hacerlo hacia adelante. Me balanceé y volví

a caer. Era, sin duda, una horrenda experiencia. Estaba verdaderamente asqueado de ese cuerpo y temía no poder dominarlo.

Me encontraba echado de bruces en el suelo, sin poder siquiera moverme. Entonces, por el rabillo del ojo vi que dos lamas estaban de pie mirándome muy preocupados ante los inconvenientes con que tropezaba.

—¡Vaya! A que ustedes tampoco podrían... —refunfuñé—. A que no serían capaces de lograr que este engendro abominable les obedeciera.

De pronto, uno de los lamas exclamó:

—¡Lobsang! Tienes los dedos crispados; intenta ahora con los pies.

Así lo hice y advertí una increíble diferencia entre los cuerpos orientales y los occidentales. Nunca hubiera creído que tal cosa fuese posible, pero entonces recordé algo que había oído cuando era maquinista de a bordo. En aguas occidentales, la hélice de los barcos debe girar en una dirección y, en aguas orientales, en sentido inverso. Es evidente, me dije, que debo empezar todo de nuevo. En consecuencia, conservé la calma y me elevé del cuerpo, luego de lo cual lo contemplé atentamente desde afuera. Cuanto más lo miraba, menos me agradaba; pero sea como fuere, pensé, no tenía más remedio que probar otra vez. De manera que, de mala gana, me introduje de nuevo en esa cosa viscosa y gélida que era aquel cuerpo occidental.

Con un esfuerzo enorme traté de incorporarme, pero volví a caer, hasta que al fin me las compuse para ponerme de pie y apoyarme de espaldas en aquel árbol servicial.

Entonces, desde la casa llegó un gran estrépito y el ruido de una puerta que se abría. En seguida, se acercó corriendo una mujer que gritaba:

—¡Oh! ¿Qué has hecho, ahora? Ven a acostarte.

Sentí una verdadera conmoción. Pensé en los dos lamas que estaban conmigo y temí que aquella mujer cayese desmayada al verlos, pero no cabía duda de que para ella eran totalmente invisibles, lo cual también fue

una de las cosas sorprendentes de mi vida. Yo podía ver a la gente del astral que me visitaba, pero si mientras hablaba con ella se presentaba otra persona, ésta pensaba que yo estaba hablando solo. . . Y a mí no me agrada tener fama de no estar en mis cabales.

La mujer se acercó a mí y, al mirarme, vi que aparecía en su rostro una expresión de espanto. Realmente pensé que iba a desvanecerse, pero pudo dominarse y me colocó un brazo sobre los hombros.

Silenciosamente medité en la forma en que podía controlar el cuerpo y así, con suma lentitud, pensando cada paso, recorrí el camino que nos separaba de la casa, subí las escaleras y me desplomé en lo que evidentemente era mi cama.

Durante tres días enteros estuve en aquella habitación, so pretexto de estar indispuesto, practicando la manera de lograr que aquel cuerpo me obedeciese y procurando conservar la serenidad, puesto que en verdad se trataba de la experiencia más espantosa de mi vida. Había soportado toda clase de tormentos en China, el Tíbet y el Japón, pero esto era algo nuevo y sumamente chocante, la sensación de estar aprisionado dentro del cuerpo de otra persona y tener que manejarlo.

Pensé en lo que me habían explicado hacía tantos años, tanto que por cierto parecía haber sido en otra vida diferente. "Lobsang" —me habían dicho— "en tiempos remotos, Grandes Entes de allende este sistema —entes que no tenían forma humana— debieron venir a esta Tierra con fines especiales. Pero si lo hacían con el aspecto que les era propio podían atraer demasiado la atención, de modo que siempre tenían cuerpos preparados en los cuales poder entrar y que manejaban hasta parecer oriundos de este lugar. Llegará un día en que pasarás por esa experiencia y entonces te parecerá sumamente repulsiva."

¡Y vaya si lo fue!

Para informar a quienes realmente tienen interés en esto, permítaseme aclarar algunas cosas acerca de la trasmigración. Porque mucho es, verdaderamente, lo que

debo decirle al mundo, sin contar con que la difamación del periodismo ha hecho que se desconfiase de mis manifestaciones. Acerca de esto seré más explícito en mi próximo libro, pero una de las cosas que me propongo es enseñarle a la gente de qué manera se produce la trasmigración, puesto que son muchos los beneficios que ella reporta. Pensemos en que —para decirlo con referencia a una posibilidad concreta— el hombre ha enviado un heraldo a la Luna, no obstante lo cual no sabe cómo viajar él mismo por las profundidades del espacio. En comparación con las distancias que existen en el universo, el viaje a la Luna resulta una perfecta insignificancia. A una nave espacial le llevaría millones de años llegar a otras estrellas, no obstante lo cual hay una forma mucho más sencilla, como que puedo decirles a ustedes del modo más categórico que el viaje astral podría realizarse de esa manera. Se trata de algo que ya se ha hecho anteriormente, e inclusive lo están haciendo ahora ciertas criaturas (digo "criaturas" porque no tienen forma humana) que vienen de una galaxia totalmente distinta. Esos seres se encuentran ya aquí, en este momento, después de haber realizado el viaje astral, y algunos ocupan cuerpos humanos, como lo hicieron los Antiguos Antepasados.

Los seres humanos, si supieran cómo hacerlo, podrían enviar viajeros astrales a cualquier parte a través del tiempo y del espacio. El viaje astral puede ser tan veloz como el pensamiento; pero por si ustedes no tienen idea de lo rápido que es el pensamiento, les diré que ir desde aquí hasta Marte en un viaje astral llevaría un décimo de segundo. Con todo, llegará el día en que, por ese medio los exploradores puedan recorrer otros mundos y una vez allí, por trasmigración, entrar en el cuerpo de algún nativo y de esa manera obtener una experiencia directa acerca de cómo son las cosas en esos lugares. Y no se crea que esto es fantasía científica, sino la verdad más absoluta. Si la gente de otros mundos puede hacerlo, ¿por qué no los terráqueos? Por desdicha, empero, debo decir que a causa pura y exclusivamente de las infundadas dudas difundidas acerca de mí, este aspecto parti-

cular no ha podido ser trasmitido a la gente.

Lamentablemente, cuando uno toma un cuerpo se encuentra con ciertos impedimentos graves. Permítanme dar un ejemplo: poco después de tomar yo mi cuerpo, noté que no podía escribir en sánscrito ni en chino. Conocía, sí, esos idiomas y sabía escribirlos, pero. . . el cuerpo que yo ocupaba no estaba "afinado" para trazar los rasgos de esas lenguas. Sólo podía reproducir letras como las del inglés, el francés, el alemán o el español.

Todo es cuestión de control muscular. Lo mismo ocurre en Occidente cuando por ejemplo vemos que un alemán muy culto, con una instrucción superior a la de muchos ingleses —pongamos por caso—, no puede pronunciar esa lengua como un nativo, no puede "acomodar su lengua" a los sonidos, por muy elevada que sea su cultura. Casi todo el mundo sabe que puede determinarse si un individuo es oriundo o no de un lugar por la manera como pronuncia las palabras, o sea, observando si puede gobernar sus cuerdas vocales como un nativo o si, por costumbre, incurre en disonancias.

Al pasar a otro cuerpo pueden emitirse todos los sonidos porque ese cuerpo forma los que está habituado a formar (los del inglés, el francés o el español, por ejemplo); pero cuando tiene que escribir es distinto.

En otras palabras: cierta gente sabe dibujar o pintar, es decir esas personas —los artistas— tienen la facultad de trazar rasgos con un sentido específico. Sin embargo, la mayoría de la gente, aunque sea de la misma nacionalidad, no lo puede hacer. De modo que, aunque se practique hasta el cansancio, si el individuo no es un "artista nato", sus producciones no se considerarán aceptables. Lo mismo sucede cuando un ser oriental entra en un cuerpo occidental: podrá comunicarse por medio del habla y saber todo cuanto hay que hacer para escribir, pero no trazar los signos que corresponden a la lengua original —como, por ejemplo, el sánscrito, el chino o el japonés— porque eso lleva años de práctica, de suerte que todos los intentos resultan tan desmañados, tan torpes, que los ideogramas carecen de significación.

Otra dificultad estriba en que el ente es oriental y el cuerpo o vehículo, occidental. Si tal cosa les parece rara, permítanme decir que en Inglaterra los comandos del auto se encuentran a la derecha y, en consecuencia, se conduce por el lado izquierdo de la calle; pero en Norteamérica, el volante está a la izquierda y se va por el lado derecho. Todo el mundo lo sabe, ¿no es verdad? Pues bien; tome usted a un pobre desdichado acostumbrado a manejar por las calles de Inglaterra, sáquelo de ellas y póngalo sin más ni más en un coche norteamericano y, sin decirle una sola palabra, abandónelo a su suerte en las calles de los Estados Unidos. El pobrecito no dará pie con bola, y no durará demasiado. Todos sus reflejos nerviosos ya formados, tal vez, a lo largo de media vida de práctica, se pondrían de punta al tener que invertirlo todo de repente, y en la emergencia se echaría a andar de inmediato en sentido equivocado y provocaría los accidentes que precisamente trataba de evitar. Créanme que yo sé qué es eso, pues me ha ocurrido. Del mismo modo, la trasmigración no es para los no iniciados. Puedo decir, con la mayor sinceridad, que mucho es lo que podría hacerse en materia de trasmigración si la gente supiera cómo hacerlo, hasta tal punto que me asombra que los rusos, que tan a la vanguardia están en tantas cosas, no se hayan puesto aún en esa tarea. Con lo fácil que es. . . si se sabe cómo hacerlo y se toman las debidas precauciones. No obstante, si uno pretende enseñar tales cosas, como yo podría hacer, y se tropieza con individuos cerrados de entendederas —o con periodistas— todo termina en un rechazo, inclusive antes de comenzar.

Otro punto importante es el que se refiere a conseguir un buen vehículo o cuerpo, porque no es cosa de meterse en cualquiera y tomarlo como si uno fuera un bandido que se introduce en un automóvil detenido porque el semáforo no le da paso. Se trata de algo mucho más difícil. Hay que encontrar un cuerpo que armonice con el de uno, lo cual no significa que su poseedor sea bueno o malo, porque eso no tiene nada que ver; todo lo que importa es la frecuencia de vibración de tal cuerpo.

Si usted es aficionado a la radiofonía debe saber que hay, aparatos superheterodinos que tienen tres condensadores de sintonía. Es decir que, si el receptor funciona normalmente, la estación se oye con claridad; pero cuando se logran los armónicos se capta la misma señal en distintas longitudes de onda o diferentes frecuencias, que es lo mismo. En la frecuencia sólo se cuenta el número de veces que la onda cambia del positivo al negativo, etc. Pero cuando se toma la longitud de onda, se mide la distancia entre las crestas de las ondas adyacentes. Es lo mismo que llamar a la rosa por otro nombre; pero lo que quiero significar es que, si se sabe cómo hacerlo, la trasmigración es posible. Y no sólo eso, sino que llegará a ser algo de todos los días, aquí en la Tierra, en un futuro lejano.

Mas volvamos a Thames Ditton. Era éste un lindo lugar de los suburbios de la gran ciudad de Londres, conocido también, según creo, como uno de los barrios residenciales. Había muchos árboles y todas las mañanas se veía a hombres de negocios marchar presurosos hacia la estación para tomar el tren rumbo a Wimbledon y otras localidades londinenses a fin de comenzar sus tareas cotidianas. Muchos de ellos eran de la ciudad misma; corredores de bolsa, de seguros, banqueros, etc. Yo vivía frente al Cottage Hospital, y un buen trecho más allá, a la derecha, había una especie de campo de deportes junto al cual se levantaba el gran edificio de la llamada Comisión de Comercialización de la Leche.

Thames Ditton pertenecía a la "clase selecta", pero ciertas voces que yo oía a través de las ventanas abiertas lo eran mucho más, puesto que algunas tenían un acento tan marcado que por cierto me resultaba difícil aprehender.

La lengua, empero, no me resultaba fácil. Debía pensar mucho antes de emitir algún sonido y, además, visualizar la forma del que quería pronunciar. Para la mayor parte de la gente, el lenguaje aparece en forma natural. Cualquiera puede hablar sin dificultad alguna, sin pensar demasiado, pero no ocurre lo mismo cuando se trata de un

oriental que ha tomado un cuerpo occidental. Inclusive en la actualidad debo pensar lo que voy a decir, y eso hace que mi manera de hablar parezca algo lenta y a veces dubitativa.

Cuando uno toma otro cuerpo, durante el primero o los dos primeros años, el mismo sigue perteneciendo esencialmente al huésped. No obstante, con el correr del tiempo cambia su frecuencia hasta alcanzar la misma del cuerpo original; aparecen entonces sus propias marcas. Es, como ya se ha dicho, lo mismo que el galvanizado o la electrotipia; cambiar molécula por molécula. Esto no es demasiado difícil de creer, puesto que si usted se hace un tajo y ese tajo se cura es porque se ha producido un remplazo de moléculas, ¿no es cierto? No las mismas que se cortaron, sino células nuevas que crecen para sustituir a las dañadas. Algo parecido sucede con la trasmigración: el cuerpo deja de ser ese cuerpo ajeno que uno ha tomado y llega a convertirse, molécula por molécula, en el propio, en el que uno ha elaborado.

Y un último dato: la trasmigración hace al individuo "diferente". A los allegados les produce una sensación peculiar estar cerca de uno; y si la persona que ha trasmigrado toca inopinadamente a otra, es probable que ésta se sacuda con un estremecimiento y diga: " ¡Oh, me ha producido usted un escalofrío! " De manera, pues, que si se desea efectuar la trasmigración, deben tenerse en cuenta tanto las desventajas como las ventajas. ¿Han visto ustedes cómo los perros que no se conocen se olfatean, con las patas tiesas, aguardando el menor movimiento del otro? Pues bien, así es cómo vi que la gente de occidente se comportaba respecto de mí. No me entienden, no saben qué es lo que ocurre, perciben que hay algo distinto y no saben qué, tantas son las veces que se sienten desorientadas acerca de mí. No saben si les agrado o si les desagrado totalmente, lo cual realmente acarrea dificultades. Tales dificultades se ponen de manifiesto en el caso, por ejemplo, de que la policía siempre recela de mí, los funcionarios aduaneros están predispuestos a pensar lo peor y los de inmigración

quieren averiguar siempre algo más, por qué, cómo, cuándo, etc. En verdad, a los nativos les resultó inaceptable.

Pero es ya el momento de pasar al libro siguiente, no obstante lo cual añadiré una palabra final por si les resulta difícil entender lo expuesto acerca de los orientales que han trasmigrado y no pueden escribir en su propio idioma: si ustedes son diestros, escriban una frase con la mano derecha y después procuren hacer lo mismo con la mano izquierda.

Y Así concluye el Libro Tercero

El libro de los cambios

LIBRO CUARTO

Tal como es ahora

CAPITULO X

La luz del sol se reflejaba en aquel plácido río que se deslizaba majestuosamente en su lento discurrir hacia el mar, lo mismo que el Registro Ascásico se desliza hacia el mar del Saber Universal. En aquel momento, *ese* río atraía mi atención. Miraba con los ojos entornados todos aquellos puntitos luminosos que tachonaban su superficie; de vez en cuando pasaba flotando alguna hoja. De pronto hubo un rumor y un aletear, y tres aves acuáticas se posaron con un gran chasquido en la superficie. Durante algunos instantes estuvieron chapoteando y echándose agua, escarbándose debajo de las alas y pasando un rato agradable. Después, como obedeciendo a una repentina señal, desplegaron las alas, chapotearon con las patas y levantaron vuelo en formación, dejando tras ellas tres círculos en el agua que se fueron agrandando.

Los rayos del sol, a través del follaje de los árboles, ponían puntos de luz y sombra, delante de mí, en la costa. El sol estaba cálido. Echado allí, de espaldas, percibí un zumbido. Con lentitud abrí los ojos y vi que exactamente frente a mi nariz una abeja me miraba sumamente interesada. Entonces, como si se hubiese dado cuenta de que yo no podía ser una buena fuente de néctar —o lo que quiera que las abejas liben— zumbó con más ímpetu y se dirigió a alguna flor a la sombra de un árbol. Podía oír su zumbido mientras se dedicaba a explorar afanosamente la flor, hasta que regresó y entonces pude advertir que las patas y el cuerpo estaban cubiertos de polen amarillo.

Era agradable estar allí, recostado bajo los árboles a la orilla del Támesis, en Thames Ditton, frente al Palacio de

la Audiencia de Hampton. Mis pensamientos vagaban y creo que me adormecí. Sea como fuere, de improviso oí un ruido a la distancia y entonces tuve la visión del Barco Real que venía desde la Torre de Londres trayendo a la Reina Isabel Primera con su joven favorito de entonces y el séquito de servidores que, al parecer, era inexcusable en los círculos de la realeza.

A bordo había música, cosa que me parecía incongruente en el Támesis, pero podía oirse el chasquido de los remos y el crujir de las chumaceras. Percibíanse muchas risitas contenidas, y pensé para mis adentros, en mi estado de semiadormecimiento, que en los primeros tiempos isabelinos la gente no se comportaba, ciertamente, como lo hacen los jovencitos de la actualidad.

Abrí los ojos y precisamente en ese momento apareció por un codo una embarcación repleta de jóvenes, con un gramófono y una radio a bordo que funcionaban a la vez y a todo volumen. Venían remando y parloteando a voz en cuello, hablando cada cual de un asunto diferente sin que ninguno de ellos pudiese enterarse de lo que decía el otro. Así pasaron por la Audiencia de Hampton hasta perderse de vista, y entonces por un rato renació una vez más la calma.

Volví a pensar en la Reina Isabel y en sus excursiones desde la Torre de Londres hasta la Audiencia de Hampton: frente al lugar donde yo estaba recostado, en la ribera, se encontraba el sitio en el cual solía estar el desembarcadero. Los remeros acostumbraban a acercarse mucho para soltar los cabos y arrastrar suavemente la nave para no hacerle perder el equilibrio a la Reina que no era muy buena navegante, ¡ni siquiera en el Támesis! La propia Audiencia de Hampton era un lugar, para mí, fascinante. Yo la visitaba a menudo, inclusive en circunstancias inusuales, y notaba perfectamente que el sitio era en verdad frecuentado por el espíritu de personas desaparecidas hacía mucho tiempo.

Oí entonces una gran cháchara a mis espaldas y al volverme vi a cuatro personas, "¡Ay, Dios mío" —exclamó una mujer— "estaba tan quieto. . . diez minutos ente-

ros sin moverse. . . que pensamos que estaba muerto! " Y luego se marcharon, hablando, hablando y hablando. En el mundo, pensé, hay demasiado ruido; todos tienen mucho que hablar y muy poco que decir. Y con este pensamiento en la mente miré en torno. Allí, en el río, precisamente delante de mí, había algunos botes; y más allá, a la izquierda, se hallaba un anciano por cuyo aspecto se habría dicho que era el mismísimo dios del Tiempo. Estaba allí, tieso como un viejo tronco de árbol, con la pipa en la boca y echando una tenue nube de humo. Frente a él, sujeta a una rama, una caña de pescar cuya boya, roja y blanca, flotaba delante de mí. Lo contemplé durante un momento sin que él siquiera se moviese y me pregunté qué era lo que en realidad la gente podía encontrar en la pesca. Entonces llegué a la conclusión de que no se trataba más que de la excusa de algunas personas de edad para estar tranquilas y meditar, pensar lo pasado y hacer conjeturas acerca de lo que pudiese depararles lo futuro.

¿Lo futuro? Consulté alarmado mi reloj y rápidamente me puse de pie para montar en mi vieja bicicleta, que había permanecido allí, a mi lado, en la ribera.

Con más prisa de lo corriente pedaleé por el camino, doblé a la derecha y proseguí rumbo a West Molesey, donde estaba situado el Centro de Desempleo. Pero no; una vez allí me encontré con que no había trabajo para mí, ninguna ocupación. Al parecer había demasiada gente y muy pocos empleos, por lo cual un individuo me dijo sin rodeo alguno: "Pues sí, hombre: ha dejado usted su trabajo y no tenía que haberlo hecho, de modo que frente a esa situación, no se le da nada, ¿entiende? Porque es lógico que el gobierno no va a pagarle a un tipo que abandona su trabajo voluntariamente, de manera que no obtendrá ninguna ayuda. Y mientras no le den ninguna ayuda, aquí, en el Centro, no le conseguirán trabajo. El Centro reserva los empleos para los que reciben algo, porque si al individuo le consiguen una ocupación no tienen que pasarle esa ayuda y, en consecuencia, las estadísticas resultan mejores".

Después probé en las agencias comerciales de colocaciones, es decir, esos sitios a donde uno va, paga y, en teoría, le buscan trabajo. Tal vez mis experiencias personales hayan sido particularmente desafortunadas, pero a pesar de haberlo intentado en gran cantidad de agencias, por medio de ninguna de ellas encontré jamás empleo.

Me las compuse para conseguir algunas cosas aisladas que hacer en Thames Ditton y sus alrededores y, como sabía desempeñarme en ciertas actividades médicas que los galenos ortodoxos no podían o no querían realizar, pensé. . . pues. . . que por ser médico debidamente facultado y tener mi documentación en regla bien podía tratar de revalidar mi título en Inglaterra.

Tiempo después me dirigí en forma extraoficial al Consejo Médico General, en realidad para hablar un poco del asunto. Allí me dijeron que sí. . . que mis comprobantes estaban bien, pero que por desgracia Chungking estaba en poder de los comunistas y que —añadieron— no podía pretender que se me reconociera, toda vez que el título se me había otorgado en un país comunista.

Tomé mis papeles y los agité delante de las narices del secretario al par que le espetaba:

—¡Vea usted! Cuando se expidieron estos comprobantes China no era un país comunista, sino aliado de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos de América y de muchas otras naciones. Yo luché por la paz exactamente igual que el pueblo de Inglaterra, y el hecho de que estuviera en un país distinto no quiere decir que no fuera del mismo sentir que ustedes.

El hombre gruñó, refunfuñó, tartamudeó y por fin dijo:

—Vuelva dentro de un mes. Veremos qué se puede hacer. Sí, claro, me doy cuenta: sus comprobantes deberían ser reconocidos. El único obstáculo para ello es que la ciudad de Chungking pertenece ahora a un país comunista.

Abandoné, pues, la oficina y me dirigí al Museo Hunter para contemplar toda suerte de ejemplares embotellados; entonces pensé en lo asombroso de que los seres

humanos de todas partes fueran. . . seres humanos en todas partes, que todos estuvieran hechos más o menos de la misma manera y que, sin embargo, si una persona había recibido instrucción en un país no se la considerase capacitada para atender a la gente en otro. Ello excedía mi capacidad de comprensión.

Como quiera que sea, lo cierto es que resultaba difícil conseguir trabajo y que, en Thames Ditton, el costo de la vida era por demás excesivo. Para mí, como hombre casado —porque en teoría lo era— los gastos eran muchos, muchísimos más que cuando sólo tenía que ocuparme de mí mismo.

A estas alturas del libro quizá debiera distraerme un momento para responder a ciertas personas que me escriben de manera tan espantosamente ofensiva para preguntarme por qué yo, lama del Tíbet, vivo con una mujer. . ., por qué tengo esposa. Pues bien; permítanme ustedes, "señoras" que me escriben de ese modo tan ofensivo, decirles esto: yo sigo siendo monje, continúo llevando una vida de monje, y considero que, sin duda, "señoras", algunas de ustedes habrán oído hablar de solteros que viven con un ama o con una hermana sin que necesariamente deban pensar en *eso*. . . De manera, "señoras", que la respuesta es. . . ¡No, yo no!

Como por mi propio esfuerzo me había procurado una ocupación, llegó el momento de abandonar Thames Ditton y entonces nos mudamos más cerca de Londres. Yo había llegado a la conclusión de que, como el cuerpo que ahora ocupaba estaba viviendo un "tiempo extra", no había posibilidades para él. El ex ocupante de ese cuerpo —lo supe por el Registro Ascásico— había estado realmente por suicidarse, lo cual habría acabado con todas las posibilidades de que su vehículo —es decir, su cuerpo— podía tener. En consecuencia, por mucho empeño que yo pusiese, jamás podría conseguir trabajo alguno que otra persona pudiese realizar: la única ocupación que podía lograr era la que me proporcionase por mí mismo. No tengo el propósito de decir, sin embargo, qué ocupación era ésa ni dónde la desempeñaba, puesto que no

viene a cuento en este relato, pero era apropiada para satisfacer nuestras necesidades inmediatas y para permitirnos seguir adelante. Con todo, debo decir a ustedes una cosa que me irritaba profundamente, relacionada una vez más con mis antiguos enemigos: la policía.

Cierta vez iba manejando por South Kensington con un maniquí en la parte posterior del coche, es decir, con una de esas figuras que se ven en las roperías o que en ocasiones se utilizan para la práctica de los cortes en cirugía. Al salir había tapado aquella figura con un trozo de género; pero como conducía con la ventanilla del auto abierta, supongo que el aire pudo haber descorrido un poco el lienzo y dejado al descubierto una parte del maniquí. Pues bien; iba manejando con toda tranquilidad, pensando en lo que tenía que hacer, cuando de repente oí cerca de mí un ruido estridente que al sorprenderme poco faltó para que saltara por el techo. Miré por el espejo y me encontré con dos figuras que gesticulaban y me indicaban que me hiciese a un costado de la calzada pero, como había muchos coches estacionados, continué avanzando un poco más tratando de hallar un lugar donde detenerme. El coche policial —pues de eso se trataba— se adelantó para interceptarme el paso porque, según me dijeron, suponían que trataba de escapar. . . ¡A veinticinco kilómetros por hora y en medio del tráfico!

Me detuve, pues, donde me encontraba, con lo cual hice que todo el tránsito se parase, y no pude menos que preocuparme por lo malhumorada que estaba la gente de los demás coches porque me quedaba allí estancado. Los policías me hicieron señas para que descendiera y me aproximara, pero yo pensé: "No; son ellos los que quieren hablar conmigo, no yo con ellos", de manera que me quedé sentado. Al fin, uno se apeó del auto con el bastón en la mano. Por su cara parecía como si estuviese a punto de enfrentar a un pelotón de fusilamiento o algo por el estilo, tal era el terror que realmente se reflejaba en ella. Se acercó lentamente al costado del coche, caminando algo ladeado —tal vez para ofrecer menos blanco en caso de que yo comenzara a disparar— y, al fijar la

vista en la parte posterior del auto, se puso colorado como un tomate.

—Y bien, agente —pregunté—, ¿qué ocurre? ¿Qué he hecho de malo?

El policía me miró con una expresión de idiota, muy avergonzado.

—Lo siento, señor —me dijo—; pero nos habían informado que andaba un sujeto en un coche y que por la ventanilla trasera se veían las piernas de una mujer desnuda.

Me volví hacia atrás y tiré del género para destapar el maniquí.

—¡Vaya, agente! —repuse—. A ver qué señales de vida encuentra en esa muñeca. Dígame cómo la han matado. Mírela bien.

Mientras el policía retornaba a su automóvil y los coches que se hallaban detrás de nosotros hacían sonar las bocinas como si se tratara de un concierto o algo parecido, cubrí con más cuidado el maniquí y, de muy mal talante, me fui.

En otra ocasión tuve también un incidente con la policía que quizá suscite algunas sonrisas. En aquel tiempo yo tenía una oficina en Londres, muy cerca de la estación del subterráneo, a la cual solía concurrir mi mujer a visitarme alrededor de la hora del almuerzo. Cuando se marchaba, yo tenía por costumbre mirarla desde la ventana para cerciorarme de que cruzaba sin inconvenientes aquella calle de tanto movimiento.

Un día en que me aprestaba a concluir mis tareas y retirarme a casa, sonó en la puerta una llamada perentoria. Me levanté, fui a abrir y me encontré con dos enormes policías.

—Queremos saber qué hace usted aquí —me dijo uno de ellos—, por lo cual me volví y le franqueé la entrada. Entonces comenzó a mirar atentamente por todos lados, mientras su compañero se preparaba para servir de testigo. Dondequiera que el jefe miraba, lo hacía también su acompañante.

Los invité a que tomaran asiento, pero no quisieron

porque —me comunicaron— estaban en misión oficial, toda vez que se pensaba que yo estaba complicado en alguna actividad ilícita y le hacía señas a algún compinche. Eso realmente me chocó y me quedé pasmado de asombro: no podía comprender qué querían decirme.

—¿De qué están ustedes hablando? —exclamé.

—Pues... —comenzó diciendo el jefe de la comisión policial—, se nos ha informado que usted hace unas señas extrañas alrededor del mediodía; y como lo hemos estado vigilando, comprobamos que es verdad. ¿A quién van dirigidas?

Entonces caí en la cuenta de todo y me eché a reír.

—¡Ay, santo Dios! —prorrumpí—. ¡Las cosas que pasan en el mundo! Lo que ocurre es que saludo con la mano a mi mujer cuando me asomo para ver si cruza bien la calle y entra luego en la estación del subterráneo.

—Eso no es posible —fue la respuesta—. Desde aquí no puede ver la estación.

Sin pronunciar palabra alguna me levanté de la silla y abrí la ventana que estaba a mi derecha.

—Venga y véala usted mismo —repuse.

Los dos hombres se miraron y luego se dirigieron a la ventana. Por supuesto, como yo había dicho, enfrente estaba la estación del subterráneo. Ambos cambiaron un poco de color, y entonces, para acentuar su turbación, les dije:

—¡Ah, sí! Yo ví dos tipos... Eran ustedes que estaban enfrente, en aquel edificio de departamentos. Trataban de ocultarse detrás de unas cortinas. Me preguntaba qué estarían tramando.

—Usted ocupa el piso que está debajo de esta oficina —dijo entonces el jefe—. Tenemos informes de que anda metido en ciertas prácticas sexuales en ese departamento.

—Muy bien —le repliqué, harto ya de todo aquello—. Venga abajo conmigo y compruebe con sus propios ojos todas las mujeres desnudas que hay.

Esa actitud mía no les causaba gracia en absoluto y no acertaban a explicarse en qué podían haberse equivocado.

Bajamos juntos un tramo de escalera y, una vez en el

departamento, abrí la puerta de un gran salón de exposición cuyas ventanas tenían gruesas cortinas de una rica malla de galones. En la parte superior de las ventanas había pequeños respiraderos de alrededor de treinta centímetros de lado que, por supuesto, carecían de cortinas.

Entonces me dirigí hacia uno de los maniquíes y lo alcé.

—Vean ustedes —dije—. Si una persona anda con esto a cuestas y lo lleva de un lado a otro —y ejecutaba el gesto— cualquier vieja entrometida que viva en los departamentos de enfrente puede pensar que es un cuerpo desnudo. ¡Vaya! ¡Mírenlos! —agregué mientras golpeaba algunas figuras—. ¿Les parecen a ustedes obscenos?

Entonces los policías cambiaron por completo de tono y el principal dijo:

—Pues sí, señor; lamento haberlo molestado, realmente lo lamento muchísimo; pero recibimos una queja de la hermana de un funcionario policial muy importante en el sentido de que aquí estaban ocurriendo cosas extrañas. Con lo que hemos visto nos damos enteramente por satisfechos. No se lo molestará más.

¡Pero me molestaron! Una noche, alrededor de las siete, concurrí a mi oficina —como estaba en todo mi derecho— y, después de abrir la puerta, entré. Allí hice algunos trabajos que tenía pendientes y luego me retiré. Pero cuando estaba cerrando la puerta tras de mí, dos policías me sujetaron con toda rudeza y quisieron llevarme a empellones hasta el coche. Yo, empero, que conocía mis derechos, les exigí una explicación inmediata, y entonces me dijeron que les habían informado (¡era la misma mujer, por supuesto!) que habían visto a un individuo de mala catadura (¡yo!) irrumpir en el edificio, y que por eso me estaban esperando. Como no querían creer que yo tenía derecho a estar allí, volví a abrir la puerta de mi oficina y entramos; pero una vez en ella tuve que telefonear al administrador que me la había alquilado y éste me reconoció por la voz. Y así, una vez más, los policías se quedaron como bobos y se fueron sin decir palabra.

Poco después llegué a la conclusión de que era inútil que me quedara en aquella oficina; era evidente que la vieja cacatúa de enfrente no tenía otra cosa que hacer que perder el tiempo creyéndose policía y denunciando todo tipo de hechos delictuosos imaginarios. Así pues, dejé el lugar y me fui a otra parte.

Entonces volví a ocuparme de algunas tareas psicológicas con gente a la cual la medicina ortodoxa no le prestaba ningún auxilio, y realmente me desempeñé bastante bien. Curé a una cantidad de personas hasta que un día apareció un individuo que quiso coaccionarme. Entonces comprendí que, a menos de que uno estuviese matriculado, se hallaba excesivamente a merced de gente que, aun cuando de buen grado extrayese todo el provecho asistencial posible, trataba luego de chantajearlo a uno. Pero, después de todo, el chantajista no se salió con la suya.

Precisamente, hacia esa época llegó a nuestra vida una joven, y llegó porque así lo quiso, por su libre determinación. La considerábamos —y seguimos considerándola— como una hija, y todavía está con nosotros. Su destino, según ella, era vivir con nosotros, y así lo hizo. Después el periodismo habría de ocuparse demasiado de eso, tratando de mostrarlo como un nuevo caso del eterno triángulo, aunque nada hubiera sido más razonable que la verdad: el nuestro era un caso de "línea recta", y no de "triángulo".

Más o menos por la misma época me presentaron a un agente literario. Yo pensé que me ofrecería algún trabajo, como por ejemplo leer y comentar originales, pero no: conocía en parte mi historia y muy en contra de mi voluntad me dejé convencer para que escribiese un libro. No se puede ser demasiado puntilloso cuando el hambre acecha a la vuelta de la esquina, como bien se sabe; y no era que el hambre precisamente, estuviese acechándome a la vuelta de la esquina sino que llamaba a golpes a mi puerta.

Escribí, pues, el libro; pero, entonces, ciertos escritores que sentían celos de mis conocimientos acerca del Tíbet

trataron de encontrarme, para lo cual recurrieron a toda clase de agencias de detectives, una de las cuales llegó a poner un anuncio en *The Times* o en *The Telegraph* de Londres para hacer saber a Lobsang Rampa que debía escribir a tal o cual dirección donde lo esperaba una muy buena sorpresa.

Yo sabía que eso era una celada, y así se lo hice saber a mi representante, el señor Cyrus Brooks, quien le encomendó a su yerno que telefoneara para saber de qué se trataba. Así pues, pudimos averiguar que, en verdad, era una trampa. Se trataba de un escritor, residente en Alemania, sumamente molesto porque yo había escrito acerca del Tíbet, toda vez que él consideraba que ése era un dominio de su exclusiva y personal competencia, razón por la cual había querido localizarme para saber qué acciones podía iniciar en mi contra.

Hacia la misma época, algunas personas relacionadas con la joven que vivía con nosotros se sintieron disgustadas pues pensaban que yo la había llevado por mal camino —lo cual no es verdad—, y también pusieron a un policía particular a la tarea de hacer averiguaciones acerca de mí. Este pobre hombre, sin embargo... ¿cómo diré? Pues... a mí me parece que no era muy inteligente, como que jamás trató siquiera de ponerse en contacto conmigo. No sé si por miedo o por qué pero, en lugar de encararme directamente como un hombre, se atuvo a testimonios de segunda mano y, como todo el mundo sabe, tales testimonios no constituyen prueba legal alguna. Así pues, ambos bandos se pusieron de acuerdo y recurrieron a cierto periodista que no contaba con muchas simpatías entre sus colegas. Entonces ensayaron algunas artimañas que yo preví, pero cuando posteriormente nos trasladamos a Irlanda, todos ellos iniciaron una gran campaña periodística contra mí diciendo que celebraba oficios de magia negra en los sótanos de la casa, que tenía un templo secreto, que organizaba toda clase de orgías sexuales, etc., y que en algún momento de mi vida había tenido tropiezos con la policía. ¡Vaya! Esto último, sí: siempre tuve tropiezos con la policía,

pero jamás pudieron culparme de nada, como que jamás hice realmente nada para que ella se ocupase de mí.

Pero no tiene sentido seguir revolviendo viejos problemas y remover cenizas que ya se han enfriado. Aquí sólo quiero expresar mi reconocimiento al esposo de la joven, que fue y es un perfecto caballero, un hombre muy bueno que sigue siendo nuestro amigo, pues, como él bien sabía y como lo testificó, todas aquellas afirmaciones acerca de mí eran absolutamente falsas.

Y no agregaré una sola palabra más acerca de ese asunto, nada respecto de la prensa ni de los parientes de la joven. Esta sigue aún con nosotros y nosotros la consideramos siempre como a una hija. De manera que nada más: eso es todo.

Cuando aquello ocurría, nosotros nos habíamos trasladado a Irlanda y, entre una cosa y otra, mi salud se había deteriorado. Padecía de trombosis coronaria y nadie me daba demasiada vida; de manera que, como la prensa me hacía insoportable la existencia, tuvimos que marcharnos también de Irlanda, cosa que hicimos de muy mala gana puesto que yo contaba allí con muchos amigos, amigos que todavía siguen siéndolo.

De Irlanda pasamos al Canadá, donde en la actualidad vivimos, país dentro del cual nos hemos mudado muchísimas veces, a distintas ciudades, a distintas provincias. Al fin, recibimos una carta en la cual se nos ofrecía algo tentador. Era un sobre muy abultado y por lo sellos vi que venía de un país que yo sabía era muy pequeño: Uruguay, un país sudamericano, situado entre la Argentina y el Brasil.

Era una carta interesante; el firmante decía ser gerente de una gran empresa donde se hacían impresiones, se editaban libros, etc., y me invitaba a ir a Montevideo por cuenta de la compañía para continuar allí mis tareas, para lo cual me proporcionarían secretarias, mecanógrafas, servicios de traducción. . . en suma, todo cuanto yo necesitara. El remitente me enviaba su fotografía, una foto que causaba un efecto extraordinario: aparecía sentado ante un enorme escritorio y con una máquina de

escribir frente a él, gran cantidad de libros a sus espaldas y, me parece, un dictáfono.

Analizamos el ofrecimiento (digo analizamos porque me refiero también a mi esposa y a nuestra hija adoptiva) y al cabo llegamos a la conclusión de que no era mala idea. Efectuamos todas las consultas necesarias y por fin —puesto que las formalidades llevan su tiempo— tomamos el tren en Fort Erie, Ontario, rumbo a Nueva York. Nos habían comunicado que debíamos embarcarnos en un carguero de la Moore McCormack que, por lo general, sólo llevaba doce pasajeros.

En Nueva York, como siempre, todo era bullicio y continuo trajinar. Pasamos la noche en uno de los grandes hoteles y a la mañana siguiente nos dirigimos al muelle de Moore McCormack del puerto de Nueva York, donde me causó mucha gracia advertir que el mismo al parecer, se hallaba justamente frente a aquel otro hacia el cual yo había ido nadando hacía tantos años. No comenté nada, sin embargo, puesto que no vale de mucho remover amargos recuerdos; pero, lo confieso, me quedé mirando con atención a la policía fluvial.

Subimos a bordo del barco y nos instalamos en nuestros camarotes; ya muy entrada la noche, cargadas cuatro locomotoras sobre la cubierta, zarpamos rumbo a Vitoria, Brasil. Una vez allí remontamos un largo estuario hasta arribar a una pequeña población muy pintoresca y muy calurosa. Esa fue nuestra primera escala, desde allí proseguimos hasta un punto cercano donde las locomotoras —máquinas diésel consignadas a los ferrocarriles brasileños— fueron descargadas.

Después de dos o tres paradas más en el Brasil, la nave fue despachada hacia Montevideo, Uruguay. Sin embargo, cuando ya nos aproximábamos a ese puerto —nos hallábamos en Punta del Este—, el capitán recibió por radio la información de que no podríamos entrar en Montevideo porque se había declarado una huelga portuaria, de manera que pusimos proa hacia Buenos Aires y allí nos quedamos más o menos una semana. Este era un puerto de mucha actividad y en él nos fue dado apreciar una

enorme cantidad de barcos extranjeros, pero los más abundantes parecían ser los alemanes. Un gran número de buques remontaban, por lo que pude observar, el río que señala el límite entre la Argentina y el Uruguay, pues una millas arriba —según nos refirieron— está emplazada una gran industria frigorífica: la planta de Fray Bentos.

Por último recibimos autorización para dejar el puerto y entonces comenzamos a bajar por el Río de la Plata hasta llegar, por fin, a Montevideo, nuestro punto de destino. Sin embargo, en las proximidades del puerto el barco tuvo que echar anclas porque, por efectos de la huelga, se había formado una verdadera flota y debía atenderse a los buques por turno. En suma, pues, que permanecimos a bordo aproximadamente durante una semana, hasta que por fin se le dio autorización a la nave para entrar a puerto y pudimos desembarcar.

Nuestras ilusiones, empero, se desvanecieron por completo, puesto que aquel hombre que decía tener una gran empresa mintió. Lo que tenía —para decirlo de la manera más amable— eran ideas que no siempre resultaban.

En Montevideo la vida era muy cara. Al parecer, allí se habían formado la extraña idea de que todo debía pagarse con dólares estadounidenses; de manera que, si se tiene en cuenta el cambio, abonábamos sumas en realidad fantásticas hasta por los artículos de primera necesidad. Si bien nos quedamos allí un año y medio, como vimos que había todo tipo de huelgas y que cada vez se imponían más restricciones a los extranjeros, resolvimos marcharnos. Fue una verdadera lástima puesto que, sin duda, era un lindo lugar. La mayoría de la gente —excepto los huelguistas— era muy amable, muy cortés, y uno se sentía como en Europa. Era una hermosa ciudad, con un puerto y unas playas maravillosas. Durante un lapso muy breve vivimos en un lugar denominado Carrasco, muy cerca del aeropuerto, que tenía el extraordinario inconveniente de que la finísima arena de sus inmensas playas entraba siempre en las casas a causa del viento. De manera que, como también estábamos demasiado lejos

del centro de la ciudad, nos mudamos a un departamento frente al faro.

Algunas millas afuera, en las inmediaciones del puerto, había un barco hundido, un transatlántico enorme que, por alguna razón, zozobró cerca de la entrada principal y allí quedó. Con la marea baja podía verse la cubierta principal, pero inclusive con la marea alta emergían de las aguas el puente y la cubierta superior. Los contrabandistas, lo usaban como "depósito", de manera que nosotros pudimos observar una buena porción de las actividades que allí se llevaban a cabo.

Montevideo tenía muchas vistas hermosas, entre ellas una gran elevación del otro lado del puerto, conocida con el nombre de "el Cerro", en cuya cima una especie de fuerte constituye una atracción para el turista.

Mucho es lo que han hecho los ingleses para modernizar a Montevideo: a ellos se deben los primeros servicios de ómnibus, así como las primeras fábricas de gas; como consecuencia de todo esto mucha gente tiene conocimientos de inglés.

Cierto día, cuando ya nos habíamos vuelto a mudar a otro departamento más hacia el centro de la ciudad, el cielo se puso negro y por un momento hizo un frío intensísimo. Era un huracán. Los tres luchábamos por cerrar la ventana y, mientras estábamos allí empujando con todas nuestras fuerzas, fuimos testigos de un espectáculo realmente asombroso: el techo de la estación de ómnibus situada debajo de nosotros desapareció de pronto. Todas las chapas de cinc salieron volando por el aire como si fueran de papel de seda y, al mirar hacia abajo, vimos los ómnibus que allí se guardaban y a los operarios que miraban a lo alto boquiabiertos y con grandes ojos.

Un espectáculo realmente gracioso —para nosotros— fue cuando las gallinas que había en las azoteas de las casas de departamentos, disparadas por los aires, cruzaban una calle tras otra, quizás en el único vuelo que jamás habían emprendido en su vida. ¡Qué espectáculo en verdad sorprendente es ver volar a las gallinas con las alas plegadas a los costados!

Algo que realmente me hizo gracia fue cuando pasó volando una cuerda llena de ropa recién lavada. Iba tiesa y estirada como una barra de hierro; de ella pendían sábanas y otras prendas innombrables como si no corriese la menor brisa. Yo he visto muchos ciclones, torbellinos, etc., pero aquél, en mi opinión, fue el más divertido.

Pero Montevideo estaba perdiendo su encanto a causa de las diversas agrupaciones comunistas que provocaban trastornos, de modo que resolvimos regresar al Canadá. En muchos aspectos lo lamento, porque creo que antes que en otro lugar me gustaría vivir en el Uruguay. Allí tienen una mentalidad distinta. La República Oriental del Uruguay —tal es su nombre— no es un país pobre, pero tiene ideales maravillosos, pero ideales tan utópicos como irrealizables.

El viaje de regreso al Canadá lo hicimos por mar y, apenas llegamos, se nos presentó la cuestión de cómo ganar algún dinero, de modo que tuve que escribir otro libro. Mi salud decaía y eso era lo único que podía hacer.

Me enteré de que durante mi ausencia una persona había escrito un libro basándose en elementos que yo había redactado años antes para una revista inglesa. Se trataba de un sujeto muy particular que, cada vez que lo aprehendían o amenazaban con iniciarle una acción legal, se presentaba en quiebra; entonces, sus amigos o parientes "compraban" su negocio y de ese modo no era mucho lo que se podía recuperar. Mejor dicho, nada.

Uno de los grandes problemas que he tenido desde la aparición de *El tercer ojo* es la cantidad de gente que pone etiquetas en los productos que vende con las palabras "Aprobado por Lobsang Rampa". Ello es absolutamente falso, puesto que yo no me ocupo de andar "aprobando" cosas. Mucha gente, por otra parte, se ha hecho pasar por mí, razón por la cual en no pocas ocasiones he debido llamar a la policía. Por ejemplo, un individuo de Miami le escribía a un librero de San Francisco invocando mi nombre, es decir, firmando con mi nombre y apellido. Le decía una sarta de beaterías —cosa

que yo jamás hago—, pidiéndole que le enviase una serie de libros. Al mismo tiempo, y por mera casualidad, ocurrió que yo también le escribí a ese librero desde Vancouver, y tanta fue la sorpresa que le produjo recibir mi carta, desde la Columbia Británica, que a su vez me escribió él a mí para preguntarme cómo hacía para trasladarme tan rápido. Así se descubrió que, desde hacía tiempo, aquel individuo venía solicitando artículos a mi nombre que nunca pagaba. En verdad, si alguien es tan tonto como para suponer míos los disparates que aquel tipo escribía, merece que lo sorprendan.

Hubo otros, como aquel hombre que se retiró a una caverna en la montaña donde se sentaba con las piernas cruzadas, casi desprovisto de ropas y, simulando que era yo, aconsejaba a los jovencitos que se abandonaran a las drogas y a las prácticas sexuales so pretexto de que eso era bueno para ellos. Con todo, naturalmente, el periodismo se aferró de esos hechos y levantó un formidable revuelo; e inclusive, cuando se demostró que se trataba de un impostor, jamás volvió sobre sus pasos para informar acerca de la verdad de lo sucedido. Yo estoy muy, pero muy en contra del suicidio y muy, pero muy en contra de las drogas, pero también estoy muy, pero muy en contra de la prensa. Para mí, el periodista común está poco preparado para hablar de metafísica ni de ocultismo, pues carece de conocimientos al respecto, y, en mi opinión, no tiene tampoco suficiente capacidad.

Después de un tiempo de permanencia en Fort Erie, adonde regresamos desde América del Sur, nos trasladamos a Prescott, Ontario, instalándonos en un pequeño hotel cuyo regente era un hombre en verdad muy agradable. Nos quedamos allí un año, pero durante todo ese lapso jamás hubo, en ningún momento, el menor desacuerdo ni el más leve rozamiento entre la "gerencia" y nosotros. Se llamaba Iván Miller, y tan gentil fue con nosotros que mucho me gustaría conocer su actual dirección para poder expresarle una vez más mi reconocimiento por todas sus atenciones. Era un gran hombre, realmente una persona estupenda, un hombre esforzado,

capaz de ser, inclusive, más amable que la mayoría de las mujeres.

CAPITULO XI

Era agradable estar de regreso en Canadá y poder contar con un buen servicio postal. Habíamos tenido muchos inconvenientes en el Uruguay, uno de los cuales —que realmente me hizo echar espuma por la boca de tan furioso que me puso— fue que, en mi condición de escritor, recibía gran cantidad de correspondencia y la oficina de correos de Montevideo no quería entregármela. Yo usaba el nombre que había adoptado y también el nombre bajo el cual escribo —T. Lobsang Rampa—, pero las autoridades del Correo eran totalmente inflexibles en cuanto a no permitirme recibir correspondencia bajo dos nombres. Estaban persuadidos de que, si un individuo tenía necesidad de dos nombres, debía de tratarse de un pillo. Así pues, después de pensarlo bastante, llegué a la conclusión de que yo era mucho más conocido como T. Lobsang Rampa y, en consecuencia, concurrí a la sucursal de correos y les dije que quería la correspondencia enviada a tal nombre y que la restante podían devolverla. Entonces me dijeron que debía presentar mis documentos, pero como en éstos figuraba el otro nombre tampoco pude lograr que me entregaran mis cartas.

Tuve que recurrir, a la postre, a un abogado para que se me extendiera un documento por cambio de nombre. Y eso hubo que hacerlo en forma legal, con una multitud de sellos, dando cuenta posteriormente de tal cambio en una publicación jurídica uruguaya. Así, una vez concluidas todas aquellas formalidades, pude recibir correspondencia a nombre de T. Lobsang Rampa, pero se me prohibió usar el otro nombre.

En la actualidad, por supuesto, también he cambiado legalmente mi nombre en Canadá por el de T. Lobsang Rampa; y ya que estamos hablando de trámites oficiales, de burocracia, etc., también diré que ahora soy ciudadano canadiense. Tomé esa ciudadanía, aunque también aquí las formalidades fueron verdaderamente pasmosas. Hoy parece haber formalidades para todo. Por ejemplo, traté de obtener la pensión a la vejez —a que tengo derecho—, pero es tanta la burocracia que, por lo visto, no me la pueden conceder —o eso es lo que me han dicho los funcionarios— a menos que dé las direcciones exactas de todos los sitios en que he vivido en Canadá, así como las fechas precisas de mi arribo a ellos y de mi posterior traslado. Pues bien, yo he estado en una extraordinaria cantidad de lugares, desde Windsor a Prescott, Montreal, Saint John, Nueva Brunswick, Halifax, luego en Vancouver, otra vez en Calgary, etc., con mi pasaporte y todo lo demás, y pensé que era bastante bien conocido como ciudadano canadiense pero, al parecer, todo eso no se adecua a las manías burocráticas de los funcionarios. O sea que el asunto "todavía está pendiente", lo cual huele más a podrido que a otra cosa, ¿no es cierto?

Anoche me sentía bastante mal, por cierto; al despertarme en mitad de la noche, o de un sueño bastante intranquilo, encontré reunido junto a mí un grupo de ex compañeros míos, todos ellos lamas del Tíbet. Se hallaban en el astral y me zamarreaban para que saliera de mi cuerpo y fuera con ellos a conversar acerca de algunas cosas.

—¿Qué les ocurre a ustedes? —pregunté—. Con que solo me sienta un poco peor de lo que estoy ahora, iré allí para siempre.

—Sí —repuso el lama Mingyar Dondup, sonriendo—, eso es lo que tememos. Pero antes aspiramos a que hagas algo más.

Cuando uno ha realizado viajes astrales durante tantos años como yo he hecho, eso resulta más sencillo que bajarse de la cama. Así pues, simplemente me solté de mi

cuerpo y fui al astral, donde nos echamos a andar juntos a la orilla de un lago en el cual jugueteaban muchas aves acuáticas. En el astral, como ustedes bien saben, los demás seres vivientes no sienten temor alguno por el hombre, razón por la cual aquellos pájaros sencillamente seguían jugando en el agua. Nos sentamos en un lugar de la orilla cubierto de musgo y entonces mi Guía dijo:

—Como tú sabes, Lobsang, todavía no se han dado suficientes detalles acerca de la trasmigración. Deseamos que tú digas algo respecto de los pueblos que la han conocido.

El día era demasiado placentero en el astral como para que me pusiera a rezongar, de modo que contesté que por la mañana me dedicaría a la tarea.

Era muy agradable estar en el astral, lejos de todo sufrimiento, de todo pesar y de toda preocupación; pero —como me hicieron recordar— la gente no va a la Tierra para disfrutar, sino porque tiene algo que aprender o algo que enseñar.

De manera que ya estamos en un nuevo día, el día en que tengo que escribir algo más acerca de la trasmigración.

En tiempos de la Atlántida y. . . (¡Pues claro! La Atlántida existió realmente. No se trata de una mera ficción nacida de la fantasía de algún escritor. ¡Existió!) Pues bien, en tiempos de la Atlántida había allí una civilización muy elevada. La gente "andaba del brazo de los dioses" y los Jardineros de la Tierra vigilaban siempre la evolución que allí se llevaba a cabo. Pero como los que se sienten observados recelan de quienes los observan, sucedió que los Jardineros utilizaban el recurso de la trasmigración a fin de contar con una manera más adecuada para realizar sus observaciones.

Los espíritus de los Jardineros utilizaban una serie de cuerpos de vibraciones apropiadas y, de esa manera, se mezclaban con los seres humanos y podían descubrir qué pensaban de ellos y qué podían estar urdiendo.

Los Jardineros de la Tierra, que tenían la misión de cuidar aquella misteriosa civilización, sabían que los su-

merios también tenían tutores llegados a la Tierra por trasmigración, puesto que era sumamente lento cruzar el vacío con enormes naves espaciales, ¡con la trasmigración, en cambio, podía hacerse en cuestión de segundos.

Los egipcios fueron también muy controlados por entidades superiores de las cuales recibieron todo su saber; éstas entraban en cuerpos especialmente preparados que, cuando no se utilizaban, se limpiaban minuciosamente, se envolvían y se ponían aparte en cajas de piedras. Los ignorantes nativos egipcios, que echaban miradas furtivas durante las ceremonias, llegaron a la conclusión de que los Jardineros preservaban de ese modo los cuerpos y, en consecuencia, quienes presenciaban tales procedimientos acudían presurosos a sus sacerdotes para referirles todo cuanto habían visto.

Los sacerdotes, entonces, pensaron que ellos podían intentar tales cosas; de suerte que, cuando moría una persona muy conspicua, la envolvían con vendas, la cubrían de especias y hacían una serie de cosas más, pero advirtieron que los cuerpos se descomponían. Entonces llegaron a la conclusión de que eran los intestinos, el corazón, el hígado y los pulmones los causantes de la putrefacción, de manera que sacaron todas esas partes y las pusieron en recipientes separados. Es una suerte que no se propusieran preparar cuerpos huéspedes para posibles espíritus, porque por cierto les habrían faltado muchas vísceras, ¿no es verdad?

Por supuesto, algunos de los llamados embalsamamientos se hacían cuando debía ponerse a algún ser extraterrestre enfermo en estado de vida latente a fin de trasladarlo a una nave espacial y llevarlo a otra parte para su tratamiento.

En la Tierra hubo gran cantidad de conductores célebres, entidades que trasmigraron a cuerpos de seres terrestres, entre ellas Abraham, Moisés, Gautama, Cristo y aquel famoso genio entre los genios: Leonardo da Vinci. Leonardo, cuyos inventos son incontables, acrecentó grandemente los conocimientos de este mundo. Como creo que todo el mundo lo reconoce, tenía facultades y

conocimientos que excedían en mucho el saber propio de los terrícolas. El individuo conocido como Leonardo da Vinci era hijo natural y no tenía dotes especiales; tal vez, pudo haber sido, inclusive, hijo de un plomero. En cambio, el cuerpo de la persona que después fue Leonardo da Vinci era de un nivel de vibración tal que una Entidad superior pudo haberlo tomado y realizar todas las cosas que ningún ser humano podía lograr.

Y yo digo, con la mayor seriedad, que si la gente de este mundo estuviese dispuesta tan sólo a escuchar a quienes en verdad pueden llevar a cabo la trasmigración, se abrirían maravillosas posibilidades para la exploración espacial. Piénsese en todos los mundos que existen y en la posibilidad de visitar cualquiera de ellos en cuestión de segundos. Algunos de esos mundos tal vez jamás puedan ser recorridos por seres humanos corrientes puesto que la atmósfera quizá no sea la adecuada, el clima tal vez no sea el conveniente y la gravedad posiblemente no sea la apropiada. Pero cuando una persona efectúa la trasmigración puede tomar el cuerpo de un natural del planeta y explorar el espacio celeste sin dificultades de ninguna especie.

Los seres humanos, con una buena preparación en la ciencia de la trasmigración, podrían entrar en cuerpos de animales de modo de poder estudiarlos adecuadamente. Eso ya se ha hecho con anterioridad, inclusive con cierta frecuencia y, a causa de algunos recuerdos atávicos, existen algunas falsas creencias que aseguran que los seres humanos vuelven a nacer con forma de animales. Pero no es así, como tampoco que los animales nazcan con forma humana. Por lo demás, los animales no son inferiores a los seres humanos. Pero como existe el recuerdo atávico de que los Jardineros de la Tierra tomaban el cuerpo de determinados animales, la conciencia de ese hecho ha persistido en forma falseada. Así es como las buenas religiones se adulteran.

Hemos viajado mucho por Canadá. He ido de Windsor, Ontario, a Fort Erie y a Prescott, y luego a Saint John y Nueva Brunswick. Durante un tiempo —como ustedes

saben por otros libros míos— vivimos muy felices en esta última ciudad, tan apacible y cercana al mar. Pero, como dice mi contador, un escritor debe viajar; de manera que nos mudamos a Montreal y por un tiempo vivimos en el Habitat. El Habitat es una curiosa sucesión de viviendas apiladas unas sobre otras como los ladrillos del juego infantil de las construcciones. Era un lugar muy lindo para vivir, y tanto nos gustaba que, al tiempo de habernos ido, regresamos a él. Allí también, en Montreal, siempre había huelgas; pero además existían inconvenientes con el idioma, porque los francocanadienses no tenían ninguna estima por quienes no hablaban francés. Como siempre he tenido la más absoluta convicción de que el Canadá es un país de habla inglesa, yo rehusaba hablar en francés.

Poco después volvimos a mudarnos, esta vez a Vancouver, en la Columbia Británica, donde fuimos a vivir a un hotel que también tenía departamentos. Vancouver ha decaído mucho en los últimos tiempos, a causa de lo que yo considero como la más espantosa forma de gobierno. Además, otra de mis quejas contra Vancouver es que en todas partes hay letreros que dicen "No se admiten animales" porque, como cierta vez dijo un conserje de hotel: "Los animales jamás han perjudicado mi negocio, pero los chicos sí, lo mismo que los ebrios y la gente que fuma en la cama y provoca incendios".

Me he mudado muchas veces en mi vida. He aprendido mucho y hay ciertas cosas que *quisiera* que existieran. . . Desearía, por ejemplo, que hubiese censura de prensa, porque he visto muchas aflicciones provocadas por informaciones periodísticas inexactas. Me place advertir que ahora son muchas más las personas que evidentemente coinciden conmigo en eso, porque la exactitud de la prensa suele ser dudosa en la actualidad.

Las predicciones que se hicieron respecto de mí hace tantísimos años han sido perfectamente exactas. Se predijo, por ejemplo, que hasta mi propio pueblo se pondría en contra de mí. Pues bien, eso ocurrió —y bien que ocurrió—, porque cuando tuve problemas nadie vino a

tenderme una mano ni a atestiguar acerca de la veracidad de mi historia, historia que es auténtica.

Tenía muchas esperanzas de ayudar a Tíbet. Pensaba, por ejemplo, que si se me reconocía podría representarlo en las Naciones Unidas. Confiaba en que, con ese reconocimiento, contaría con un programa radiofónico en pro de la libertad de Tíbet; pero no, absolutamente ninguna ayuda me prestó la gente que había dejado ese país. Por desdicha, tanto ellos como yo hemos perdido. Es mucho el bien que se pudo haber hecho. Mi nombre es ampliamente conocido y se ha aceptado que sé escribir, así como que sé hablar. Yo deseaba poner ambas cosas al servicio de Tíbet, pero ellos no tuvieron el menor interés en aceptarme, lo mismo que había sucedido antes con el Dalai Lama, que no quería reconocer al Panchen Lama y viceversa. Como si un político, digamos, ignorase la existencia de otro. No obstante, recibo una gran cantidad de cartas —como hoy, por ejemplo, que me han llegado ciento tres, aun cuando a menudo son muchas más y de todas partes del mundo— me entero así de cosas que permanecen ignoradas para muchos. Me han dicho, con razón o sin ella, que la gente que en la actualidad ha huido del Tíbet no puede "reconocerme" porque ello podría molestar a otra facción religiosa que la está ayudando. Por mi parte, tengo evidencias de que es realmente así. Y bien, no es cuestión de comenzar una guerra religiosa en miniatura, ¿no es cierto?

Sobre todo son las órdenes inferiores de refugiados las que parecen oponérseme. Hace algunos meses recibí una carta de un hombre destacado que fue a ver al Dalai Lama y le habló acerca de mí. Este, según me dice, me cursó una invitación para que regresara al Potala, libre por entonces de la agresión comunista.

Asimismo, hace apenas una semana, nuestra hija adoptiva ("no mencionamos nombres", ¿recuerdan?) recibió una carta que decía que el Dalai Lama estaba muy preocupado por la salud del doctor Rampa y que rogaba por él a diario, carta que está ahora en poder de mis editores.

Uno de mis grandes "deseos" es éste: hay una gran cantidad de individuos ocultistas por ahí, algunos de los cuales dicen que son antiquísimos, aun cuando fueron impulsados nuevamente por un publicista hace apenas unos años. Pero mi queja es la siguiente: si toda esa gente es tan pía, tan buena, tan consagrada a la enseñanza de lo espiritual, ¿por qué no podemos entonces unirnos todos? Porque si verdaderamente es sincera, debe darse cuenta de que todos los caminos conducen a Roma.

Ciertos estudiantes de algunas de esas escuelas ocultistas me han preguntado por qué no me pongo en contacto con tal o cual grupo. Lo cierto es que lo he hecho, recibiendo algunas respuestas tremendamente insultantes, porque están celosos o porque han sido emponzoñados por la prensa. Pues bien, para mí eso no está bien. Yo sostengo que no interesa la religión a la cual uno pertenece, así como tampoco interesa cómo estudia uno lo oculto: si la gente es sincera tendría que poder trabajar en armonía.

Hace algunos años un hombre se puso en contacto conmigo: era el fundador de una tal Ciencia Tibetana y me escribía para decirme que podíamos hacernos de bastante dinero si yo me unía a él y le permitía usar mi nombre. Pues bien, yo no hago semejantes cosas, no me dedico a esa tarea como recurso lucrativo. Mis convicciones son convicciones cotidianas y yo vivo con arreglo a las normas que se me han enseñado.

Quisiera ver si muchas de esas sociedades u órdenes llamadas metafísicas podrían pasar un concienzudo examen; un gran número de ellas son imposturas creadas sólo para ganar dinero. Conozco una determinada agrupación que reconoce con toda franqueza que ellos toman lo que consideran lo mejor de una gran cantidad de escritores y lo mezclan para obtener un resultado totalmente distinto. Eso es deshonesto.

Y ésta es una buena oportunidad para decirles a ustedes una vez más —por si comienzan por el final de la obra en lugar de empezar por el principio, como mucha

gente hace— que todos mis libros son absolutamente veraces. Todo cuanto he escrito es real. Todas las experiencias metafísicas acerca de las cuales escribo las puedo realizar, y mi más sincero deseo es que llegue el momento en que la gente admita la verdad de mis afirmaciones, porque todavía es mucho lo que tengo que enseñar. Hoy, a causa de las apreciaciones difundidas por la prensa, se me trata como a un leproso o como a un paria. Mucha gente "escarba" en mis libros y después publica cosas como si fueran de su propia cosecha. Hace algún tiempo escuché por onda corta, con gran satisfacción, un largo pasaje de uno de mis libros, pero cuando concluyó la lectura me quedé aturdido al oír que se lo adjudicaban a una mujer que apenas sabe firmar.

Créanme: todos mis libros dicen la verdad, y yo creo que domino la manera por medio de la cual la gente de este mundo puede visitar otros mundos sin peligro.

Y así concluye el Libro Cuarto
Tal como es ahora

Deseo expresar mi agradecimiento a la señora Sheelagh M. Rouse que ha mecanografiado quince de mis libros (yo me ocupé del primero) y lo ha hecho, además, sin una queja.
Otra cosa que quizá interese a ustedes es ésta: la señora Rampa tiene ya casi terminado un libro en el cual da su opinión acerca de estas cosas. Si desean informarse sobre el particular tendrán que esperar los anuncios o escribir a

Mr. E. Z. Sowter — A. Touchstone Ltd. 33 Ashby Road, Loughborough, Leics. England.

INDICE

LIBRO PRIMERO
TAL COMO FUE EN EL PRINCIPIO

LIBRO SEGUNDO
LA PRIMERA EPOCA

LIBRO TERCERO
EL LIBRO DE LOS CAMBIOS

LIBRO CUARTO
TAL COMO ES AHORA

Esta 3ª edición consta de 5.000 ejemplares
y se terminó de imprimir en LA PRENSA MEDICA
ARGENTINA, en la calle Junín 845, Capital Federal,
República Argetina, el día 15 de Agosto de 1979.

Esta obra de Lobsang Rampa supone una novedad con respecto a sus trabajos anteriores. En efecto, no sólo expone aquí algunos de sus ya célebres conceptos sobre la trasmigración y los fenómenos paranormales que domina, sino que se constituye en el principal personaje de una aventura extraordinaria y fascinante: reencarnarse en el cuerpo de otro ser y vivir así una experiencia única. Esta insólita circunstancia es trasmitida con tal precisión y riqueza de vivencias, que el lector se convierte en el coprotagonista de los hechos relatados.

Pero no sólo esto constituye el meollo de **TAL COMO FUE**, pues se consignan además numerosas y precisas referencias personales acerca de los estudios y los viajes de Rampa, matizadas con sabrosas anécdotas, realmente invalorables para el lector, que logra aprehender así la singular personalidad de este autor, tan familiar al público de habla hispana.

Desde su título primigenio, **EL TERCER OJO**, ciertas constantes campean en la obra de Lobsang Rampa, pero tal vez en ésta se acentúan: la certeza absoluta respecto de la preeminencia de los valores del espíritu, el alto sentido humanitario, la permanente y ahincada devoción por el Tibet y su gente y un fervoroso anhelo por que la paz reine definitivamente entre los hombres. Esto podría explicar, acaso, el llamativo éxito de su prédica; es que sus lectores y admiradores se sienten auténticamente interpretados y expresados en las brillantes páginas de cada uno de los libros de Rampa.

Editorial Troquel / Buenos Aires